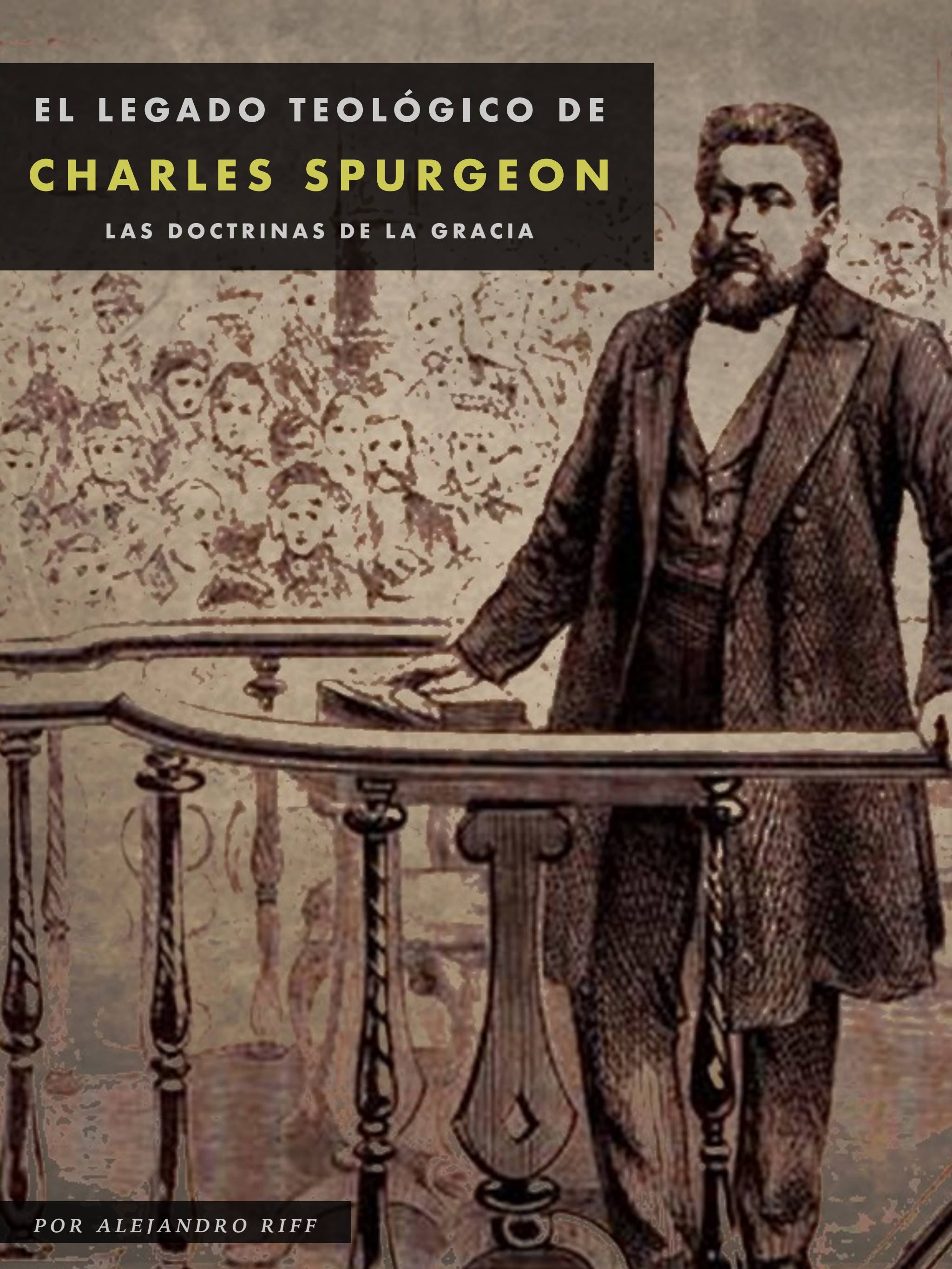
EL LEGADO TEOLÓGICO DE CHARLES SPURGEON

LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA



POR ALEJANDRO RIFF

EL LEGADO TEOLÓGICO DE CHARLES SPURGEON

LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

ÍNDICE

Prólogo (por el pastor Alejandro Riff)

¿Qué hemos heredado en América Latina
de parte de los misioneros bautistas?..... pag. 3

. . . . . .

Las Doctrinas de la Gracia (por Charles Spurgeon)

1 - La incapacidad humana..... pag. 6

2 - La elección..... pag. 20

3 - La redención particular..... pag. 39

4 - El llamamiento eficaz..... pag. 54

5 - La perseverancia final de los santos ..... pag. 66

. . . . . .

Epílogo (por el pastor Alejandro Riff)

¿Qué es ser un bautista reformado?..... pag. 81

Libro de libre distribución

¿QUÉ HEMOS HEREDADO EN AMÉRICA LATINA DE PARTE DE LOS MISIONEROS BAUTISTAS

Uno de los predicadores y escritores de sermones evangelísticos más prolífico de los últimos siglos fue sin duda el pastor inglés Charles Haddon Spurgeon (1835-1892). Conocido por este gran legado como: "El príncipe de los predicadores". Pero su legado va mas allá de la cantidad de libros que llegan de él a nuestros días. Hay otro legado del que me gustaría hablarte, el cual ha sido muy poco tomado en cuenta (por no decir rechazado *a priori*) en América Latina, y este es *el legado teológico de Spurgeon*.

Si bien Spurgeon fue un pastor bautista, sus libros son leídos por la mayoría de las denominaciones e iglesias independientes de todo nuestro continente. Casi toda librería cristiana (a pesar de la decadencia actual en materia doctrinal) tiene "algo" en sus estantes de Spurgeon.

Pero Spurgeon llegó a ser lo que fue debido a su base teológica. Es decir, su base teológica llegó a ser el cimiento sobre el cual apoyó sus sermones. ¿Y cuál era esta base teológica? Escuchémosla desde la misma boca del Spurgeon:

"Si alguien me preguntara qué quiero decir cuando hablo de un calvinista, yo respondería: "es alguien que afirma que la salvación es de Jehová." *No puedo encontrar en la Escritura ninguna otra doctrina fuera de esta. Es la esencia de la Biblia. "Él solamente es mi roca y mi salvación." Díganme cualquier cosa contraria a esta verdad y será una herejía. Mencionen cualquier herejía y yo encontraré su esencia aquí, que se ha apartado de esta verdad grandiosa, fundamental, sólida como una roca, "Dios es mi roca y mi salvación." (…)*

*"**El calvinismo no es otra cosa que el Evangelio**. No creo que podamos predicar el Evangelio si no predicamos la justificación por la fe, sin obras; ni a menos que prediquemos la soberanía de Dios en Su dispensación de la Gracia; ni a menos que exaltemos el amor que elige y que no se puede cambiar, eterno, inmutable y conquistador de Jehová."*[1]

Si bien, el mismo Spurgeon prefería llamarse "cristiano" antes que "calvinista", no obstante él explica como bautista confesional, que él es un "calvinista" en la interpretación de la soteriología (doctrina de la salvación). Esta **soteriología reformada** por supuesto la toma

---

[1] Autobiografía de C. H. Spurgeon, vol.1.

de la **Confesión de Fe Bautista de 1689**. Confesión que él volvió a publicar[2] como una defensa ante las críticas de muchos de los bautistas de su época, que poco a poco iban claudicando de sus bases doctrinales heredadas de la Reforma protestante.

La mayoría de las misiones bautistas (mayormente de la rama fundamentalista) que llegaron a Latinoamérica en el siglo XX se caracterizaron por ser dispensacionales. Sus antepasados, abandonando sus propias raíces reformadas (de teología el pacto) que estaba ligada a la confesión histórica de fe de 1689, era de esperar que abandonaran su soteriología reformada. A pesar de que muchos de ellos vinieron "con los libros de Spurgeon bajo el brazo", definitivamente no vinieron con su teología.

Actualmente soy un pastor de una iglesia independiente que sostiene la mencionada Confesión de Fe de Londres (bautista) de 1689. Pero en mi pasado fui miembro de una iglesia fundamental; estudié en la escuela bíblica que sustentaba una comunión de iglesias por unos cinco años, y en muchas de las materias se lo citaba a Spurgeon. Incluso, uno de los libros de una de las materia era: "Discurso a mis Estudiantes[3]".

Estaba muy familiarizado con los libros de Spurgeon, y como me gustaban, compré obras de él más allá de las que circulaban en mi iglesia. Un buen día me topé con un capítulo del libro "No hay otro Evangelio", cuyo título era "La Redención Limitada" (llamada en el presente libro "Redención Particular"). Este era uno de los cinco puntos del calvinismo (o "Doctrinas de la Gracia"), pero yo no lo sabía en aquel entonces, ya que mi comunión de iglesias era "anti-calvinista". Cuando leí ese capítulo de la "Redención Limitada" me pareció extraño, chocante (con mi idea de libre albedrío) y hasta dije dentro mío: *"¡Cómo se pude equivocar tanto Spurgeon!* Luego leí el capítulo "La Elección" y allí ya no quería saber más nada de Spurgeon y su supuesta "mala teología". Pero esas doctrinas empezaron a ser para mí "una piedra en el zapato", y no podía dejar de pensar en ellas. Me asaltaban las siguientes dudas:

¿Realmente la doctrina de mi iglesia es tan histórica y ortodoxa como reclama ser?
¿Estaba equivocado Spurgeon en sus apreciaciones teológicas? ¿Eran una invención de él?
¿Por qué nunca se plantearon estas cuestiones en mi escuela bíblica de teología?

Mis dudas siguieron por varios meses, hasta que alguien de otra iglesia me dijo: *"Nosotros usamos la misma confesión de fe que utilizaba Spurgeon". ¿Cuál es?* (pregunté yo en mi ignorancia). *Pues es la declaración de 1689* (me contestó). *La bajaré de internet entonces.* (dije).

---

[2] Del libro: "Otro peregrino", pag. 135.

[3] Compilación de discursos de Spurgeon a los estudiantes de teología de su colegio.

Al empezar a leer la Confesión de Fe Bautista de 1689 es cuando (pareciera) que se me cayeron las vendas de los ojos, y dije: *¡La doctrina de la elección o expiación limitada no es una invención de Spurgeon! ¡Es algo que los bautistas creían desde siempre!*

Allí fue donde entendí que la doctrina de Spurgeon no solamente era "su doctrina", sino la de los bautistas confesionales que abrazan la soteriología reformada. Para ponerlo en un campo más amplio, utilizo las palabras de Spurgeon:

"La antigua verdad que Calvino predicó, que Agustín predicó, que Pablo predicó, es la verdad que debo predicar hoy, o de lo contrario seré infiel a mi conciencia y a mi Dios".[4]

A partir de allí empecé un proceso donde Dios, por medio de su Palabra, me empezó a mostrar una doctrina de la salvación más amplia, más profunda, más gloriosa, pues esta se centrada en la soberanía de Dios y no en el pobre y condicionado (por el pecado) libre albedrío del hombre.

Conocí más autores reformados, más confesiones de fe y concilios históricos de la iglesia, y también empecé a ver por Internet cierto resurgimiento de la teología reformada por primera vez en América Latina (aunque falta mucho camino por recorrer para que sea una reforma confesional).

Me di cuenta que la información que se me proporcionó en mi antigua comunión de iglesias era fraccionada, filtrada y claramente tendenciosa (a pesar que reclamaba ser "bíblica"). Sobre todo al estudiar la historia de la iglesia (sin prejuicios) me llevó a darme cuenta que el punto no era Spurgeon, Calvino, ni la Reforma, sino la misma Biblia, la Palabra de Dios fuente de toda verdad. Y que aquellos hombres criticados como "calvinistas" fueron los mejores predicadores de la historia.

Te invito a descubrir **el legado de la teología de Spurgeon** a través de los siguientes cinco mensajes (que Spurgeon predicó) acerca de las "Doctrinas de la Gracia." Te aconsejo hacerlo con tu Biblia abierta y también con una mente abierta a lo dice el texto bíblico (libre de prejuicios denominacionales). Eso fue lo que me ayudó a mí a entender la soteriología reformada, sinónimo de bíblica, ¡de la cual no me muevo ni por un segundo!

La salvación pertenece a Jehová. (Jonás 2:9)

Pastor Alejandro David Riff.
Iglesia Cristiana Bíblica de Rosario.
Argentina.

---

[4] Libro: Discursos a mis estudiantes. CBP. 5ta. Ed. Pág. 7.

PUNTO UNO DE LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

LA INCAPACIDAD HUMANA

"Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere;
y yo lo resucitaré en el día postrero" Juan 6:44

"Venir a Cristo" es una frase muy común en la Santa Escritura. Se usa para describir esas acciones del alma por las que, abandonando de inmediato nuestros pecados y nuestra justicia propia, volamos hacia el Señor Jesucristo y recibimos Su justicia para revestirnos con ella y Su sangre para que sea nuestra expiación. Venir a Cristo, entonces, encierra el arrepentimiento, la negación de uno mismo y la fe en el Señor Jesucristo. Incluye en sí todas esas cosas que son el acompañamiento necesario de estos grandiosos estados del corazón, tales como la creencia en la verdad, la diligencia en la oración a Dios, la sumisión del alma a los mandamientos del evangelio de Dios y todas esas cosas que acompañan el amanecer de la salvación en el alma.

Venir a Cristo es la única cosa esencial para la salvación de un pecador. Quien no viene a Cristo, haga lo que haga y crea lo que crea, está todavía en "hiel de amargura y en prisión de maldad." Venir a Cristo es el primerísimo efecto de la regeneración. En el momento en que el alma es vivificada, de inmediato descubre su condición perdida, y se horroriza ante esa condición, busca refugio y creyendo que Cristo es el refugio adecuado, vuela hacia Él y descansa en Él.

Donde no existe este venir a Cristo, no hay una señal cierta de una nueva vida. Donde no hay una vida nueva, el alma está muerta en delitos y pecados y estando muerta no puede entrar en el reino de los cielos. Tenemos frente a nosotros un aviso muy sorprendente, incluso detestable para algunas personas. Venir a Cristo, que es descrito por muchas personas como la cosa más fácil del mundo, es considerado por nuestro texto como algo total y enteramente imposible para cualquier hombre, a menos que el Padre le lleve a Cristo.

Nuestro objetivo será entonces reflexionar sobre esta declaración. No dudamos que siempre será desagradable para la naturaleza carnal. Sin embargo, la ofensa que se hace a la naturaleza humana es a veces el primer paso para lograr que se humille ante Dios. Y si es este el resultado de un proceso doloroso, podemos olvidar el dolor y gozarnos en las gloriosas consecuencias.

Primeramente trataré esta mañana de hacer resaltar la incapacidad del hombre, viendo en qué consiste. En segundo lugar, veremos las formas que el Padre emplea: cuáles son y cómo

son ejercitadas en el alma. Y luego concluiré considerando el dulce consuelo que se puede obtener de este texto que es árido y terrible en apariencia.

I. Tenemos pues primero LA INCAPACIDAD DEL HOMBRE.
El texto dice: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere." ¿Dónde radica esta incapacidad?

En primer lugar, no se deriva de ningún defecto físico. Si para venir a Cristo, mover el cuerpo o caminar con los pies puede ser de ayuda, ciertamente el hombre tiene todo el poder físico para venir a Cristo en ese sentido. Recuerdo que una vez escuché a un antinominiano necio que declaró que no creía que ningún hombre tenía el poder de caminar a la casa de Dios si el Padre no le llevara. Ese hombre era verdaderamente un tonto, porque debió haber visto que mientras un hombre tenga vida y piernas le resulta lo mismo de fácil caminar a la casa de Dios que a la casa de Satanás.

Si venir a Cristo incluye decir una oración, el hombre no tiene defecto físico sobre este particular. Si no es mudo, puede decir una oración tan fácilmente como decir una blasfemia. Es tan fácil que un hombre cante uno de los cantos de Sión como que cante una canción profana teñida de lujuria. No hace falta el poder físico para venir a Cristo. El hombre tiene todo el poder corporal que se necesita. Y cualquier parte de la salvación que consista en eso está entera y totalmente al alcance del hombre, sin necesidad de ninguna ayuda del Espíritu de Dios.

Tampoco reside esta incapacidad en ninguna deficiencia mental. Puedo creer que esta Biblia es verdadera con la misma facilidad que puedo creer que cualquier otro libro es verdadero. En la medida en que creer en Cristo no sea más que un acto de la mente, soy tan capaz de creer en Cristo como lo soy de creer en cualquier otra persona. Si Sus afirmaciones son verdaderas sería una pérdida de tiempo que me digan que no puedo creerlas. Puedo creer lo que Cristo afirma de la misma manera que puedo creer lo que afirme cualquier otra persona. No hay ninguna falta de capacidad en la mente: es capaz de apreciar como un mero concepto intelectual la culpa del pecado, de la misma manera que es capaz de entender la culpa que implica un asesinato. Es posible que yo desarrolle la idea mental de buscar a Dios, de la misma manera que puedo ejercitar el pensamiento de la ambición.

Tengo toda la fortaleza mental y el poder que se pueden necesitar en la medida en que el poder mental sea necesario para la salvación. No, no hay ningún hombre tan ignorante que pueda argumentar su falta de intelecto como una excusa válida para rechazar el Evangelio. Entonces, el defecto no está ni en el cuerpo, ni en lo que debemos llamar en el sentido teológico: la mente. No existe ni insuficiencia ni deficiencia en ella, aunque ciertamente es la

depravación de la mente, su corrupción o su ruina, lo que después de todo, conforma la esencia misma de la incapacidad del hombre.

Permítanme mostrarles en dónde reside realmente la incapacidad del hombre. Está en lo profundo de su naturaleza. Debido a la Caída y por medio de nuestro propio pecado, la naturaleza del hombre se ha vuelto tan degradada, depravada y corrupta, que es imposible que el hombre venga a Cristo sin la ayuda de Dios el Espíritu Santo. Ahora, con el objeto de poder mostrarles cómo la naturaleza del hombre lo hace incapaz de venir a Cristo, deben permitirme usar esta figura. Ven a esa oveja, ¡observen con qué entusiasmo come de su pasto! Nunca se han enterado de una oveja que busque la carroña, no podría vivir del alimento que corresponde a los leones.

Ahora tráiganme un lobo y ustedes me preguntan si un lobo puede alimentarse de hierba, si puede ser tan dócil y domesticado como la oveja. Yo respondo que no, pues su naturaleza va en contra de todo eso. Ustedes dicen: "Bien, tiene orejas y patas. ¿Acaso no puede oír la voz del pastor y seguirlo adonde quiera que vaya?" Yo respondo: ciertamente. No hay ninguna causa física por la que no pueda hacerlo, pero su naturaleza se lo impide, y por lo tanto digo que no puede hacerlo. ¿Acaso no puede ser domesticado? ¿No puede desaparecer su naturaleza feroz?

Probablemente pueda someterse de tal manera que puede llegar a parecer manso, pero siempre habrá una marcada diferencia entre el lobo y la oveja, ya que hay una distinción en sus naturalezas. Ahora, la razón de por qué el hombre no puede venir a Cristo no es porque no pueda venir por alguna razón relacionada con su cuerpo o con el simple poder de su mente. El hombre no puede venir a Cristo porque su naturaleza está tan corrompida que no tiene ni la voluntad ni el poder para venir a Cristo a menos que sea traído por el Espíritu.

Pero déjenme darles un mejor ejemplo. Vemos a una madre con su bebé en sus brazos. Ustedes le dan un cuchillo y le dicen que le dé al bebé una puñalada en el corazón. Ella responde en verdad, de todo corazón: "No puedo." Ahora, en lo que se refiere a su poder físico, ella podría si quisiera. Tiene un cuchillo y tiene al niño. El pequeño está indefenso y la madre tiene la suficiente fuerza en su mano para darle una puñalada. Pero tiene mucha razón cuando dice que no puede hacerlo. Es muy posible, como un simple acto de su mente, que la madre piense en matar a su hijo y sin embargo ella dice que no puede pensar en tal cosa. Y no miente cuando dice eso, porque su naturaleza de madre no le permite hacer algo frente a lo cual su alma se rebela.

Simplemente debido a que es la madre del niño ella siente que no puede matarlo. Sucede lo mismo con el pecador. Venir a Cristo es tan detestable para la naturaleza humana que

aunque los hombres podrían venir a Cristo si quisieran (al menos en lo que concierne a las fuerzas físicas y mentales y estas por cierto tienen una muy reducida esfera de acción en la salvación), es estrictamente correcto decir que no quieren ni pueden venir, a menos que el Padre que ha enviado a Cristo, los traiga. Vamos a profundizar más en este tema, tratando de mostrarles en qué consiste esta incapacidad humana en sus más mínimos detalles.

1. En primer lugar tenemos la rebeldía de la voluntad humana. "Oh," dice el arminiano, "los hombres pueden salvarse si ellos quieren." Respondemos: "mi querido señor, todos creemos en eso. Pero es precisamente en el si ellos quieren donde está el problema. Afirmamos que nadie quiere venir a Cristo a menos que sea traído. No, no lo afirmamos nosotros sino que el mismo Cristo lo declara así: "Y no queréis venir a mí para que tengáis vida." Y mientras ese "no queréis venir" permanezca en la Santa Escritura, Cristo nunca podrá ser convencido de creer en ninguna doctrina de la libertad de la voluntad hombre.

Es sorprendente cómo la gente, al abordar el tema del libre albedrío, habla de cosas sobre las que no entiende absolutamente nada. "Bueno" dice alguien, "yo creo que los hombres pueden ser salvos si quisieran." Mi querido amigo, ésa no es para nada la pregunta. La pregunta es: ¿tienen los hombres la inclinación natural a someterse a las humillantes condiciones del Evangelio de Cristo? Declaramos, con base en la autoridad de la Biblia, que la voluntad humana está tan desesperadamente inclinada al mal, tan depravada, tan orientada a todo lo que es malo, tan opuesta a todo lo que es bueno, que sin la influencia poderosa, sobrenatural e irresistible del Espíritu Santo, ninguna voluntad de hombre podrá ser obligada a ir a Cristo.

Tú respondes que a veces los hombres sí quieren ir, sin la ayuda del Espíritu Santo. Yo digo: ¿has conocido a alguien que sí quería? Yo he conversado con muchos cientos, no, con miles de cristianos, todos con diferentes puntos de vista, unos jóvenes y otros viejos, pero nunca he tenido la suerte de conocer a uno que pudiera afirmar que vino a Cristo por su propia voluntad, sin necesidad de ser traído. La confesión universal de todos los verdaderos creyentes es esta: "Yo sé que si Jesucristo no me hubiera buscado cuando yo era un extraño completamente alejado del redil de Dios, aun hasta este momento estaría caminando errante muy lejos de Él, a gran distancia de Él y amando esa distancia cada vez más." Todos los creyentes afirman, en un consenso general, la verdad de que los hombres no vendrán a Cristo hasta que el Padre que ha enviado a Cristo, los traiga.

2. Otra vez, no sólo la voluntad es obstinada, sino que el entendimiento está oscurecido. De todo esto tenemos abundantes pruebas en la Escritura. No estoy haciendo simples aseveraciones ahora, sino que estoy declarando doctrinas que son enseñadas con autoridad en las Santas Escrituras y conocidas en la conciencia de cada cristiano: que el entendimiento

del hombre está de tal manera entenebrecido que no puede entender las cosas de Dios de ninguna manera, hasta que su entendimiento sea abierto. El hombre interior es ciego por naturaleza. La cruz de Cristo, tan cargada de glorias y brillando con todo tipo de atractivos, nunca lo atrae, porque está ciego y no puede ver sus maravillas. Háblale de las maravillas de la creación. Muéstrale el arco iris que surca el cielo. Déjale mirar las glorias de un paisaje. Claro que estas cosas sí las puede ver.

Pero háblale de las maravillas del Pacto de Gracia, coméntale acerca de la seguridad que tiene el creyente en Cristo, dile las bellezas de la Persona del Redentor, y verás que está sordo a todas tus descripciones. O regresemos al versículo que notamos de manera especial en nuestra lectura: "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura, y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente," y en tanto que es un hombre natural, no tiene el poder de discernir las cosas de Dios. "Bien", dice uno, "creo que he desarrollado un criterio razonable en los temas de teología. Pienso que casi puedo entenderlo todo."

Cierto, puedes haberlo logrado en cuanto a la letra. Pero en su espíritu, y en una verdadera recepción que penetre hasta el alma y su comprensión verdadera, no puedes haberlas logrado, a menos que hayas sido traído por el Espíritu. Pues en tanto que esta Escritura sea verdad, es decir que el hombre carnal no puede entender las cosas espirituales, es imposible que las hayas entendido, a menos que hayas sido regenerado y hayas sido hecho un hombre espiritual en Cristo Jesús. Entonces la voluntad y el entendimiento son dos grandes puertas, impidiendo ambas nuestro paso para venir a Cristo. Y hasta que estas puertas no sean abiertas por las dulces influencias del Espíritu Divino, están cerradas para siempre para todo lo relacionado a venir a Cristo.

3. Otra vez, los afectos, que constituyen una buena parte del hombre, son depravados. El hombre tal como es antes de recibir la gracia de Dios, ama cualquier cosa más que las cosas espirituales. Si quieres una prueba de esto, mira a tu alrededor. No se necesita un monumento en honor a la depravación de los afectos humanos. Mira a cualquier lugar: no hay ni una sola calle, ni una sola casa, no, ni un solo corazón que no muestre la triste evidencia de esta terrible verdad. ¿A qué se debe que los hombres no se congreguen en todas partes del mundo en la casa de Dios el domingo? ¿Por qué no nos dedicamos más a la lectura de la Biblia? ¿Por qué la oración es un deber casi universalmente descuidado? ¿Por qué se ama tan poco a Cristo? ¿Por qué quienes profesan ser sus discípulos son tan fríos en el afecto hacia Él?

¿De dónde proceden estas cosas? Con toda seguridad, hermanos, no podemos encontrar otra fuente sino esta: la corrupción y contaminación de los afectos. Amamos lo que debemos

odiar y odiamos lo que debemos amar. La razón por la que amamos más esta vida que la vida venidera, es la naturaleza humana, la naturaleza humana caída. No es sino por efecto de la Caída que amamos más al pecado que a la justicia, y a los caminos de este mundo más que a los caminos de Dios. Y repetimos de nuevo, hasta que estos afectos sean renovados y convertidos en un nuevo canal por medio del llamado soberano del Padre, no es posible que ningún hombre ame al Señor Jesucristo.

4. Otra vez, la conciencia también ha sido dominada completamente por la Caída. Creo que el mayor error que comenten los teólogos es cuando le dicen a la gente que la conciencia es representante de Dios en el alma y que es uno de esos poderes que retienen su antigua dignidad alzándose erguido entre sus compañeros caídos. Hermanos míos, cuando el hombre cayó en el huerto del Edén, la humanidad entera cayó. No hubo ni un solo pilar del templo humano que permaneciera erguido. Es cierto, la conciencia no fue destruida. El pilar no se rompió. Cayó, y cayó en una sola pieza, y allí quedó como el más poderoso fragmento de lo que fue una vez la obra perfecta de Dios en el hombre.

Pero esa conciencia está caída, estoy seguro. Simplemente miren a los hombres. ¿Quién posee, de todos los hombres, "una buena conciencia delante de Dios," sino el hombre regenerado? ¿Piensan ustedes que si las conciencias de los hombres les hablaran siempre de manera fuerte y clara, vivirían cometiendo cada día actos tan opuestos a la justicia como las tinieblas se oponen a la luz? No, amados; la conciencia me puede decir que soy un pecador, pero esa conciencia no me puede hacer sentir que soy un pecador. La conciencia me puede decir que tal y tal cosa es mala, pero qué tan mala es, esa misma conciencia no lo sabe.

¿Acaso le ha dicho la conciencia alguna vez a algún hombre, sin la iluminación del Espíritu, que sus pecados merecen la condenación? O si alguna conciencia alguna vez hizo eso, ¿guió a ese hombre a sentir el aborrecimiento del pecado como pecado? De hecho, ¿alguna vez una conciencia trajo al hombre a tal negación de sí mismo que llegó a sentir aborrecimiento de sí y de todas sus obras y la necesidad de venir a Cristo? No, la conciencia aunque no está muerta, está arruinada. Su poder está dañado, ya no tiene esa agudeza visual ni esa mano poderosa ni esa voz de trueno que tuvo antes de la Caída. Ha dejado de ejercer, hasta cierto punto, su supremacía en la ciudad del Alma del hombre. Entonces, amados, debido a la depravación de la conciencia, se requiere que el Espíritu Santo intervenga para mostrarnos nuestra necesidad de un Salvador y para traernos al Señor Jesucristo.

"Sin embargo," dirá alguno, "en todo lo que has dicho hasta ahora, me da la impresión que consideras que la razón por la que los hombres no vienen a Cristo es que ellos no quieren en lugar que no pueden." Cierto, muy cierto. Creo que la razón de mayor importancia de la incapacidad del hombre es la rebeldía de su voluntad. Una vez que se supera esa rebeldía,

creo que se ha quitado esa gran piedra que tapa el sepulcro y ya está ganada la parte más dura de la batalla. Pero permítanme ir un poco más lejos. Mi texto no dice: "Ningún hombre quiere venir," sino que dice: "Ningún puede venir." Ahora, muchos comentaristas creen que la palabra puede no es más que una expresión que no conlleva otro significado más que el de quiere. Estoy convencido que esto no es correcto.

No solamente hay en el hombre una renuencia a ser salvado sino que también hay impotencia espiritual para venir a Cristo. Y esto se lo puedo demostrar a cualquier cristiano con mucha facilidad. Amados, me dirijo a los que ya han sido vivificados por la gracia divina. ¿No les enseña su experiencia que hay momentos en los cuales quieren servir a Dios pero que sin embargo no pueden hacerlo? ¿No se han visto obligados a veces a decir que han querido creer, pero que han tenido que orar: "Señor, ayuda mi incredulidad"? Porque, a pesar de que tienen todo el deseo de recibir el Testimonio de Dios, su propia naturaleza carnal ha sido demasiado poderosa para ustedes de tal manera que han sentido la necesidad de ayuda sobrenatural.

¿Puedes tú entrar en tu habitación a cualquier hora y caer de rodillas y decir: "Bien, quiero ser diligente en la oración y estar más cerca de Dios."? Yo te pregunto: ¿ves que tu poder es igual a tu querer? ¿Podrías afirmar, incluso ante el mismo tribunal de Dios, que estás seguro de no estar equivocado en cuanto a este querer? Tú quieres ser envuelto en devoción. Deseas no alejarte de la pura contemplación del Señor Jesucristo, pero te das cuenta que no puedes lograrlo, aun queriéndolo, sin la ayuda del Espíritu.

Pues bien si el hijo de Dios, que tiene nueva vida, encuentra una incapacidad espiritual, ¿cuánto más no la encontrará el pecador que está muerto en delitos y pecados? Si el cristiano maduro, después de treinta o cuarenta años, aun encuentra que quiere pero no puede; si tal es su experiencia ¿no parece más que probable que el pobre pecador que todavía es incrédulo necesite tanto el poder como el querer?

Pero hay otro argumento todavía. Si el pecador tiene poder para venir a Cristo, me gustaría saber cómo debemos interpretar las continuas descripciones de la situación del pecador que encontramos en la Santa Palabra de Dios. Ahora bien, se dice que un pecador está muerto en delitos y pecados. ¿Podrías afirmar que la muerte sólo significa la ausencia de la voluntad? Ciertamente un cadáver es tanto incapaz como renuente. ¿O acaso no ven todos los hombres que hay una distinción entre querer y poder? ¿No podría ese cadáver ser lo suficientemente revivido para tener voluntad y sin embargo ser tan impotente que ni siquiera puede mover su mano o su pie? ¿Acaso no hemos visto casos de personas que han sido suficientemente reanimadas para mostrar evidencias de vida, pero que sin embargo han estado tan cerca de la muerte que no han podido hacer el más leve movimiento?

¿No hay una clara diferencia entre dar el querer y dar el poder? Sin embargo, es muy cierto que donde se da el querer se tendrá el poder. Logren que un hombre quiera y ese hombre será hecho poderoso, pues cuando Dios da el querer, Él no atormenta al hombre haciéndolo desear eso que no puede alcanzar. Sin embargo, Dios hace tal división entre el querer y el poder, que se ve que ambas cosas son dones muy distintos del Señor nuestro Dios.

A continuación tengo que hacer otra pregunta. Si eso fuera todo lo que el hombre necesita para querer ¿no se degrada con eso de inmediato al Espíritu Santo? ¿No tenemos la costumbre de dar toda la gloria de la salvación obrada en nosotros a Dios el Espíritu Santo? Pero si todo lo que el Dios el Espíritu Santo hace por mí es darme el querer hacer estas cosas por mí mismo, ¿no nos hacemos partícipes en gran medida de su gloria? Y ¿no podría entonces ponerme de pie y decir con toda osadía: "Es cierto que el Espíritu me dio la voluntad de hacer esto, pero aun así, yo lo hice por mí mismo y por lo tanto yo también puedo gloriarme. Puesto que yo hice todas estas cosas sin ayuda de lo alto, no voy a arrojar mi corona a Sus pies. Es mi corona, yo me la gané y yo la voy a conservar."?

Mientras en la Escritura se diga que el Espíritu Santo es siempre la Persona que obra en nosotros tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad, mantendremos como una legítima conclusión que Su obra consiste en algo más que en hacernos querer. Por lo tanto debe haber algo más que la falta de querer en un pecador. Debe haber una real y absoluta falta de poder.

Ahora, antes de dejar este tema, permítanme decirles esto. A menudo se me acusa de predicar doctrinas que pueden hacer mucho daño. Pues bien, no voy a negar esa acusación, pues no soy cuidadoso cuando respondo en esta materia. Aquí están presentes varios testigos que pueden corroborar que las cosas que he predicado han hecho mucho daño, no a la moralidad o a la Iglesia de Dios. El daño se lo ha hecho a Satanás. No son uno ni dos, sino muchos cientos los que se gozan en esta mañana de haber sido traídos a Dios. Han sido traídos a conocer y a amar al Señor Jesucristo después de haber sido profanos quebrantadores del día de guardar, borrachos o personas mundanas. Y si esto es hacer daño, que Dios en su infinita misericordia nos envíe más de estos males.

Pero aún hay más: ¿qué verdad hay en el mundo que no hiera al que quiera ser herido por ella? Los que predican la redención general gustan de proclamar la gran verdad de la misericordia de Dios hasta el último momento. Pero, ¿cómo se atreven a predicar eso? Muchas personas son afectadas al posponer el día de la gracia, convencidos que la última hora es tan buena como la primera. Pues qué, si predicáramos cualquier cosa que el hombre puede utilizar indebidamente o puede abusar de ello, entonces deberíamos guardar silencio

para siempre. Todavía hay quien dice: "Pues bien, si yo no puedo salvarme a mí mismo, y no puedo venir a Cristo, debo quedarme quieto y no hacer nada."

Si hay hombres que dicen eso, serán condenados. Les hemos repetido con mucha claridad que hay muchas cosas que pueden hacer. Encontrarse continuamente en la casa de Dios está en su poder. Estudiar la Palabra de Dios con diligencia está en su poder. Renunciar a los pecados visibles, abandonar los vicios que ustedes practican, lograr que su vida sea honesta, sobria y justa está en su poder. Para esto no necesitan ninguna ayuda del Espíritu Santo. Todo esto lo pueden hacer ustedes solos. Pero venir a Cristo ciertamente no está en su poder hacerlo, si antes no han sido renovados por el Espíritu Santo. Pero vean que su falta de poder no es ninguna excusa, dado que no tienen ningún deseo de venir y están viviendo en una rebelión voluntaria contra Dios. Su falta de poder radica principalmente en la obstinación de su naturaleza.

Supongan que un mentiroso dice que no está en su poder decir la verdad, que ha sido un mentiroso por tanto tiempo que no puede dejar la mentira. ¿Sería eso una excusa para él? Supongan que un hombre que durante mucho tiempo se ha entregado a sus concupiscencias, les dice que está tan aprisionado por ellas como por una gran red de hierro, que no puede librarse de ellas. ¿Aceptarían eso como una excusa? Ciertamente no lo es. Si un borracho se ha vuelto tan alcohólico que le resulta imposible pasar frente a una cantina sin entrar en ella, ¿lo disculparían por eso? No, puesto que su incapacidad para reformarse está en su naturaleza , que no quiere ni reprimir ni conquistar.

El acto y la causa de ese acto, ambos provienen de la raíz de pecado y son dos males que no pueden excusarse el uno al otro. Es debido a que aprendieron a hacer el mal que ahora no pueden aprender a hacer el bien, y por tanto, en lugar de permitirles que se sienten y comiencen a buscar excusas, déjenme poner un rayo debajo de su pereza, para que se asusten verdaderamente y se levanten.

Recuerden que no hacer nada es quedar condenados por toda la eternidad. ¡Oh, que Dios el Espíritu Santo quiera usar esta verdad en un sentido muy diferente! Confío en que antes de terminar podré mostrarles cómo es que esta verdad, que aparentemente condena a los hombres y les cierra las puertas es, después de todo, la gran verdad que ha sido bendecida para la conversión de los hombres.

II. Nuestro segundo punto es LAS FORMAS QUE EL PADRE EMPLEA.
"Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere." Entonces, ¿cómo trae el Padre a los hombres? Los teólogos arminianos generalmente afirman que Dios trae a los hombres por la predicación del Evangelio. Muy cierto. La predicación del Evangelio es el

instrumento para traer a los hombres, pero tiene que haber algo más que esto. Déjenme preguntarles: ¿a quién dirigió Cristo estas palabras? Pues, a la gente de Capernaum, donde Él había predicado con frecuencia, donde había pronunciado tristemente y lamentando, los ¡ayes! de la Ley y las invitaciones del Evangelio. ¡En esa ciudad había realizado poderosas obras y había hecho muchos milagros!

En efecto, tantas enseñanzas y tantos testimonios milagrosos les habían dado, que Él declaró que Tiro y Sidón se habrían arrepentido desde mucho tiempo atrás en cilicio y ceniza, si hubieran sido bendecidas con tales privilegios. Ahora si la predicación del propio Cristo no bastó para hacer capaces a estos hombres para venir a Cristo, no puede ser posible que todo lo que se necesitaba para que el Padre trajera a los hombres era simplemente la predicación. No, hermanos, fíjense bien, Él no dice que ningún hombre puede venir a menos que el ministro lo trajere, sino que dice: a menos que el Padre lo trajere.

Ahora bien, existe tal cosa como ser traído por el Evangelio y ser traído por el ministro sin ser traído por Dios. Claramente es una atracción divina la que se quiere describir con esto, una atracción del Dios Altísimo, la Primera Persona de la Santísima Trinidad que envía a la Tercera Persona, el Espíritu Santo, para inducir a los hombres a venir a Cristo. Otra persona se voltea y dice con una sonrisa burlona: "Entonces, ¿piensas que Cristo arrastra a los hombres hacia Él, al ver que ellos que no quieren?" Recuerdo una conversación con alguien que me dijo una vez: "Tú predicas que Cristo arrastra a la gente tomándola de los cabellos y los lleva hacia Él." Yo le pedí que me diera la fecha del sermón en que prediqué esa extraordinaria doctrina, pues si la recordaba, se lo iba a agradecer. Sin embargo, no pudo recordarla.

Pero respondí que, si bien es cierto que Cristo no arrastra a la gente tomándolos de los cabellos, creo que los atrae tomándolos del corazón de manera tan poderosa como el ejemplo que tu caricatura sugiere. Fíjense bien que en la atracción del Padre no hay ningún tipo de compulsión. Cristo nunca obligó a nadie a venir a Él en contra de su voluntad. Si un hombre no quiere ser salvado, Cristo no lo salva en contra de su voluntad. Entonces, ¿cómo le trae el Espíritu Santo? Pues, haciendo que quiera venir. Es cierto que utiliza la "persuasión moral." Él conoce un método más cercano para tocar el corazón. Va a la fuente secreta del corazón y Él sabrá cómo, por medio de alguna operación misteriosa, cambia la voluntad y la pone mirando en la dirección contraria de tal manera que el hombre es salvado "con pleno consentimiento en contra de su voluntad" es decir, en contra de su vieja voluntad es salvado, citando las palabras paradójicas de Ralph Erskine.

Pero él es salvado con su pleno consentimiento porque se le ha infundido el querer en el día del poder de Dios. No se imaginen que alguien vaya a ir al cielo pataleando todo el camino y

forcejeando contra la mano que lo lleva. No piensen que alguien va a ser lanzado para que se bañe en la sangre del Salvador al tiempo que él trata de huir del Salvador. Oh, no. Es cierto que antes que nada el hombre no quiere ser salvado. Cuando el Espíritu Santo pone su influencia en el corazón, se cumple la Escritura: "Atráeme en pos de ti. ¡Corramos!" Lo seguimos en tanto que Él nos lleva, contentos de obedecer la voz que antes habíamos despreciado. Pero el punto central está en el cambio de la voluntad.

Cómo ocurre esto, nadie lo sabe. Es uno de esos misterios claramente percibidos como un hecho, pero cuya causa ninguna lengua puede declarar y ningún corazón puede adivinar. Sin embargo, sí les podemos decir la manera aparente en que el Espíritu Santo opera. Lo primero que el Espíritu Santo hace cuando entra al corazón de un hombre es esto: lo encuentra dotado con una muy buena opinión de sí mismo. Y no hay nada que impida tanto a un hombre venir a Cristo como una buena opinión de sí mismo. Dice el hombre: "Yo no quiero venir a Cristo. Yo tengo mi propia justicia tan buena como cualquiera pudiera desearla. Siento que puedo entrar al cielo con mis propios méritos.

El Espíritu Santo desnuda su corazón, le permite ver el cáncer repugnante que está allí consumiendo su vida, le descubre toda la negrura y la inmundicia de esa alcantarilla del infierno, es decir, el corazón del hombre. Entonces el hombre se horroriza, "Nunca pensé que yo fuera así. Oh, esos pecados que yo consideré pequeños han alcanzado una estatura inmensa. Lo que pensé que no era más que un montón de tierra ha crecido hasta llegar a ser una montaña. Lo que no era más que una plantita creciendo en la pared se ha convertido en un cedro del Líbano." "Oh," piensa el hombre, "voy a tratar de reformarme. Haré las buenas obras que se necesiten para borrar todas mis negras acciones."

Entonces viene el Espíritu Santo y le muestra que no puede hacer esto, le quita el poder imaginario y la fuerza que estaba en la fantasía, de tal forma que el hombre cae de rodillas en agonía y exclama: "Oh, pensé una vez que podía salvarme por mis buenas obras, pero ahora me doy cuenta que:

"Mis lágrimas podrían rodar eternamente,

Mi celo podría no conocer el descanso;

Mi pecado no puede ser expiado con nada

Sólo Tú puedes salvar, Señor debes salvarme."

Entonces el corazón se despierta y el hombre está al borde de la desesperación. Y exclama: "No podré ser salvo nunca. Nada puede salvarme." Entonces llega el Espíritu Santo y

muestra la Cruz de Cristo al pecador, le da ojos ungidos con colirio del cielo y le dice: "Mira a esa Cruz. Ese Hombre murió para salvar a los pecadores. Sientes que eres un pecador. Él murió para salvarte." Y Él hace que el corazón crea y venga a Cristo. Y cuando viene a Cristo porque el Espíritu lo ha traído dulcemente, encuentra "la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, la cual guardará su corazón y pensamientos en Cristo Jesús Señor nuestro." Ahora podrán darse cuenta con toda claridad que todo esto puede hacerse sin necesidad de ninguna compulsión. El hombre es traído tan de buena gana que es como si no fuera traído. Y viene a Cristo dando su pleno consentimiento, tan de buena gana como si ninguna secreta influencia hubiera sido aplicada a su corazón. Pero esa influencia debe ser aplicada, pues nunca ha habido nadie, ni tampoco lo habrá, que pueda o que quiera venir al Señor Jesucristo.

III. Y ahora nos preparamos para llegar a una conclusión tratando de hacer una aplicación práctica de esta doctrina.
Confiamos que también sirva de consuelo. "Bien", dirá alguno, "si lo que este hombre predica es cierto, ¿en qué se convertirá mi religión? Porque habrás de saber que durante mucho tiempo me he estado esforzando y no me gusta que me digas que un hombre no se puede salvar a sí mismo. Yo sí creo que puede, y por lo tanto pretendo perseverar en ese esfuerzo. Pero si creo lo que tú dices, debo abandonarlo todo y comenzar de nuevo."
Queridos amigos, sería algo muy bueno que lo intenten. No crean que vaya a reaccionar con alarma si lo hacen.

Recuerden, están construyendo su casa sobre la arena y sólo es un acto de caridad que yo la sacuda un poco. Les aseguro, en el nombre de Dios, que si su religión no tiene un mejor fundamento que la propia fuerza de ustedes, no podrán resistir el juicio de Dios. Nada durará por toda la eternidad que no haya venido de la eternidad. A menos que el Dios eterno haya hecho una buena obra en su corazón, todo lo que puedan haber hecho será descubierto en el último día en el que se rendirán cuentas. Es en vano que vayan a la iglesia o a la capilla, que observen el domingo, que oren asiduamente. Es en vano que sean honestos con sus vecinos y que su conversación sea siempre honorable. Si tienen la esperanza de ser salvos por medio de estas cosas, es totalmente en vano que confíen en eso.

Adelante, sean tan honestos como quieran. Guarden perpetuamente el domingo, sean tan santos como puedan. No los voy a disuadir de hacer estas cosas. Dios no lo quiera. Crezcan en ellas pero no confíen en ellas. Pues si confían en ellas encontrarán que no funcionarán cuando más las necesiten. Y si hay algo más que ustedes crean que pueden hacer sin la ayuda de la Divina Gracia, entre más pronto se liberen de la esperanza que se pudo haber

engendrado así, mejor para ustedes, pues es una vana ilusión confiar en algo hecho por la carne.

Un cielo espiritual debe ser habitado por hombres espirituales y la preparación para entrar allí debe ser realizada por el Espíritu de Dios. "Bien", exclama uno, "yo he estado participando en un grupo donde se me ha dicho que yo podía, por decisión propia, arrepentirme y creer y la consecuencia de eso es que he venido posponiendo esa decisión cada día. Pensé que podía venir en el día que yo quisiera. Que yo sólo tenía que decir: "Señor, ten misericordia de mí," y creer, y entonces sería salvo. Ahora usted me ha arrebatado toda esta esperanza, señor. Siento que el asombro y el horror se apoderan de mí." De nuevo digo: "Mi querido amigo, eso me da mucho gusto. Este era el efecto que yo esperaba conseguir, por la gracia de Dios. Ruego que sientas cada vez más eso. Cuando ya no tengas ninguna esperanza de salvarte a ti mismo, tendré la esperanza de que Dios ha comenzado a salvarte.

Tan pronto como tú digas: "Oh, no puedo venir a Cristo. Señor, toma mi mano, ayúdame," me regocijaré por ti. El que tiene el querer, aunque no tenga el poder, siente que la gracia ha comenzado a trabajar en su corazón y Dios no lo dejará hasta que el trabajo haya sido terminado. Pero tú, pecador despreocupado, aprende que tu salvación está ahora en las manos de Dios. Oh, recuerda que tú estás enteramente en las manos de Dios. Has pecado contra Él y si Él quiere condenarte, condenado estás. No puedes resistir Su voluntad, ni frustrar su propósito. Has merecido Su ira y si Él elige derramar la abundancia de su ira sobre tu cabeza, tú no puedes hacer nada para impedirlo.

Si por otro lado, Él elige salvarte, Él es capaz de hacerlo completamente. Pero tú estás en Su mano de la misma manera que lo puede estar la mariposa del verano bajo tu propio dedo. Él es el Dios al que ofendes cada día. ¿No tiemblas cuando piensas que tu destino eterno cuelga ahora de la voluntad de Aquel a quien has enojado y enfurecido? ¿No chocan temblando tus rodillas y no se te congela la sangre? Si es así, me da mucho gusto, puesto que esto puede ser el primer efecto en tu alma de la atracción del Espíritu. Oh, tiembla al pensar que el Dios al que has airado es el mismo Dios del que depende enteramente tu salvación o tu condenación. Temblando "besad al Hijo, porque no se enoje y perezcáis en el camino, cuando se encendiere un poco su furor."

Ahora, la reflexión que consuela es esta: algunos de ustedes están conscientes en esta mañana que están viniendo a Cristo. ¿No han comenzado a llorar la lágrima penitencial? ¿Acaso su habitación no fue testigo mudo de la preparación por la que pasaron, en medio de oraciones, para venir a escuchar la Palabra de Dios? Y durante el culto esta mañana, ¿no

susurraba su corazón esta palabras: "Señor, sálvame o perezco, porque yo no puedo salvarme a mí mismo? ¿No podrían acaso ahora ponerse de pie, aun sobre los asientos y cantar:

"Oh, Gracia Soberana, somete mi corazón;

Quiero ser llevado en triunfo, también,

Un cautivo voluntario de mi Señor quiero ser,

Para cantar el triunfo de Su Palabra.

Y ¿no he escuchado yo mismo que dicen en su corazón: "Jesús, Jesús, toda mi confianza está en Ti. Yo sé que ninguna justicia propia puede salvarme, sino sólo Tú. Oh Cristo, pase lo que pase, me arrojo por completo en tus manos? Oh, mis hermanos y hermanas, ustedes son traídos por el Padre, pues ustedes no hubieran podido venir si Él no los hubiera traído. ¡Cuán dulce es ese pensamiento! Y si Él los ha traído ¿saben cuál es la conclusión maravillosa? Déjenme repetir solamente un texto, esperando que les traiga consuelo: "Jehovah se manifestó a mí ya mucho tiempo ha, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te soportaré con misericordia."

Sí, mis pobres hermanos y hermanas que lloran, en la medida en que están viniendo a Cristo ahora, el Padre los ha traído. Y en la medida que Él los ha traído, tienen la prueba que Él los ha amado desde antes de la fundación del mundo. ¡Dejen que su corazón dé saltos de alegría, ustedes Le pertenecen! El nombre de cada uno de ustedes fue escrito en las manos del Salvador cuando fueron clavadas al maldito madero. El nombre de cada uno de ustedes brilla hoy en el pectoral del grandioso Sumo Sacerdote. Y estaba ya allí antes que el lucero de la mañana conociese su lugar o los planetas tuvieran su órbita. ¡Gócense en el Señor, todos ustedes que han venido a Cristo, y den voces de alegría, todo ustedes que han sido traídos por el Padre. Pues esta es la prueba con que cuentan, su solemne testimonio, de que han sido elegidos en eterna elección de entre todos los hombres y de que serán guardados por el poder de Dios, por medio de la fe, para la salvación que está lista para ser revelada!

PUNTO DOS DE LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

LA ELECCIÓN

"Mas nosotros debemos dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y fe en la verdad; a lo cual os llamó por nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo."
2 Tesalonicenses 2: 13, 14.

Si no hubiera ningún otro texto en la sagrada Palabra excepto éste, pienso que todos deberíamos estar obligados a recibir y reconocer la verdad de esta grandiosa y gloriosa doctrina de la eterna elección que Dios ha hecho de Su familia. Pero parece que hay un prejuicio muy arraigado en la mente humana en contra de esta doctrina. Y aunque la mayoría de las otras doctrinas son recibidas por los cristianos profesantes, algunas con cautela, otras con gozo, sin embargo esta doctrina parece ser despreciada y descartada con frecuencia.

En muchos de nuestros púlpitos se consideraría gran pecado y alta traición, predicar un sermón sobre la elección, porque no podrían convertir su sermón en lo que ellos llaman un discurso "práctico." Creo que ellos se han apartado de la verdad en este asunto. Cualquier cosa que Dios ha revelado, la ha revelado con un propósito. No hay absolutamente nada en la Escritura que no se pueda convertir, bajo la influencia del Espíritu de Dios, en un discurso práctico: pues "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil" para algún propósito de provecho espiritual.

Es verdad que no se puede convertir en un discurso sobre el libre albedrío (eso lo sabemos muy bien) pero sí se puede convertir en un discurso sobre la gracia inmerecida: y el tema de la gracia inmerecida es de resultados prácticos, cuando las verdaderas doctrinas del amor inmutable de Dios son presentadas para que obren en los corazones de los santos y de los pecadores.

Ahora, yo confío que hoy, algunos de ustedes que se asustan con el simple sonido de esta palabra, dirán: "voy a escucharla con objetividad; voy a hacer a un lado mis prejuicios; voy a oír simplemente lo que este hombre tiene que decir." No cierren sus oídos ni digan de entrada: "es doctrina muy elevada." ¿Quién te ha autorizado a que la llames muy alta o muy baja? ¿Por qué te quieres oponer a la doctrina de Dios? Recuerda lo que les ocurrió a los muchachos que se burlaban del profeta de Dios, exclamando: "¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube!" No digas nada en contra de las doctrinas de Dios, para evitar que salga del bosque una fiera

y te devore a ti también. Hay otras calamidades además del manifiesto juicio del cielo: ten cuidado que no caigan sobre tu cabeza.

Haz a un lado tus prejuicios: escucha con calma, escucha desapasionadamente: oye lo que dice la Escritura. Y cuando recibas la verdad, si a Dios le place revelarla y manifestarla a tu alma, que no te dé vergüenza confesarla. Confesar que ayer estabas equivocado, es solamente reconocer que hoy eres un poco más sabio. Y en vez de que sea algo negativo para ti, da honor a tu juicio, y demuestra que estás mejorando en el conocimiento de la verdad. Que no te dé vergüenza aprender, y hacer a un lado tus viejas doctrinas y puntos de vista, y adoptar eso que puedes ver de manera más clara en la Palabra de Dios. Pero si no ves que esté aquí en la Biblia, sin importar lo que yo diga, o a qué autoridades hago referencia, te suplico, por amor de tu alma, que rechaces lo que digo. Y si desde este púlpito alguna vez oyes cosas contrarias a la Sagrada Palabra, recuerda que la Biblia debe ser lo primero, y el ministro de Dios debe estar sometido a Ella. Nosotros no debemos estar por sobre la Biblia cuando predicamos, sino que debemos predicar con la Biblia sobre nuestras cabezas. Después de todo lo que hemos predicado, estamos muy conscientes que la montaña de la verdad es más alta de lo que nuestros ojos pueden discernir. Nubes y oscuridad rodean su cima, y no podemos distinguir su pico más elevado. Sin embargo, vamos a tratar de predicar lo mejor que podamos.

Pero como somos mortales y sujetos a equivocarnos, ustedes mismos deben juzgarlo todo. "Probad los espíritus si son de Dios;" y si estando de rodillas reflexionando maduramente, ustedes son guiados a rechazar la elección (cosa que yo considero totalmente imposible) entonces deséchenla. No escuchen a quienes predican la elección, sino crean y confiesen aquello que ven que es la Palabra de Dios. No puedo agregar nada más a manera de introducción.

Entonces, en primer lugar, voy a referirme a la veracidad de esta doctrina: "de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación." En segundo lugar, voy a tratar de demostrar que esta elección es absoluta: "Él os haya escogido desde el principio para salvación," no para santificación, sino "mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad." En tercer lugar, esta elección es eterna porque el texto dice: "de que Dios os haya escogido desde el principio." En cuarto lugar, es personal: "Él os haya escogido." Y luego vamos a reflexionar sobre los efectos de esta doctrina: ver lo que produce; y finalmente, conforme la capacidad que nos dé Dios, vamos a intentar considerar sus consecuencias, y ver si en efecto es una doctrina terrible que conduce a una vida licenciosa. Tomaremos la flor, y como verdaderas abejas, vamos a comprobar si hay algo de miel allí; si algo bueno está contenido en ella, o si es un mal concentrado y sin mezcla.

I. En primer lugar debo demostrar que la doctrina es VERDADERA. Permítanme comenzar con un *argumentum ad hominem* (argumento al hombre); voy a hablarles de acuerdo a sus diferentes posiciones y cargos. Algunos de ustedes pertenecen a la Iglesia de Inglaterra, y me da gusto ver que hay muchos presentes hoy aquí. Aunque ciertamente digo de vez en cuando cosas muy duras acerca de la Iglesia y el Estado, sin embargo yo amo a la vieja Iglesia, pues hay en esa denominación muchos ministros piadosos y santos eminentes. Ahora, yo sé que ustedes son grandes creyentes en lo que los Artículos declaran como doctrina correcta. Les voy a dar una muestra de lo que los Artículos afirman en lo relativo a la elección, de tal forma que si creen en los Artículos, no pueden rechazar esta doctrina de la elección. Voy a leer un fragmento del Artículo 17 que se refiere a la Predestinación y a la Elección:

"La predestinación para vida es el propósito eterno de Dios, por medio del cual (antes que los cimientos del mundo fueran puestos) Él ha decretado de manera permanente por Su consejo secreto para nosotros, liberar de la maldición y condenación a aquellas personas que Él ha elegido en Cristo de entre toda la humanidad, y traerlos por medio de Cristo a la salvación eterna, como vasos hechos para honra. De donde quienes han sido dotados con bendición tan excelente de Dios, son llamados de acuerdo al propósito de Dios por Su Espíritu que obra en el momento debido; ellos obedecen el llamado por la gracia; son justificados gratuitamente; son hechos hijos de Dios por adopción; son conformados a la imagen del Unigénito Hijo Jesucristo; ellos caminan religiosamente en buenas obras, y al final, por la misericordia de Dios, alcanzan la dicha eterna."

Entonces, pienso que cualquier miembro de esa denominación, si en efecto es un creyente sincero y honesto en su Madre Iglesia, debe ser un pleno creyente de la elección. Es verdad que si ve otras partes del Ritual anglicano, encontrará cosas contrarias a las doctrinas de la gracia inmerecida, y totalmente ajenas a la enseñanza de la Escritura. Pero si mira a los Artículos, no puede dejar de ver que Dios ha elegido a Su pueblo para vida eterna. Sin embargo no estoy tan perdidamente enamorado de ese libro como pueden estarlo ustedes; y sólo he utilizado este Artículo para demostrarles que si pertenecen a la iglesia oficial de Inglaterra no deberían objetar de ninguna manera esta doctrina de la predestinación.

Otra autoridad humana por la cual puedo confirmar la doctrina de la elección, es el antiguo credo de los Valdenses. Si leen el credo de los antiguos Valdenses, que elaboraron en medio del ardiente fuego de la persecución, verán que estos renombrados profesantes y confesores de la fe cristiana, recibieron y abrazaron muy firmemente esta doctrina, como parte de la verdad de Dios. He copiado de un viejo libro un de los Artículos de su fe:

"Que Dios salva de la corrupción y de la condenación a aquellos que Él ha elegido desde la fundación del mundo, no a causa de ninguna disposición, fe, o santidad que Él hubiera previsto de antemano en ellos, sino por su pura misericordia en Cristo Jesús Su Hijo, dejando a un lado a todos los demás, según la irreprensible razón de Su soberana voluntad y justicia."

Entonces no es una novedad lo que yo predico; no es una doctrina nueva. Me encanta proclamar estas viejas doctrinas poderosas, que son llamadas con el sobrenombre de Calvinismo, pero que son segura y ciertamente la verdad revelada de Dios en Cristo Jesús. Por esta verdad yo hago una peregrinación al pasado, y conforme avanzo, veo a un padre tras otro, a un confesor tras otro, a un mártir tras otro, ponerse de pie para darme la mano. Si yo fuera un pelagiano, o un creyente de la doctrina del libre albedrío, tendría que caminar por muchos siglos completamente solo. Aquí y allá algún hereje de carácter no muy honorable podría levantarse y llamarme hermano. Pero tomando estas cosas como la norma de mi fe, yo veo la tierra de los antepasados poblada por mis hermanos; veo multitudes que confiesan lo mismo que yo, y reconocen que esta es la religión de la propia iglesia de Dios.

También les doy un extracto de la antigua Confesión Bautista. Nosotros somos Bautistas en esta congregación (por lo menos la mayoría de nosotros) y nos gusta ver lo que escribieron nuestros propios antecesores. Hace aproximadamente unos doscientos años los Bautistas se reunieron, y publicaron sus artículos de fe, para poner un fin a ciertos reportes en contra de su ortodoxia que se habían difundido por el mundo. Voy a referirme ahora a este viejo libro (que yo acabo de publicar) y puedo leer lo siguiente:

Artículo Tercero: "Por el decreto de Dios, para manifestación de Su gloria, algunos hombres y algunos ángeles son predestinados o preordenados para vida eterna por medio de Jesucristo, para alabanza de Su gracia gloriosa; otros son dejados para actuar en sus pecados para su justa condenación, para alabanza de Su justicia gloriosa. Estos hombres y estos ángeles que son así predestinados y preordenados son particularmente e inmutablemente designados, y su número es tan exacto y definido, que no puede ser ni aumentado ni disminuido. Aquellas personas que están predestinadas para vida, Dios, desde antes de la fundación del mundo, de acuerdo a Su eterno e inmutable propósito, y al secreto consejo y buen agrado de Su voluntad, los ha elegido en Cristo para gloria eterna por Su gracia inmerecida y amor, sin que haya ninguna cosa en la criatura como una condición o causa que haya movido a Dios para esa elección."

En lo que concierne a estas autoridades humanas, la verdad, no les doy mucha importancia. No me importa lo que digan, ya sea a favor o en contra de esta doctrina. Solamente me he referido a ellas como un tipo de confirmación de la fe de ustedes, para mostrarles que a pesar de que me tachen de hereje y de hipercalvinista, tengo el respaldo de la antigüedad. Todo el pasado está de mi lado. El presente no me importa. Déjenme el pasado y tendré esperanza en el futuro. Si el presente me ataca, no me importa. Aunque un sinnúmero de iglesias aquí en Londres hayan olvidado las grandes y fundamentales doctrinas de Dios, no importa. Si tan sólo un pequeño grupo de nosotros nos quedamos solos manteniendo firmemente la soberanía de nuestro Dios, si nuestros enemigos nos atacan, ¡ay! y aun nuestros propios hermanos, que debieran ser nuestros amigos y colaboradores, no importa. Basta con que podamos contar con el pasado; el noble ejército de mártires, el glorioso escuadrón de los confesores, son nuestros amigos; los testigos de la verdad vienen a defendernos. Si ellos están de nuestro lado, no podremos decir que estamos solos, sino que podemos exclamar: "Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal." Pero lo mejor de todo es que Dios está con nosotros.

La única gran verdad es siempre la Biblia, y únicamente la Biblia. Queridos lectores, ustedes no creen en ningún otro libro que no sea la Biblia ¿no es cierto? Si yo pudiera demostrar esto basándome en todos los libros de la cristiandad; si yo pudiera recurrir a la Biblioteca de Alejandría, para comprobar su verdad, no lo creerían más de lo que ustedes creen porque está en la Palabra de Dios.

He seleccionado unos cuantos textos para leerlos. Me gusta citar abundantemente los textos cuando temo que ustedes pueden desconfiar de una verdad, a fin de que estén lo suficientemente convencidos para que no haya lugar a dudas, si es que en verdad no creen. Permítanme entonces mencionar un catálogo de textos en los que el pueblo de Dios es llamado elegido. Naturalmente, si el pueblo es llamado elegido, debe haber una elección. Si Jesucristo y Sus apóstoles estaban acostumbrados a describir a los creyentes por medio del título de elegidos, ciertamente debemos creer que lo eran, pues de lo contrario el término no significa nada.

Jesucristo dice: "Y si el Señor no hubiese acortado aquellos días, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos que él escogió, acortó aquellos días." "Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos." "Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo." (Marcos 13: 20, 22, 27) "¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? (Lucas 18: 7) Podríamos seleccionar muchos otros textos, que contienen la

palabra "elegido," o "escogido," o "preordenado," o "designado," o la frase "mis ovejas," o alguna descripción similar, mostrando que el pueblo de Cristo es diferente del resto de la humanidad.

Pero ustedes tienen sus concordancias, y no los voy a importunar con más textos. A través de las epístolas, los santos son constantemente llamados "los elegidos." En su carta a los Colosenses, Pablo dice: "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia." Cuando le escribe a Tito, se llama a sí mismo: "Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos." Pedro dice: "Elegidos según la presciencia de Dios Padre." Y si vamos a Juan, encontraremos que le gusta mucho esa palabra. Dice: "El anciano a la señora elegida;" y habla de: "tu hermana, la elegida." Y sabemos dónde está escrito: "La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros." Ellos no se avergonzaban de esa palabra en aquellos días; no tenían miedo de hablar de ella.

En nuestros días esa palabra ha sido revestida con una diversidad de significados, y las personas han mutilado y desfigurado la doctrina, de tal forma que la han convertido en una verdadera doctrina de demonios, lo confieso. Y muchos que se llaman a sí mismos creyentes, se han pasado a las filas del antinominianismo. Pero a pesar de esto, ¿por qué he de avergonzarme de eso, si los hombres la pervierten? Nosotros amamos la verdad de Dios aun en medio del tormento, de la misma manera que cuando es ensalzada. Si hubiera un mártir que nosotros amáramos antes de que fuera llevado al suplicio, lo amaríamos todavía más mientras está siendo atormentado.

Cuando la verdad de Dios está siendo atormentada, no por eso la vamos a catalogar como una falsedad. No nos gusta verla en el suplicio, pero la amamos aun cuando es martirizada, pues podemos discernir cuáles deberían haber sido sus justas proporciones si no hubiera sido atormentada y torturada por la crueldad e invenciones de los hombres. Si ustedes leen muchas de las epístolas de los padres de la antigüedad, encontrarán que siempre escriben al pueblo de Dios como "elegido." Ciertamente, el término conversacional común usado por los primitivos cristianos entre sí, en muchas de las iglesias, era el de "elegido." A menudo usaban el término para llamarse entre sí, mostrando que era una creencia general que todo el pueblo de Dios era manifiestamente "elegido."

Ahora vamos a unos textos que prueban positivamente esta doctrina. Abran sus Biblias en el evangelio de Juan 15: 16, y allí verán que Jesucristo ha elegido a Su pueblo, pues Él dice: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé." Y luego en versículo 19: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece." Luego en el capítulo 17, versículos 8 y 9: "Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son." Leemos en Hechos 13: 48: "Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna." Pueden intentar retorcer este versículo, pero dice: "ordenados para vida eterna" tan claramente, que no cabe ninguna duda en su interpretación; y nos tienen sin cuidado los diferentes comentarios que se hacen sobre él. Creo que casi no es necesario que les recuerde el capítulo 8 de Romanos, pues confío que ustedes conocen muy bien ese capítulo y lo entienden. En el versículo 29 y siguientes, dice: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" Tampoco sería necesario leer todo el capítulo 9 de Romanos. En tanto que ese capítulo permanezca en la Biblia, ningún hombre será capaz de probar el arminianismo; mientras eso esté escrito allí, ni las más violentas contorsiones de esos textos podrán exterminar de la Escritura, la doctrina de la elección.

Leamos algunos versículos como éstos: "(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor." Luego pasemos al versículo 22: "¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria. Luego pasemos a Romanos 11:7: "¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos," y en el versículo 5 del mismo capítulo, leemos: "Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia." Sin duda todos ustedes recuerdan el pasaje de 1 Corintios 1: 26-29: "Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios

según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia." También recuerden el pasaje en 1 Tesalonicenses 5: 9: "Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo." Y luego tienen el texto que estamos analizando, el cual, pienso, sería suficiente. Pero, si necesitan más textos, pueden encontrarlos buscándolos con calma, si no hemos logrado eliminar sus sospechas de que esta doctrina no es verdadera.

Me parece, amigos míos, que esta sobrecogedora cantidad de versículos debería hacer temblar a quienes se atreven a burlarse de esta doctrina. ¿Qué diremos de aquéllos que a menudo la han despreciado, y han negado su divinidad, que han atacado su justicia, y se han atrevido a desafiar a Dios y lo llaman un tirano Todopoderoso, cuando han escuchado que Él ha elegido a un número específico para vida eterna? ¿Puedes tú, que rechazas esa doctrina, quitarla de la Biblia? ¿Puedes tú tomar el cuchillo de Jehudí y extirparla de la Palabra de Dios? ¿Quieres ser como la mujer a los pies de Salomón que aceptó que el niño fuera dividido en dos mitades, para que puedas tener tu mitad? ¿Acaso no está aquí en la Escritura? ¿Y no es tu deber inclinarte ante ella, y mansamente reconocer que no la entiendes: recibirla como la verdad aunque no puedas entender su significado?

No voy a intentar demostrar la justicia de Dios al haber elegido a algunos y haber pasado por alto a otros. No me corresponde a mí, vindicar a mi Señor. Él hablará por Sí mismo y en efecto lo hace: "Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?" ¿Quién es aquél que dirá a su padre: "qué has engendrado?" O a su madre: "¿qué has traído al mundo?" "Yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto." ¿Quién eres tú para que alterques con Dios? Tiembla y besa Su vara; inclínate y sométete a Su cetro; no impugnes Su justicia, ni denuncies Sus actos ante tu propio tribunal, ¡oh, hombre!

Pero hay quienes dicen: "Dios es cruel cuando elige a uno y pasa por alto a otro." Entonces, yo les preguntaría: ¿Hay alguien el día de hoy que desea ser santo, que desea ser regenerado, que desea abandonar el pecado y caminar en santidad? "Sí, hay," dice alguien, "Yo quiero." Entonces Dios te ha elegido a ti. Sin embargo otro dice: "No; yo no quiero ser santo; no quiero dejar mis pasiones ni mis vicios." ¿Por qué te quejas, entonces, de que Dios no te

haya elegido a ti? Pues si hubieras sido elegido, no te gustaría, según lo estás confesando. Si Dios te hubiera elegido hoy a la santidad, tú dices que no te importa. ¿Acaso no estás reconociendo que prefieres la borrachera a la sobriedad, la deshonestidad a la honestidad?

Amas los placeres de este mundo más que la religión; ¿entonces, por qué te quejas que Dios no te haya elegido para la religión? Si amas la religión, Él te ha elegido para la religión. Si la deseas, Él te ha elegido para ella. Si no la deseas, ¿qué derecho tienes de decir que Dios debió haberte dado aquello que no deseas? Suponiendo que tuviera en mi mano algo que tú no valoras, y que yo dijera que se lo voy a dar a tal o cual persona, tú no tendrías ningún derecho de quejarte de que no te lo estoy dando a ti. No podrías ser tan necio de quejarte porque alguien más ha obtenido aquello que a ti no te importa para nada.

De acuerdo a la propia confesión de ustedes, hay muchos que no quieren la religión, no quieren un nuevo corazón y un espíritu recto, no quieren el perdón de sus pecados, no quieren la santificación; no quieren ser elegidos a estas cosas: entonces, ¿por qué se quejan? Ustedes consideran todo esto como cosas sin valor, y entonces ¿por qué se quejan de Dios, que ha dado esas cosas a quienes Él ha elegido? Si consideras que esas cosas son buenas y tienes deseos de ellas, entonces están disponibles para ti. Dios da abundantemente a todos aquellos que desean; y antes que nada, Él pone el deseo en ellos, de otra forma nunca lo desearían. Si amas estas cosas, Él te ha elegido para ellas, y puedes obtenerlas; pero si no es así, quién eres tú para criticar a Dios, cuando es tu propia voluntad desesperada la que te impide amar estas cosas. ¿Cuando es tu propio yo el que te hace odiarlas?

Supongan que un hombre que va por la calle dice: "Qué lástima que no haya un asiento disponible para mí en la capilla, para poder oír lo que este hombre tiene que decir." Y supongan que dice: "Odio a ese predicador; no puedo soportar su doctrina; pero aún así, es una lástima que no haya un asiento disponible para mí." ¿Esperarían ustedes que alguien diga eso? No: de inmediato dirían: "a ese hombre no le importa. ¿Por qué habría de preocuparle que otros alcancen lo que valoran y que él desprecia?"

No amas la santidad, no amas la justicia; si Dios me ha elegido para estas cosas, ¿te ha ofendido por eso? "¡Ah! Pero," dice alguien, "yo pensé que eso significa que Dios ha elegido a unos para ir al cielo y a otros para ir al infierno." Eso es algo totalmente diferente de la doctrina evangélica. Él ha elegido a unos hombres a la santidad y a la justicia y por medio de ellas, al cielo. No debes decir que los ha elegido simplemente para ir al cielo y a los otros para ir al infierno. Él te ha elegido para la santidad, si amas la santidad. Si cualquiera de ustedes quiere ser salvado por Jesucristo, Jesucristo le ha elegido para ser salvado. Si cualquiera de ustedes desea tener la salvación, ese ha sido elegido para la salvación, si la

desea sinceramente y ardientemente. Pero si tú no la deseas, ¿por qué habrías de ser tan ridículamente tonto de quejarte porque Dios da eso que no quieres a otras personas?

II. De esta forma he tratado de decir algo en relación a la verdad de la doctrina de la elección. Y ahora, rápidamente, déjenme decirles que la elección es ABSOLUTA: esto es, no depende de lo que nosotros somos. El texto dice: "de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación;" pero nuestros oponentes afirman que Dios elige a unos hombres porque son buenos, que los elige a causa diversas obras que han hecho. Ahora, en respuesta a esto, nosotros preguntamos, ¿qué obras son esas por las que Dios elige a Su pueblo? ¿Acaso es lo que llamamos comúnmente "obras de la ley," obras de obediencia que la criatura puede llevar a cabo? Si es así, nosotros les respondemos: "si los hombres no pueden ser justificados por las obras de la ley, no parece muy claro que puedan ser elegidos por las obras de la ley; si no pueden ser justificados por sus buenas obras, tampoco pueden ser salvados por esas obras." Por tanto el decreto de la elección no pudo haber sido formado sobre la base de buenas obras.

"Pero," dicen otros, "Dios lo eligió porque conocía de antemano su fe." Ahora, Dios es el que da la fe, por tanto no pudo haberlos elegido a causa de su fe, que Él conocía de antemano. Supongamos que hubiera veinte mendigos en la calle, y yo determinara darle dinero a uno de ellos. ¿Podría alguien decir que yo decidí darle a ese dinero, que yo elegí dárselo, porque conocía de antemano que él aceptaría ese dinero? Eso sería una tontería. De igual manera, decir que Dios eligió a unos hombres porque conocía de antemano que ellos habrían de tener la fe, que es la salvación en germen, sería tan absurdo que no vale la pena ni escucharlo.

La fe es el don de Dios. Toda virtud viene de Él. Por tanto, la fe no pudo haberlo llevado a elegir a los hombres, porque es Su don. La elección, estamos convencidos de ello, es absoluta, y completamente independiente de las virtudes que adornan a los santos posteriormente. Aunque un hombre fuera tan santo y devoto como Pablo; aunque fuera tan valiente como Pedro, o tan amante como Juan, aun así no podría exigirle nada a su Hacedor. Todavía no he conocido a ningún santo de ninguna denominación, que haya pensado que Dios lo salvó porque vio de antemano que tendría estas virtudes y méritos.

Ahora, mis queridos hermanos, las mejores joyas que un santo puede lucir jamás, si son joyas elaboradas por su propio diseño, no son de purísima calidad. Hay siempre un poco de barro mezclado en ellas. La gracia más elevada que pudiéramos poseer, tiene algo de mundano mezclado en ella. Sentimos esto en la medida que nos refinamos más, cuando tenemos mayor santificación, y nuestro lenguaje debe ser siempre:

"Yo soy el primero de los pecadores;

Jesús murió por mí."

Nuestra única esperanza, nuestro único argumento, pende de la gracia manifestada en la persona de Jesucristo. Y tengo la certeza que debemos rechazar y desechar completamente cualquier pensamiento que nuestras virtudes, que son dones de nuestro Señor, sembradas por su diestra, pudieran ser la causa de Su amor. Y debemos cantar en todo momento:

"¿Qué había en nosotros que mereciera la estima

O que produjera deleite en el Creador?

Fue únicamente, Padre, y siempre debemos cantar,

Porque pareció bueno a Tus ojos."

"Tendré misericordia del que tendré misericordia:" Él salva porque quiere salvar. Y si me preguntaran por qué me ha salvado a mí, sólo puedo decir, porque Él quiso hacerlo. ¿Acaso había algo en mí que me pudiera recomendar ante Dios? No, hago a un lado todo, no había nada recomendable en mí. Cuando Dios me salvó, yo era el más bajo, perdido y arruinado de la raza. Estaba ante Él como un bebé desnudo bañado en mi propia sangre. Verdaderamente, yo era impotente para ayudarme a mí mismo. ¡Oh, cuán miserable me sentía y me reconocía! Si ustedes tenían algo que los hiciera aceptables a Dios, yo nunca lo tuve. Yo estaré contento de ser salvado por gracia, por pura gracia, sin ninguna otra mezcla. Yo no puedo presumir de ningún mérito. Si tú puedes hacerlo, muy bien, yo no puedo. Yo debo cantar:

"Gracia inmerecida únicamente de principio a fin,

Ha ganado mi afecto y mantenido mi alma muy firme."

III. En tercer lugar, esta elección es ETERNA. "De que Dios os haya escogido desde el principio para salvación. ¿Puede decirme alguien cuándo fue el principio? Hace años creíamos que el principio de este mundo fue cuando Adán fue creado; pero hemos descubierto que miles de años antes de eso, Dios estaba preparando la materia caótica para hacerla una adecuada morada para el hombre, poniendo razas de criaturas sobre la tierra, que murieron y dejaron tras sí las marcas de Su obra y Su maravillosa habilidad, antes de crear al hombre. Pero eso no fue el principio, pues la revelación apunta a un período cuando este mundo fue formado, a los días cuando las estrellas matutinas fueron engendradas;

cuando, como gotas de rocío de los dedos de la mañana, las estrellas y las constelaciones cayeron goteando de la mano de Dios; cuando, de Sus propios labios, salió la Palabra que puso en marcha a las pesadas órbitas; cuando con Su propia mano envió a los cometas, que como rayos, vagaron por el cielo, hasta encontrar un día su propia esfera. Regresaremos a edades remotas, cuando los mundos fueron hechos y los sistemas formados, pero ni siquiera nos hemos acercado al principio todavía. Hasta que no hayamos ido al tiempo cuando todo el universo dormía en la mente de Dios y no había nacido todavía, hasta que entremos en la eternidad donde Dios el Creador vivía solo, y todas las cosas dormían dentro de Él, toda la creación descansaba en Su omnipotente pensamiento gigantesco, no habremos todavía adivinado el principio. Podemos caminar hacia atrás, y atrás, y atrás, a lo largo de todas las edades. Podemos volver, si se nos permite usar esas extrañas palabras, a lo largo de eternidades enteras, y sin embargo nunca llegar al principio. Nuestras alas se podrían cansar, nuestra imaginación se podría extinguir; y aunque pudiera superar al rayo que brilla majestuosamente, con poder y velocidad, pronto se cansaría mucho antes de poder alcanzar el principio.

Pero Dios eligió a Su pueblo desde el principio; cuando el intocado éter no había sido sacudido por el aleteo del primer ángel, cuando el espacio no tenía orillas, o más aún, cuando no existía, cuando reinaba el silencio universal, y ni una sola voz ni ningún susurro turbaba la solemnidad del silencio, cuando no había ningún ser, ni movimiento, ni tiempo, ni nada sino sólo Dios, solo en Su eternidad; cuando no se escuchaba el himno de ningún ángel, y no se tenía la asistencia de los querubines, mucho antes que nacieran los seres vivientes, o que las ruedas de la carroza de Jehová fueran formadas, aún antes, "en el principio era el Verbo," y en el principio el pueblo de Dios era uno con el Verbo, y "en el principio Él los escogió para vida eterna." Entonces nuestra elección es eterna. No me voy a detener para demostrar esto, solamente paso por estos pensamientos de manera rápida para beneficio de los jóvenes principiantes, para que puedan entender lo que queremos decir por elección eterna y absoluta.

IV. A continuación, la elección es PERSONAL.
Aquí también, nuestros oponentes han intentado derribar la elección diciéndonos que es una elección de naciones y no de personas. Pero aquí el apóstol nos dice: "Dios os ha escogido desde el principio." Decir que Dios no ha elegido a personas sino a naciones es la tergiversación más miserable que se haya hecho sobre la tierra, pues la mismísima objeción que se presenta en contra de la elección de personas, se puede presentar en contra de la elección de una nación. Si no fuera justo elegir a una persona, sería todavía más injusto elegir a una nación, puesto que las naciones no son sino la unión de multitudes de personas, y elegir a una nación parecería todavía un crimen mayor y gigantesco (si la elección fuera un

crimen) que elegir a una persona. Ciertamente elegir a diez mil sería considerado algo peor que elegir a uno; distinguir a toda una nación del resto de la humanidad, parece una mayor extravagancia en los actos de la divina soberanía, que elegir a un pobre mortal y pasar por alto a otro.

Pero ¿qué son las naciones sino hombres? ¿Qué son los pueblos enteros sino combinaciones de diferentes unidades? Una nación está constituida por ese individuo, y por ese otro, y por aquél otro. Y si me dices que Dios eligió a los judíos, yo respondo entonces, que Él eligió a este judío, y a ese judío y a aquel judío. Y si tú dices que Él elige a Inglaterra, entonces yo digo que Él elige a este hombre inglés, y a ese hombre inglés y a aquel hombre inglés. Así que después de todo se trata de la misma cosa. Entonces, la elección es personal: así debe ser. Cualquiera que lea este texto, y otros textos similares, verá que la Escritura continuamente habla del pueblo de Dios, considerando a cada individuo, y habla de todos ellos como siendo los sujetos especiales de la elección.

"Hijos somos de Dios por la elección,

Los que creemos en Jesucristo;

Por un designio eterno

Gracia soberana recibimos aquí."

Sabemos que es una elección personal.

V. El otro pensamiento es (pues mi tiempo vuela muy rápidamente y me impide detenerme sobre estos puntos) que la elección produce BUENOS RESULTADOS.
"De que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad." ¡Cuántos hombres confunden completamente la doctrina de la elección! ¡Y cómo hierve mi alma cuando recuerdo los terribles males que se han acumulado por la perversión y el rechazo de esa gloriosa porción de la verdad gloriosa de Dios! ¡Cuántos no hay por ahí que se han dicho a sí mismos: "yo soy un elegido," y se han sentado perezosamente, y peor aún han dicho: "yo soy el elegido de Dios," y con ambas manos han hecho la maldad! Rápidamente han corrido a todo tipo de inmundicia, porque han dicho: "yo soy el hijo escogido de Dios, y por tanto independientemente de mis obras, puedo vivir como se me dé la gana, y hacer lo que yo quiera." ¡Oh, amados! Permítanme solemnemente advertir a cada uno de ustedes que no lleven esa muy lejos; o más bien, que no conviertan esa verdad en un error, pues no la podemos estirar mucho. Podemos pasar por sobre los límites de la verdad; podemos convertir eso que tenía la intención de ser dulce para nuestro consuelo, en una terrible mezcolanza para nuestra destrucción.

Les digo que ha habido miles de personas que han ido a la ruina por entender de manera equivocada la elección; que han dicho: "Dios me ha elegido para el cielo y para vida eterna;" pero a ellos se les ha olvidado que está escrito que Dios los ha elegido: "mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad." Esta es la elección de Dios: una elección para santificación y para fe. Dios elige a Su pueblo para que sea santo, y para que sea un pueblo de creyentes. ¿Cuántos de mis lectores son creyentes? ¿Cuántos miembros de mi congregación pueden poner su mano en el corazón y decir: "Yo confío en Dios que he sido santificado?" ¿Hay alguien entre ustedes que pueda decir: "yo soy un elegido" mientras yo pueda recordarle cómo blasfemó la semana pasada?

Uno de ustedes dice: "yo confío ser uno de los elegidos" pero yo le recuerdo acerca de un acto de depravación cometido dentro de los últimos seis días. Alguien más dice: "yo soy un elegido" pero yo puedo mirarle a la cara y decirle: "¡elegido!" ¡tú no eres mas que un maldito hipócrita! Otros dirán: "yo soy elegido" pero yo puedo recordarles que ellos se olvidan del propiciatorio y no oran. ¡Oh, amados hermanos! Nunca piensen que son elegidos a menos que sean santos. Pueden venir a Cristo como pecadores, pero no pueden venir a Cristo como personas elegidas mientas no puedan ver su santidad. No malinterpreten lo que estoy diciendo; no digan "yo soy un elegido," pensando que pueden vivir en pecado. Eso es imposible. Los elegidos de Dios son santos. No son puros, no son perfectos, no son sin mancha; pero tomando su vida en su conjunto, son personas santas. Son marcados y son distintos de los demás: y ninguna persona tiene el derecho de considerarse elegido excepto en su santidad. Puede ser elegido, y estar todavía en las tinieblas, pero no tiene derecho de creerse elegido; nadie puede verlo, no hay ninguna evidencia. Puede ser que el hombre viva algún día, pero por lo pronto está muerto. Si ustedes caminan en el temor de Dios, tratando de agradarlo y obedeciendo Sus mandamientos, no tengan la menor duda que el nombre de ustedes está escrito en el libro de la vida del Cordero, desde antes de la fundación del mundo.

Y para que esto no resulte muy elevado para ti, considera la otra señal de la elección, que es la fe, "creer la verdad." Quienquiera que crea la verdad de Dios, y crea en Jesucristo, es un elegido. Con frecuencia me encuentro con pobres almas, que tiemblan y se preocupan en relación a este pensamiento: "¡Cómo, y si yo no soy un elegido!" "Oh, señor," dicen ellos, "yo sé que he puesto mi confianza en Jesús; sé que creo en Su nombre y confío en Su sangre; pero ¿y si a pesar de eso no soy un elegido?" ¡Pobre criatura querida! No sabes mucho acerca del Evangelio, pues de lo contrario jamás hablarías así, pues todo aquel que cree es elegido. Quienes son elegidos, son elegidos para santificación y fe; y si tú tienes fe, tú eres uno de los

elegidos de Dios; puedes saberlo y debes saberlo, pues es una certeza absoluta. Si tú, como un pecador, miras a Jesucristo el día de hoy, y dices:

"Nada en mis manos traigo,

Simplemente a Tu cruz me aferro,"

tú eres un elegido. No tengo miedo que la elección asuste a los pobres santos o a los pecadores. Hay muchos teólogos que le dicen a la persona que pregunta: "la elección no tiene nada que ver contigo." Eso es muy malo, porque la pobre alma no debe ser callada de esa manera. Si pudieras silenciar esa alma, podría estar bien, pero va a seguir pensando al respecto, y no lo podrá evitar. Díganle más bien: si tú crees en el Señor Jesucristo, tú eres un elegido. Si te abandonas a Él, tú eres un elegido. Yo te digo hoy, (yo, el primero de los pecadores) yo te digo en Su nombre, si vienes a Dios sin ninguna obra de tus manos, entrégate a la sangre y a la justicia de Jesucristo; si quieres venir ahora y confiar en Él, tú eres un elegido: has sido amado por Dios desde antes de la fundación del mundo, pues no podrías haber hecho eso a menos que Dios no te hubiera dado el poder de hacerlo y no te hubiera elegido para que lo hicieras.

Ahora pues eres salvo y estás seguro si sólo vienes y te entregas a Jesucristo, y deseas ser salvo y ser amado por El. Pero no pienses de ninguna manera que algún hombre puede ser salvo sin fe y sin santidad. No piensen, queridos oyentes, que algún decreto, promulgado en las oscuras edades de la eternidad, va a salvar sus almas, a menos que crean en Cristo. No se queden ahí tranquilos imaginando que ustedes van a ser salvos, sin fe y sin santidad. Esa es la herejía más abominable y maldita, que ha llevado a la ruina a miles de personas. No utilicen la elección como una almohada sobre la que pueden recostarse y dormir, pues eso los llevará a la ruina. Dios no lo quiera que yo les prepare almohadas muy confortables para que ustedes puedan descansar cómodamente en sus pecados. ¡Pecador! No hay nada en la Biblia que pueda atenuar tus pecados. Pero si estás condenado ¡oh, hombre! Si estás perdida ¡oh, mujer! Tú no vas a encontrar en esta Biblia ni una gota que refresque tu lengua, ni una doctrina que disminuya tu culpa; tu condenación será enteramente por tu culpa, y tu pecado será merecidamente recompensado, porque tú crees que no estás condenado. "Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas." "Y no queréis venir a mí para que tengáis vida."

No se imaginen que la elección excusa el pecado (no sueñen con eso) ni se arrullen en la dulce complacencia del pensamiento de su irresponsabilidad. Ustedes son responsables. Debemos proclamar ambas cosas. Debemos aceptar la soberanía divina, y debemos reconocer la responsabilidad humana. Debemos aceptar la elección, pero debemos hablar a sus corazones, debemos proclamar la verdad de Dios ante ustedes; debemos hablarles a

ustedes, y recordarles esto, que si bien es cierto que está escrito: "En Mí está tu ayuda;" también está escrito: "Te perdiste, oh Israel."

VI. Ahora, finalmente, cuáles son las verdaderas y legítimas tendencias de un correcto concepto de la doctrina de la elección.
Primero, les diré cómo moverá a los santos la doctrina de la elección bajo la bendición de Dios; y en segundo lugar, qué hará por los pecadores si Dios bendice esa doctrina a favor de ellos.

Primero, yo pienso que para un santo es una de las doctrinas más despojadoras de todo el mundo, para quitar toda la confianza en la carne, y toda seguridad en cualquier otra cosa excepto en Jesucristo. Cuán a menudo nos envolvemos en nuestra justicia propia, y nos adornamos con falsas perlas y las piedras preciosas de nuestras propias obras y logros. Comenzamos a decir: "Ahora voy a ser salvo, porque poseo esta evidencia y la otra." En vez de eso, solamente la fe desnuda salva. Esa fe, y únicamente ella nos une al Cordero sin tomar en cuenta las obras, aunque la fe produce obras. Cuán a menudo nos recargamos en alguna obra, que no es la de nuestro Amado, o confiamos en algún poder que no es el poder que viene de lo alto. Entonces si queremos despojarnos de este falso poder, debemos considerar la elección.

Haz una pausa, alma mía, y considera esto. Dios te ha amado antes de que tuvieras un ser. Dios te amó cuando estabas muerto en tus delitos y pecados, y envió a Su Hijo para que muriera por ti. Él te compró con Su preciosa sangre antes de que pudieras balbucear Su nombre. ¿Acaso, entonces, puedes estar orgulloso?

Repito, no conozco nada, nada, que sea más humillante para nosotros que esta doctrina de la elección. A veces me he postrado ante ella, mientras trato de comprenderla. He abierto mis alas, y como el águila, me he remontado hacia el sol. Mi ojo ha sido firme, y mi ala vigorosa, durante un tiempo; pero, conforme me acercaba a ella, un pensamiento se adueñaba de mí: "Dios os ha escogido desde el principio para salvación," y me he perdido en su resplandor, he sentido vértigo ante ese poderoso pensamiento y de esa altura que marea se ha desplomado mi alma, postrada y quebrantada, balbuciendo: "Señor, yo no soy nada, soy menos que nada. ¿Por qué yo? ¿Por qué yo?

Queridos amigos, si quieren ser humillados, estudien la elección, pues los hará humildes bajo la influencia del Espíritu de Dios. Aquel que está orgulloso de su elección no es un elegido; y aquel que es humillado por ella, puede creer que es elegido. Tiene todas las razones para creer que lo es, pues es uno de los efectos más benditos de la elección, que nos ayuda a humillarnos ante Dios.

De nuevo. La elección en el cristiano debe hacerlo muy intrépido y muy osado. Nadie será tan intrépido como aquel que cree que es un elegido de Dios. ¿Qué le importan a él los hombres, si es elegido por su Hacedor? ¿Qué le importan los gorjeos despreciables de algunos gorrioncitos cuando sabe que él es un águila de categoría real? ¿Acaso le importará que el mendigo lo señale, cuando corre por sus venas la sangre real del cielo? Si toda la tierra se levanta en armas, él habita en perfecta paz, pues él está en el lugar secreto del tabernáculo del Todopoderoso. "Yo soy de Dios," afirma, "yo soy diferente a los demás hombres. Ellos son de una raza inferior. ¿Acaso no soy noble? ¿Acaso no soy uno de los aristócratas del cielo? ¿Acaso no está escrito mi nombre en el libro de Dios?" ¿Le preocupa el mundo? De ninguna manera: como el león que no se preocupa por el ladrido del perro, él sonríe frente a sus enemigos; y cuando estos se le acercan demasiado, se mueve y los hace pedazos. ¿Qué le importan sus enemigos? "Se mueve entre sus adversarios como un gigante; mientras los hombrecillos caminan mirándolo hacia arriba sin entenderlo."

Su rostro es de hierro, su corazón es de pedernal: ¿qué le importan los hombres? Más aun, si una rechifla universal se levantara desde todo el mundo, él se sonreiría de eso, pues diría:

"El que ha hecho de Dios su refugio,
Encontrará su más segura morada."

"Soy uno de Sus elegidos. Soy escogido de Dios y estimado; y aunque el mundo me aborrezca, no tengo miedo." ¡Ah! Ustedes que confiesan la fe pero que están con el mundo, algunos de ustedes son tan flexibles como los sauces. Hay pocos cristianos como robles hoy día, que pueden resistir la tormenta; y les diré por qué. Es porque ustedes mismos no creen que son elegidos. El hombre que sabe que es elegido, será demasiado orgulloso para pecar; no se humillará para cometer los actos que hace la gente común. El creyente de esta verdad dirá: "¿Que yo comprometa mis principios? ¿Que yo cambie mi doctrina? ¿Que haga a un lado mis puntos de vista? ¿Que esconda lo que creo que es cierto? ¡No! Puesto que yo sé que soy uno de los elegidos de Dios, aun ante los ataque de los hombres voy a decir la verdad de Dios, sin importarme lo que digan los hombres." Nada puede hacer a un hombre más osado que sentir que es un elegido de Dios. Quien sabe que ha sido elegido de Dios, no temblará ni tendrá miedo.

Más aún, la elección nos hace santos. Nada puede hacer a un cristiano más santo, bajo la influencia llena de gracia del Espíritu Santo, que el pensamiento que él es elegido. "¿Pecaré yo, dice, sabiendo que Dios me ha elegido a mí? ¿Acaso voy a transgredir después de tanto

amor? ¿Acaso me apartaré después de tanta misericordia y tierna bondad? No, mi Dios; puesto que Tú me has elegido, yo te amaré; yo viviré para Ti:

"Ya que Tú, mi Dios eterno,

Te has convertido en mi Padre."

Yo me voy a entregar a Ti para ser tuyo para siempre, por la elección y por la redención, entregándome a Ti, y consagrándome solemnemente a tu servicio."

Y ahora, por último, para los inconverso. ¿Qué les dice la elección a ustedes? Primero, ustedes, impíos, los voy a excusar por un momento. Hay muchos de ustedes a quienes no les gusta la elección, y yo no puedo culparlos por ello, pues he escuchado a muchos predicadores predicar sobre la elección, que han terminado diciendo: "No tengo ni una sola palabra que decir al pecador." Ahora, yo digo que ustedes deben sentir desagrado por una predicación así, y yo no los culpo por eso. Pero, yo digo, tengan ánimo, tengan esperanza, oh ustedes pecadores, porque hay una elección. Lejos de desanimarse y perder la esperanza, es una cosa muy alentadora y llena de gozo que haya una elección. ¿Qué pasaría si yo les dijera que nadie puede ser salvo, que nadie está ordenado para vida eterna? ¿Acaso no temblarían, torciendo sus manos con desesperación, diciendo: "entonces, cómo seremos salvos, si no somos elegidos?"

Pero, yo les digo, que hay una multitud de elegidos, incontables. Todo un ejército que ningún mortal puede contar. Por lo tanto ¡ten ánimo, tú pobre pecador! Desecha tu abatimiento. ¿Acaso no puedes tú ser elegido como cualquier otro? Pues hay innumerables muchedumbres de elegidos. ¡Hay gozo y consuelo para ti! Por tanto no sólo te pido que tengas ánimo, sino que vayas y pruebes al Señor. Recuerda que si no fueras elegido, no perderías nada al hacerlo. ¿Qué dijeron los cuatro leprosos? "Vamos pues ahora, y pasémonos al ejército de los sirios; si ellos nos dieren la vida, viviremos; y si nos dieren la muerte, moriremos."

¡Oh, pecador! Ven al trono de la misericordia que elige. Puedes morir en este instante. Ve a Dios; y aun suponiendo que Él te rechazara, suponiendo que con Su mano en alto te ordenara que te vayas (algo imposible) aun así no perderías nada con ir; no estarás más condenado por eso. Además, suponiendo que estás condenado, tendrías por lo menos la satisfacción de alzar tus ojos desde el infierno y decir: "Dios, yo te pedí misericordia y Tú no quisiste dármela; la busqué pero Tú rehusaste otorgarla." ¡Eso nunca lo dirás, oh pecador! Si tú vinieras a Él y le pidieras, tú vas a recibir lo que pides; ¡porque nunca ha rechazado a

nadie! Pero aunque hay un número definido de elegidos, sin embargo es cierto que todos los que buscan, pertenecen a ese número.

Debes ir y buscar; y si sucede que tú resultes ser el primero en ir al infierno, diles a los demonios que pereciste de esa manera; diles a los diablos que tú eres uno rechazado, después de haber venido como un pecador culpable a Jesús. Te digo que eso deshonraría al Eterno (con todo respeto a Su nombre) y Él no permitiría que tal cosa sucediera. Él es muy celoso de Su honor y no podría permitir que un pecador dijera algo como eso.

Pero, ¡ah, pobre alma! No basta con que pienses así, que no vas a perder nada si vienes; hay todavía un pensamiento más: ¿amas la elección el día de hoy? ¿Estás dispuesto a admitir su justicia? Dices: "siento que estoy perdido; lo merezco; si mi hermano es salvo yo no puedo murmurar al respecto. Si Dios me destruye, lo merezco; pero si Él salva a la persona que está sentada junto a mí, Él tiene todo el derecho de hacer lo que le plazca con lo suyo, y yo no he perdido nada por eso." ¿Puedes decir eso con toda honestidad desde lo profundo de tu corazón? Si es así, entonces la doctrina de la elección ha tenido su efecto correcto en tu espíritu, y tú no estás lejos del reino de Dios. Estás siendo traído donde debes estar, donde el Espíritu quiere que estés; y siendo esto así el día de hoy, puedes irte en paz; Dios ha perdonado tus pecados.

No sentirías así si no hubieras sido perdonado; no sentirías así si el Espíritu de Dios no estuviera haciendo Su obra en ti. Entonces, regocíjate en esto. Deja que tu esperanza descanse en la cruz de Cristo. No pienses en la elección, sino en Jesucristo. Descansa en Jesús: Jesús al inicio, en todo momento, y por toda la eternidad.

PUNTO TRES DE LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

LA REDENCIÓN PARTICULAR

"Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos." – Mateo 20:28

Cuando recibí por primera vez la responsabilidad de ocupar este púlpito, y de predicar en esta sala, mi congregación tenía la forma de una masa irregular de personas procedentes de todas las calles de esta ciudad, que venían para escuchar la Palabra. Se trataba simplemente de un evangelista, que predicaba a muchos que no habían oído el Evangelio anteriormente. Por la gracia de Dios, ha ocurrido un cambio muy bendito; y ahora, en vez de tener una multitud irregular que se reúne, mi congregación es tan permanente como la de cualquier otro ministro de la ciudad de Londres.

Desde este púlpito puedo observar los rostros de mis amigos, que han ocupado los mismos lugares, hasta donde es posible, durante todos estos meses; y tengo el privilegio y el placer de saber que una gran proporción, ciertamente las tres cuartas partes de las personas que se congregan aquí, no son personas que asisten por pura curiosidad, sino que son mis oyentes regulares y constantes.

Y pueden observar que mi carácter también ha cambiado. Antes era un evangelista, pero ahora mi responsabilidad ha pasado a ser la del pastor de ustedes. Ustedes eran antes un grupo muy variado, reunido para escucharme, pero ahora estamos unidos por los lazos del amor; por nuestra asociación hemos aprendido a amarnos y a respetarnos los unos a los otros, y ahora ustedes se han convertido en las ovejas de mis pastos, y miembros de mi rebaño; y yo tengo el privilegio de asumir la posición de un pastor en este lugar, como también de la capilla donde trabajo por las tardes.

Entonces, pienso que cada uno de ustedes estará de acuerdo que debido a que tanto la congregación como mi oficio han cambiado ahora, la propia enseñanza debe sufrir una modificación en cierta medida. Ha sido siempre mi intención dirigirme a ustedes a partir de las sencillas verdades del Evangelio; muy raras veces, en este lugar, he intentado adentrarme en las profundas cosas de Dios. Un texto que podría considerarse adecuado para mi congregación que se reúne en las tardes, no necesariamente sería tema de comentario en este lugar, por las mañanas. Hay muchas doctrinas elevadas y misteriosas que no he dejado de comentar en mi propia capilla, pero sobre las que no me he tomado la libertad de introducir aquí, pues los he considerado como un grupo de personas congregadas casualmente aquí para escuchar la Palabra. Pero ahora, ya que las circunstancias han cambiado, cambiaremos la enseñanza también.

No me voy a limitar ahora simplemente a la doctrina de la fe, o a la enseñanza del bautismo del creyente; no me voy a quedar sobre la superficie de los asuntos, sino que voy a aventurarme, con la guía de Dios, para entrar en esos temas que descansan en la base de nuestra religión tan querida.

No me va a dar vergüenza predicar ante ustedes la doctrina de la Soberanía Divina de Dios; no voy a titubear al predicar la doctrina de la Elección, sin reservas ni rodeos. No temeré explicar la grandiosa verdad de la perseverancia final de los santos; no voy a pasar por alto la verdad indudable de la Escritura, el llamado eficaz que hace Dios a Sus elegidos; me voy a esforzar, con la ayuda de Dios, para no ocultarles nada a ustedes que se han convertido en mi rebaño. Viendo que muchos de ustedes han gustado ahora "la benignidad del Señor," vamos a tratar de abarcar el sistema completo de las doctrinas de la gracia, para que los santos puedan ser edificados y desarrollados en su más santa fe.

Comienzo este día con la doctrina de la Redención. "Para dar su vida en rescate por muchos."

La doctrina de la Redención es una de las doctrinas más importantes del sistema de la fe. Un error en este punto inevitablemente llevará al error a lo largo de todo el sistema de nuestra fe.

Ahora, ustedes están conscientes que hay diferentes teorías de la Redención. Todos los cristianos sostienen que Cristo murió para redimir, pero no todos los cristianos enseñan la misma redención. Tenemos diferencias en cuanto a la naturaleza de la expiación, y en cuanto al plan de redención. Por ejemplo, el arminiano sostiene que Cristo, cuando murió, no murió con objeto de salvar a una persona en particular; y ellos enseñan que la muerte de Cristo, en sí misma, no garantiza más allá de toda duda, la salvación de nadie.

Ellos creen que Cristo murió para hacer posible la salvación de todos los hombres, o que haciendo algunas otras cosas, cualquier hombre que así lo quiera puede alcanzar la vida eterna; por consiguiente, están obligados a sostener que si la voluntad del hombre no cede y no se somete voluntariamente a la gracia, entonces la expiación de Cristo sería ineficaz. Ellos sostienen que no hay nada particular ni especial en la muerte de Cristo. Cristo murió, dicen ellos, tanto por Judas que está en el infierno como por Pedro, que se remontó al cielo. Ellos creen que para quienes han sido consignados al fuego eterno, hubo una redención tan verdadera y real, como para quienes se encuentran ahora ante el trono del Altísimo.

Pero nosotros no creemos en nada de eso. Nosotros sostenemos que Cristo, cuando murió, tenía un objetivo en mente, y ese objetivo será cumplido con absoluta seguridad, más allá de

toda duda. Nosotros medimos el propósito de la muerte de Cristo por su efecto. Si alguien pregunta: "¿cuál fue el propósito de Cristo al morir?" nosotros respondemos a esa pregunta por medio de otra: "¿qué ha hecho Cristo, o qué hará Cristo por medio de Su muerte?" Pues nosotros declaramos que la medida del efecto del amor de Cristo, es la medida de Su propósito. Nosotros no podemos engañar a nuestra razón, pensando que la intención del Dios Todopoderoso puede frustrarse, o que el propósito de algo tan grandioso como la expiación, puede fallar por algo.

Sostenemos (no tenemos miedo de decir lo que creemos) que Cristo vino a este mundo con la intención de salvar "a una gran multitud, la cual nadie podía contar;" y creemos que como resultado de esto, cada persona por quien Él murió, sin ninguna sombra de duda, será limpiada de pecado, y estará lavada en Su sangre, ante el trono del Padre. Nosotros no creemos que Cristo haya hecho una expiación eficaz por quienes están condenados para siempre; no nos atrevemos a pensar que la sangre de Cristo haya sido derramada jamás con la intención de salvar a quienes Dios sabía de antemano que no podrían ser salvos; y algunos de ellos ya estaban en el infierno cuando Cristo, de acuerdo a la creencia de algunos hombres, murió para salvarlos.

De esta forma acabo de presentar nuestra teoría de la redención, y de sugerir las diferencias que existen entre dos grandes grupos de la iglesia que profesa la fe. Será mi tarea demostrar lo grandioso de la redención de Cristo Jesús; y al hacer eso, espero ser capacitado por el Espíritu de Dios, para exponer la totalidad del gran sistema de redención, de tal manera que pueda ser entendido por todos nosotros, aunque no todos lo podamos aceptar. Pues deben tener en mente que algunos de ustedes, tal vez, estén listos para objetar las cosas que yo afirmo; pero tienen que recordar que eso no me afecta; yo voy a enseñar en todo momento esas cosas que yo creo verdaderas, sin permiso y a pesar del estorbo de cualquier ser que respire. Ustedes tienen la libertad de hacer lo mismo en sus propios lugares, y de predicar sus propios puntos de vista en sus propias congregaciones, de la misma manera que yo reclamo el derecho de predicar mis convicciones, plenamente y sin ningún titubeo.

Cristo Jesús "dio su vida en rescate por muchos;" y por medio de ese rescate, Él alcanzó para nosotros una gran redención. Voy a intentar demostrar lo grande de esa redención, midiéndola de cinco maneras. En primer lugar, vamos a ver su grandeza desde la perspectiva de la atrocidad de nuestra culpa, de la cual Él nos ha liberado; en segundo lugar, vamos a medir Su redención por la severidad de la justicia divina; en tercer lugar, vamos a medirla por el precio que Él pagó, los tormentos que soportó; a continuación vamos a tratar de magnificarla, viendo la liberación que Él alcanzó; y vamos a concluir observando el gran

número de personas para quienes se llevó a cabo la redención, quienes son descritos en nuestro texto como "muchos."

I. Entonces, en primer lugar, veremos que la redención de Cristo no fue algo insignificante, si la medimos, primero, por NUESTROS PROPIOS PECADOS.
Hermanos, por un instante contemplen el hoyo de donde fueron desenterrados y la cantera donde han sido labrados. Ustedes, que han sido lavados, y limpiados, y santificados, hagan una pausa por un momento, y vuelvan su vista atrás al estado anterior de su ignorancia; los pecados que cometían, los crímenes hacia los que se despeñaban, la continua rebelión contra Dios en la que vivían habitualmente. Un pecado puede perder el alma para siempre; no está al alcance de la mente humana entender la maldad infinita que dormita en las entrañas de un pecado solitario. Hay verdaderamente una inmensidad de culpa cobijada en una transgresión contra la majestad del cielo.

Entonces, si tú y yo hubiéramos pecado una sola vez, nada sino una expiación infinita en valor hubiera podido lavar jamás el pecado y hacer satisfacción por él. ¿Pero acaso ha sido sólo una vez que tú y yo hemos transgredido? No, hermanos míos, nuestras iniquidades son mayores en número que los cabellos de nuestra cabeza; han prevalecido poderosamente contra nosotros. Podríamos muy bien intentar contar la arena del mar, o intentar ponerle un número a las gotas que forman el océano en su totalidad, antes que llevar la cuenta de las transgresiones que se han acumulado en nuestras vidas.

Recordemos nuestra niñez. ¡Cuán pronto empezamos a pecar! ¡Cómo desobedecíamos a nuestros padres, y aun a esa temprana edad aprendimos a convertir nuestras bocas en una guarida de mentiras! En nuestra niñez ¡cuán llenos estábamos de desenfreno y rebeldía! Tercos e inconstantes, preferíamos nuestro propio camino y rompíamos todas las amarras que nuestros piadosos padres ponían sobre nosotros. Salvajemente nos lanzábamos, muchos de nosotros, al propio centro de la danza del pecado. Nos convertimos en líderes de la iniquidad; no solamente pecamos nosotros, sino que enseñamos a otros a pecar.

Y en cuanto a la edad adulta, ustedes que han alcanzado la flor de la vida, puede ser que externamente parezcan más sobrios, pueden haberse liberado un poco de la disipación de la juventud; pero ¡cuán poco ha mejorado el hombre! A menos que la gracia soberana de Dios nos haya renovado, no somos del todo mejores que cuando comenzamos; y aun si el cambio ha sido operado en nosotros, todavía tenemos pecados de los que debemos arrepentirnos, y debemos todos poner nuestras bocas en el polvo y cubrir de cenizas nuestras cabezas y exclamar: "¡Inmundo! ¡Inmundo!" Y ¡oh!, ustedes que se apoyan agotados sobre sus bastones, el soporte de su ancianidad, ¿acaso no tienen ustedes todavía pecados que cuelgan de sus vestidos? ¿Acaso son sus vidas tan blancas como los cabellos blancos que coronan sus

cabezas? ¿Acaso no sienten todavía que la transgresión embadurna sus vestidos, y mancha su blancura?

¡Cuán a menudo son ahora arrojados al hoyo, hasta el punto de ser aborrecidos por sus propios vestidos! Vuelvan sus ojos a los sesenta, los setenta, los ochenta años, a lo largo de los cuales Dios les ha perdonado la vida; ¿pueden ustedes aunque sea por un momento pensar que es posible que ustedes tiene la capacidad de contar sus innumerables transgresiones, o calcular el peso de los crímenes que han cometido? ¡Oh, estrellas del cielo! El astrónomo puede medir su distancia y su altura, pero ¡oh, pecados de la humanidad! Ustedes sobrepasan cualquier cálculo. ¡Oh, elevadas montañas! ¡El hogar de la tempestad, el lugar de nacimiento de la tormenta! El hombre puede alcanzar sus cimas y pararse asombrado sobre sus nieves perpetuas; pero, ¡oh, montes del pecado! Ustedes se elevan por encima de nuestros pensamientos; ¡oh, abismos de transgresiones! Ustedes son mucho más profundos de lo que nuestra imaginación se atreve a bucear.

¿Acaso se me acusa de denigrar la naturaleza humana? Entonces es porque ustedes no la conocen. Si Dios les hubiera manifestado la condición de su propio corazón alguna vez, ustedes mismos darían testimonio que, lejos de exagerar, mis pobres palabras no logran describir el estado desesperado de nuestro mal. ¡Oh! Si cada uno de nosotros pudiera mirar al corazón hoy. Si nuestros ojos se pudieran volver a nuestro interior, para poder ver la iniquidad que está grabada como con la punta de un diamante sobre la superficie de piedra de nuestros corazones, diríamos entonces que el ministro, independientemente de la manera como pueda describir la situación desesperada de la culpa, bajo ningún punto podría exagerar.

¡Cuán grande entonces, amados hermanos, debe ser el rescate de Cristo, al salvarnos de todos estos pecados! Los hombres por quienes murió Jesús, cuando tienen fe, independientemente de cuán grande sea su pecado, son justificados de todas sus trasgresiones. Aunque se hayan entregado a cada vicio y a cada mal deseo que Satanás haya podido sugerirles, y que la naturaleza humana podía llevar a cabo, sin embargo, cuando creyeron, toda su culpa fue limpiada. Año tras año se han recubierto de negrura, hasta que sus pecados se han convertido en una armadura; pero en un instante de fe, un momento triunfante de confianza en Cristo, la gran redención quita la culpa de numerosos años. Más aún, si fuera posible que todos los pecados que los hombres han cometido, de pensamiento, o de palabra, o de obra, desde que los mundos fueron creados, y desde que el tiempo comenzó, fueran colocados sobre una sola pobre cabeza, la gran redención sería plenamente suficiente para quitar todos estos pecados, y lavar al pecador para que quedara más blanco que la nieve.

¡Oh! ¡Quién pudiera medir las alturas de la plena suficiencia del Salvador! Quien quiera hacerlo, primero tiene que calcular qué tan grande es el pecado, y luego, recordar que así como el diluvio de Noé sobrepasó los picos de las montañas más elevadas de la tierra, así el diluvio de la redención de Cristo sobrepasa las cimas de las montañas de nuestros pecados. En los atrios del cielo hay hombres hoy que una vez fueron asesinos, y ladrones, y borrachos, y fornicarios, blasfemos y perseguidores; pero ellos fueron lavados, fueron santificados. Pregúntenles de dónde proviene el brillo de sus vestidos, y dónde obtuvieron su pureza, y ellos, al unísono, les dirán que ellos lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero.

¡Oh, ustedes conciencias atribuladas! ¡Oh, ustedes que están trabajados y cargados! ¡Oh, ustedes que gimen a causa del pecado! La grandiosa redención que ahora es proclamada a ustedes es plenamente suficiente para sus necesidades; y aunque sus numerosos pecados sobrepasan a las estrellas que adornan el firmamento, aquí hay una expiación hecha por todos ellos, un río que puede cubrirlos a todos y llevárselos muy lejos, para siempre.

Esta es, entonces, la primera medida de la expiación: la atrocidad de nuestra culpa.

II. Ahora, en segundo lugar, debemos medir la gran redención POR LA SEVERIDAD DE LA JUSTICIA DIVINA.
"Dios es amor," y siempre ama; pero mi siguiente propuesta no interfiere para nada con esta afirmación. Dios es severamente justo, inflexiblemente severo en Sus tratos con la humanidad. El Dios de la Biblia no es el Dios que algunos imaginan, que tiene tan baja opinión del pecado, que puede pasarlo por alto sin demandar ningún castigo. Él no es el Dios de la imaginación de algunos hombres que piensan que nuestras transgresiones son cosas tan pequeñas, simples pecadillos, que el Dios del cielo los pasa por alto y deja que mueran en el olvido. No; Jehová, el Dios de Israel, ha declarado acerca de Sí mismo: "Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es." Su propia declaración es: "Y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado." "El alma que pecare, esa morirá."

Aprendan, amigos míos, a mirar a Dios como un Ser tan severo en Su justicia como si no tuviera amor, y sin embargo tan amoroso como si no fuera severo. Su amor no disminuye Su justicia, ni Su justicia se contrapone a Su amor en lo más mínimo. Las dos cosas están dulcemente vinculadas entre sí en la expiación de Cristo. Pero, fíjense bien, nunca podremos entender la plenitud de la expiación hasta no comprender antes la verdad de la Escritura acerca de la inmensa justicia de Dios. Nunca se ha dicho una mala palabra, ni se ha concebido un mal pensamiento, ni se ha cometido una mala acción, que Dios no vaya a

castigar en la persona del culpable. Él tendrá una satisfacción ya sea de ustedes, o de Cristo. Si ustedes no pueden presentar la expiación por medio de Cristo, deben permanecer por siempre en una deuda que no podrán pagar, en la miseria eterna; pues tan ciertamente como que Dios es Dios, Él primero perdería Su divinidad que permitir que un pecado quede sin castigo, o una partícula de rebelión sin venganza.

Ustedes podrán decir que este carácter de Dios es frío, y severo, y duro. No puedo evitar que digan eso; no obstante lo que he comentado es verdad. Así es el Dios de la Biblia; y aunque repetimos que es verdad que Él es amor, no es menos cierto que además que Él es amor, Él es plena justicia, porque toda cosa buena en su máxima perfección se encuentra en Dios, de tal forma que mientras el amor alcanza su hermosura plena, la justicia muestra una inflexibilidad severa en Él. En Su carácter, Dios no tiene ninguna torcedura ni ninguna desviación; ninguno de Sus atributos predomina como para opacar a los otros. El amor tiene dominio pleno, y la justicia no tiene un límite más estrecho que Su amor.

¡Oh!, entonces, amados hermanos, piensen cuán grandiosa debe haber sido la sustitución de Cristo, ya que pudo satisfacer a Dios por todos los pecados de Su pueblo. Por el pecado del hombre, Dios demanda el eterno castigo; y Dios ha preparado un infierno al que arrojará a quienes mueran sin arrepentirse. ¡Oh!, hermanos míos, ¿pueden imaginarse cuál debe haber sido la grandeza de Su expiación, que fue la que sustituyó a toda esta agonía que Dios hubiera vertido sobre nosotros, si no la hubiera vertido sobre Cristo?

¡Miren!, ¡miren!, ¡miren, con una mirada solemne a través de las sombras que nos separan del mundo de los espíritus, y vean esa casa de miseria que los hombres llaman infierno! No pueden soportar el espectáculo. Recuerden que en ese lugar hay espíritus que pagan por siempre a la justicia divina, su deuda; pero, aunque algunos de ellos han estado durante más de cuatro mil años quemándose en las llamas, no están más cerca de lograr pagar su deuda de lo que estaban cuando el castigo comenzó; y cuando hayan pasado diez mil veces diez mil años, no habrán hecho mayor satisfacción para Dios a causa de su culpa, de lo que han hecho hasta este momento.

Y ahora pueden apreciar el pensamiento de la grandeza de la mediación del Salvador al haber pagado sus deudas, y haberlas pagado de una sola vez; de tal forma que no queda pendiente ningún saldo de esa deuda del pueblo de Cristo para con Dios, excepto una deuda de amor. El creyente no le debe nada a la justicia; aunque originalmente debía tanto que la eternidad no sería lo suficientemente larga para que permitiera pagar esa deuda, sin embargo, en un instante Cristo lo pagó todo, de tal forma que el creyente está enteramente justificado de toda culpa, y libre de todo castigo, a través de la obra de Jesucristo. Piensen, entonces, cuán grande es Su expiación viendo todo lo que ha hecho.

Debo hacer una pausa aquí, para exponer otro pensamiento. Hay momentos en los que Dios el Espíritu Santo muestra a los hombres, en sus propias conciencias, la severidad de la justicia. Habrá aquí presente hoy, alguien cuyo corazón ha sido cortado por un sentido de pecado. Una vez fue un hombre libre, un libertino, sin ninguna sujeción a nadie; pero ahora la flecha del Señor ha penetrado en su corazón, y se encuentra sumido en una esclavitud peor que la de Egipto. Lo veo hoy y me dice que su culpa lo persigue por todas partes. El esclavo negro, guiado por la estrella polar, puede escapar de las crueldades de su amo y llegar a otra tierra donde pueda ser libre; en cambio, este otro hombre siente que aunque vagara por todo el ancho mundo no podría escapar de la culpa. El que ha estado atado por muchas cadenas puede tener la esperanza de encontrar una sierra que las rompa y así quedar libre. En cambio este hombre dice que ha intentado oraciones y lágrimas y buenas obras, pero aún así no puede liberar sus muñecas de las esposas que lo aprisionan. Todavía se siente como un pecador perdido, y la emancipación parece algo imposible para él, no importa lo que haga.

El preso en el calabozo es, a veces, libre en su pensamiento, aunque su cuerpo esté preso; su espíritu salta por encima de las paredes de la cárcel, y vuela hacia las estrellas, libre como el águila que no es esclava del hombre. Pero este hombre es un esclavo en sus pensamientos; no puede tener ni un solo pensamiento brillante o feliz. Su alma está decaída en su interior; el hierro se ha metido en su espíritu, y está amargamente afligido. El cautivo a veces olvida su cautiverio en sus sueños, pero en cambio este hombre no puede dormir; en la noche sueña con el infierno, y en el día parece sentir ese infierno; lleva en su corazón un horno ardiente de llamas, y no importa lo que haga, no puede apagarlo.

Él ha sido confirmado, ha sido bautizado, toma el sacramento, asiste a la iglesia o visita frecuentemente una capilla, sigue cada ordenamiento y obedece cada norma, pero el fuego continúa ardiendo. Da su dinero a los pobres, está presto a entregar su cuerpo a la hoguera, alimenta a los hambrientos, visita a los enfermos, da de vestir al desnudo, pero el fuego sigue ardiendo, y, no importa lo que haga, no puede apagarlo.

Oh, ustedes, hijos del abatimiento y del dolor, esto que sienten es por causa de la justicia de Dios que los persigue, y dichosos son ustedes porque sienten esto, pues hoy yo les predico este Evangelio glorioso del bendito Dios. Tú eres una de las personas por quienes murió Jesucristo; por ti, Él ha satisfecho la justicia divina; y ahora todo lo que tienes que hacer para obtener paz en tu conciencia, es decir simplemente a tu adversario que te persigue: "¡Ten cuidado, mi amigo! ¡Cristo murió por mí; mis buenas obras no te detendrían, mis lágrimas no te apaciguarían: ten cuidado! ¡Allí está la cruz; allí está clavado mi Dios que sangra!

¡Escucha Su clamor de muerte! ¡Míralo morir! ¿No estás satisfecho ahora?" Y cuando hayas hecho eso, tendrás la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, que guardará tu corazón y tu mente por medio de Jesucristo tu Señor; y entonces conocerás la grandeza de Su expiación.

III. En tercer lugar, podemos medir la grandeza de la Redención por EL PRECIO QUE ÉL PAGÓ.

Es imposible que nosotros sepamos cuán grandes fueron los dolores que el Salvador soportó; sin embargo, una mirada a ellos no dará una pequeñísima idea de la grandeza del precio que Él tuvo que pagar por nosotros. Oh, Jesús, ¿quién podrá describir Tu agonía?

"¡Que se reúnan en mí todos los manantiales,

Y habiten en mi cabeza y mis ojos; vengan, nubes y lluvia!

Mi dolor necesita de todos esos líquidos,

Que la naturaleza ha producido. Que cada vena

Absorba todo un río para alimentar mis ojos,

Mis ojos cansados de llanto; demasiado secos están

A menos que se liguen a nuevos conductos y suministros,

Que los humedezcan, y reflejen mi conciencia."

¡Oh, Jesús! Tú sufriste desde Tu nacimiento, varón de dolores y experimentado en quebrantos. Tus sufrimientos recayeron sobre Ti en una lluvia perpetua, hasta la horrible última hora de tinieblas. Entonces, ya no en una lluvia, sino en una nube, un torrente, una catarata de aflicción, Tus agonías se precipitaron sobre Ti. ¡Mírenlo allá! Es una noche de hielo y de frío; pero Él está al descubierto. Es de noche: Él no duerme, sino que está orando. ¡Escucha Sus gemidos! ¿Alguna vez alguien ha combatido como Él combate? ¡Ve, y mira Su rostro! ¿Acaso algún mortal mostró alguna vez en su rostro tal sufrimiento, como el que puedes mirar en Él? ¿Escuchas Sus propias palabras? "Mi alma está muy triste, hasta la muerte." Se pone de pie: es prendido por traidores y llevado con ellos. Entremos al lugar donde acaba de estar en agonía. ¡Oh, Dios! ¿Qué es esto que vemos? ¿Qué son esas manchas sobre el suelo? ¡Es sangre! ¿De dónde salió esa sangre? ¿Acaso tenía Él una herida que se abrió de nuevo a causa de Su espantosa lucha? ¡Ah! No. "Y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra." ¡Oh, agonías que sobrepasan el significado

de la palabra agonía. ¡Oh, sufrimientos que ningún lenguaje puede describir! Cuán terribles habrán sido para causar tal efecto en el cuerpo bendito del Salvador, y hacer brotar sudor de sangre de todo Su cuerpo.

Y esto es sólo el comienzo; este es el inicio de la tragedia. Síguelo en lamentación, tú, iglesia afligida, para presenciar la consumación. Él es llevado a prisa por las calles; Él es arrastrado de un tribunal a otro; es abatido y condenado ante el Sanedrín; es escarnecido por Herodes; es juzgado por Pilato. Se pronuncia la sentencia: "¡Sea crucificado!"

Y ahora la tragedia llega a su momento culminante. Le desnudan Su espalda; lo atan a una columna romana destinada a los suplicios; el látigo sangriento abre surcos en Su espalda, y en medio de un torrente Su espalda se torna roja: un manto escarlata que lo proclama como emperador de la aflicción. Es llevado al recinto de los guardias; Sus ojos están vendados, y los soldados lo golpean mientras le dicen: "Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?" Lo escupen en el rostro; tejen una corona de espinas y la meten a presión sobre Sus sienes; lo visten con un manto púrpura; doblan sus rodillas, y se burlan de Él. Él permanece callado; no responde ni una palabra. "Cuando padecía, no amenazaba," sino que se sometió a Aquel a quien vino a servir. Y ahora lo toman y en medio de burlas y desprecios se lo llevan de allí, por las calles de la ciudad. Debilitado por los continuos ayunos y abatido por la agonía de Su espíritu, cae bajo el peso de Su cruz.

¡Hijas de Jerusalén! Él desfallece en sus calles. Lo levantan; colocan Su cruz sobre los hombros de otro hombre, y lo empujan, tal vez a punta de lanza, hasta que al fin llega al monte del castigo. Rudos soldados lo agarran y lo colocan de espaldas; la madera en forma de cruz es colocada abajo; Sus brazos son extendidos hasta alcanzar la distancia necesaria; preparan los clavos; cuatro martillos clavan cuatro clavos simultáneamente, atravesando las partes más tiernas de Su cuerpo; y allí está en el lugar de Su ejecución, muriendo sobre Su cruz. Pero todavía falta. Los rudos soldados alzan la cruz. Allí está la base preparada. Allí colocan la cruz: rellenan la base con tierra; ya está lista.

Pero vean los miembros del cuerpo del Salvador, ¡cómo tiemblan! Cada hueso ha sido dislocado cuando levantaron la cruz. ¡Cómo llora! ¡Cómo suspira! ¡Cómo solloza! Y más aún, escuchen cómo grita en agonía: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" ¡Oh, sol, no me sorprende que hayas cerrado tu ojo, para no ver más un hecho tan cruel! ¡Oh, rocas! ¡No me maravilla que ustedes se hayan derretido, rompiendo sus corazones con simpatía, cuando su Creador murió! Ningún hombre ha sufrido como sufrió este Hombre. Aun la muerte misma cedió pues muchos de los que estaban en sus tumbas se levantaron y vinieron a la ciudad. Esto, sin embargo, es lo externo.

Créanme, hermanos míos, que lo interno fue peor aún. Lo que nuestro Salvador sufrió en Su cuerpo no fue nada comparado con lo que soportó en Su alma. Ustedes no pueden imaginar, y yo tampoco no puedo ayudarles a imaginar lo que Él soportó internamente. Supongan por un momento, para repetir una frase que he usado con frecuencia, supongan que un hombre ha ido al infierno; supongan que su tormento eterno puede ser condensado todo en una sola hora; y luego supongan que puede ser multiplicado por el número de los salvos, que es un número que sobrepasa a cualquier cálculo humano. ¿Pueden ahora imaginarse el vasto cúmulo de miseria que habría habido en los sufrimientos de todo el pueblo de Dios si hubiese sido castigado por toda la eternidad? Y recuerden que Cristo tuvo que sufrir el equivalente a todos los infiernos de los redimidos. No podría expresar ese pensamiento de mejor manera que usando esas palabras repetidas a menudo: parecería que infierno fue puesto en una copa; Él la tomó, y "de un solo trago tremendo de amor, Él bebió la condenación hasta la última gota." De tal manera que no quedó nada de todas las penas y miserias del infierno que Su pueblo tendría que haber sufrido. No digo que Él sufrió lo mismo, pero sí soportó un equivalente a todo esto, y dio satisfacción a Dios por todos los pecados de todo Su pueblo, y por consiguiente llevó un castigo equivalente al de ellos. ¿Pueden ahora imaginar, pueden tener una idea de la grandiosa redención de nuestro Señor Jesucristo?

IV. Voy a tratar brevemente el siguiente punto. La cuarta forma de medir las agonías del Salvador es esta: debemos calcularlas por LA GLORIOSA LIBERACIÓN QUE ÉL HA EFECTUADO.

¡Levántate, creyente; ponte de pie en tu lugar y da testimonio en este día acerca de la grandeza de lo que Dios ha hecho por ti! Déjame que yo lo diga por ti. Voy a decir tu experiencia y la mía conjuntamente. Una vez mi alma estaba cargada de pecado; yo me había rebelado contra Dios y había transgredido gravemente. Los terrores de la ley se apoderaron de mi; las penas de la convicción me aprisionaron. Me reconocí culpable. Miré al cielo, y me di cuenta que un Dios airado había jurado castigarme; miré hacia abajo y vi un infierno con sus fauces abiertas, listo para devorarme. Traté de satisfacer mi conciencia mediante buenas obras; pero todo en vano. Me esforcé por asistir a las ceremonias de la religión para apaciguar la angustia interna que me agobiaba; pero todo fue inútil. Mi alma estaba triste, casi hasta la muerte. Pude haber dicho como el que guardaba luto antiguamente: "Mi alma tuvo por mejor la estrangulación, y quiso la muerte más que mis huesos." Esta fue la gran pregunta que siempre me dejó perplejo: "He pecado; Dios debe castigarme; ¿cómo puede ser justo si no me castiga? Entonces, puesto que Él es justo, ¿qué será de mí?" Al fin mi ojo se

volvió hacia esa dulce palabra que dice: "la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado." Llevé ese texto a mi habitación; allí me senté y medité. Miré a Uno clavado en la cruz. Era mi Señor Jesús. Allí estaba la corona de espinas, junto con los emblemas de una miseria inigualable y sin par. Lo miré a Él y mente recordó esa palabra que dice: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." Entonces me dije a mí mismo: "¿Este Hombre murió por los pecadores? Yo soy un pecador; entonces Él murió por mí. Él salvará a aquellos por quienes murió. Él murió por los pecadores; yo soy un pecador; Él murió por mí; Él me salvará." Mi alma confió en esa verdad. Lo miré a Él y conforme veía "el fluir de Su sangre redentora de almas," mi espíritu se regocijó, pues yo podía decir:

"Nada traigo en mi manos,

Solamente a Tu cruz me aferro;

Desnudo, busco en Él vestido;

Desamparado, vengo a Él por gracia.

Sucio, a esta fuente corro;

Lávame, Salvador, porque muero."

Y ahora, creyente, tú dirás lo que falta. El momento en que tú creíste, tu carga se desprendió de tus hombros, y te volviste ligero como el aire. En vez de tinieblas ahora tenías luz; en lugar de ropas de tristeza, tenías vestidos de alabanza. ¿Quién podría describir tu gozo a partir de ese momento? Has cantado sobre la tierra himnos del cielo y en tu alma llena de paz has experimentado por anticipado el eterno reposo de los redimidos. Porque has tenido fe has entrado en el reposo. Sí, proclámalo por todo el mundo; todos aquellos que creen, por la muerte de Jesús, son justificados de todas aquellas cosas de las que no podrían ser librados por las obras de la ley. Di en el cielo que nadie puede acusar a los elegidos de Dios. Anuncia en la tierra que los redimidos de Dios están libres de pecado a los ojos de Jehová. Proclama aun en el infierno, que los elegidos de Dios nunca irán allí; pues Cristo ha muerto por ellos, y ¿quién podrá condenarlos?

V. Me he dado prisa para llegar al último punto, que es el más dulce de todos. Nuestro texto nos dice que Jesucristo vino al mundo "para dar su vida en rescate por muchos." La grandeza de la redención de Cristo puede ser medida por el ALCANCE DE SU OBJETIVO. Él dio Su vida "en rescate por muchos." Debo tratar de nuevo este controvertido punto. Se nos dice con frecuencia (quiero decir a quienes se nos apoda comúnmente con el sobrenombre de

calvinistas, y eso no nos da vergüenza; pensamos que después de todo, Calvino conocía más del Evangelio que casi todos los hombres que han vivido sin inspiración) se nos dice con frecuencia que nosotros limitamos la expiación de Cristo, porque decimos que Cristo no ha dado una satisfacción por todos los hombres, o de lo contrario todos los hombres serían salvos. Pero nuestra respuesta es que, por el contrario, nuestros oponentes son los que la limitan: no nosotros. Los arminianos afirman que Cristo murió por todos los hombres. Pregúntenles qué quiere decir eso. ¿Que Cristo murió para alcanzar la salvación de todos los hombres? Ellos responden, "no, ciertamente no." Les hacemos una siguiente pregunta: ¿Cristo murió para alcanzar la salvación de algún hombre en particular? Ellos responden: "no; Cristo murió para que cualquier hombre sea salvo si" y luego siguen ciertas condiciones para la salvación.

Nosotros decimos, entonces, y vamos a regresar al viejo enunciado: Cristo no murió para alcanzar la salvación de nadie ¿no es cierto? Ustedes deben responder: "no;" están obligados a decir eso, pues ustedes creen que aun después que un hombre ha sido perdonado, puede caer de la gracia, y perecer. Entonces, ¿quién es el que limita la muerte de Cristo? Pues, ustedes. Ustedes afirman que Cristo no murió para asegurar infaliblemente la salvación de nadie. Por favor, discúlpennos, cuando ustedes dicen que nosotros limitamos la muerte de Cristo, decimos: "no queridos amigos, son ustedes los que lo hacen. Nosotros decimos que Cristo murió para asegurar infaliblemente la salvación de una muchedumbre que ningún hombre puede contar, que por medio de la muerte de Cristo no solamente pueden ser salvos, sino que son salvos, deben ser salvos, y no pueden correr la menor posibilidad de riesgo de no ser otra cosa que salvos. Ustedes pueden tener su propia idea de la expiación; pueden quedarse con ella. Nunca renunciaremos a la nuestra por lo que dicen ustedes.

Ahora, amados hermanos, cuando escuchen a alguien que se ríe o se burla de una expiación limitada, le pueden responder esto. La expiación universal es como un gran puente ancho pero que llega nada más hasta la mitad; no cubre completamente el río: solamente llega hasta la mitad; no asegura la salvación de nadie. Ahora, yo prefiero poner mis pies sobre un puente tan angosto como Hungerford, que alcanza desde una orilla a la otra, que sobre un puente que fueran tan ancho como el mundo, pero que no llegara hasta el otro extremo. Me dicen que es mi deber decir que todos los hombres han sido redimidos, y me dicen que hay un apoyo de las Escrituras para eso: "El cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo." Ahora, eso parece ser un argumento muy, muy bueno a favor de la otra cara de la pregunta. Por ejemplo, vean esto "Mirad, el mundo se va tras él." ¿Todo el mundo siguió a Cristo? "Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán." ¿Toda Judea y toda Jerusalén fueron bautizadas en el Jordán?" "Hijitos, vosotros sois de Dios," y "el mundo entero está bajo el

maligno." ¿Acaso "el mundo entero" quiere decir todo mundo? Si así fuera, ¿cómo es que había algunos que son "de Dios"? Las palabras "mundo" y "todos" tienen siete u ocho sentidos diferentes en la Escritura; y es muy raro que "todos" quiera decir todas las personas, tomadas individualmente. Las palabras son generalmente usadas para significar que Cristo ha redimido a algunos procedentes de diversos grupos: algunos judíos, algunos gentiles, algunos ricos, algunos pobres, y no ha restringido Su redención ya sea judíos o a gentiles.

Sin embargo, haciendo a un lado la controversia, ahora voy a responder una pregunta. Dime entonces, amigo, ¿por quién murió Cristo? Si quieres responderme una o dos preguntas, yo te diré si murió por ti. ¿Necesitas un Salvador? ¿Sientes que necesitas un Salvador? ¿Estás consciente del pecado hoy? ¿Te ha enseñado el Espíritu Santo que estás perdido? Si es así, Cristo murió por ti, y tú serás salvado. ¿Estás consciente el día de hoy, que no tienes ninguna esperanza en el mundo sino sólo en Cristo? ¿Sientes que tú no puedes por ti mismo ofrecer una expiación que pueda satisfacer la justicia de Dios? ¿Has renunciado a toda confianza en ti mismo? Y ¿puedes decir estando de rodillas: "¡Señor, sálvame, que perezco!"? Cristo murió por ti. Si tú dices hoy: "yo soy tan bueno como debo ser; yo puedo llegar al cielo por mis propias buenas obras," entonces, recuerda, la Escritura dice de Jesús "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores." Mientras estés en ese estado yo no te puedo predicar ninguna expiación.

Pero si hoy te sientes culpable, miserable, consciente de tu culpa, y estás listo para aceptar a Cristo como tu único Salvador, no solamente te puedo decir que puedes ser salvado, sino mejor aún, serás salvado. Cuando te hayas desnudado de todo excepto de la esperanza en Cristo, cuando estés preparado a venir con las manos vacías y tomar a Cristo para que sea tu todo, y que tú seas absolutamente nada, entonces tú puedes mirar a Cristo, y puedes decir: "Oh, Tú, amado, Tú, sangrante Cordero de Dios! Tú soportaste los dolores por mí; por los azotes que recibiste soy sanado, y por tus sufrimientos soy perdonado." Y entonces verás cuánta paz mental tendrás; pues si Cristo ha muerto por ti, no puedes perderte. Dios no castigará dos veces lo mismo. Si Dios castigó a Cristo por tu pecado, no te castigará a ti. "La justicia de Dios no puede exigir el pago dos veces, primero, de la mano sangrante de la Garantía, y luego de la mía."

Si creemos en Cristo, hoy podemos marchar al propio trono de Dios, y estar allí, y si se dijera: "¿Eres culpable?" podemos responder: "Sí, culpables." Pero si preguntan "¿qué tienes que responder acerca de que no debes ser castigado por tu culpa?" podemos responder: "Grandioso Dios, tu justicia y tu amor, ambos son la garantía que Tú no nos castigarás por el pecado; pues ¿no castigaste a Cristo por nuestro pecado? ¿Cómo podrías Tú ser justo, cómo

podrías ser Dios del todo, si castigas a Cristo el sustituto, y luego castigas al hombre mismo después?"

Tu única pregunta es "¿Cristo murió por mí?" Y la única respuesta que tenemos es "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." ¿Puedes escribir tu nombre con el de los pecadores, no con los pecadores que usan ese nombre por cortesía, sino entre los que se sienten verdaderamente pecadores y lo lamentan, y se angustian, y buscan misericordia a causa de eso? ¿Eres tú un pecador? Si lo sientes así, si lo reconoces así, si lo confiesas así, ahora eres invitado a creer que Jesucristo murió por ti, porque eres un pecador; y se te pide que te arrojes sobre esta grandiosa roca inconmovible, y que encuentres seguridad eterna en el Señor Jesucristo.

PUNTO CUATRO DE LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

EL LLAMAMIENTO EFICAZ

"Y cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando, lo vio y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose en tu casa." – Lucas 19:5

No obstante nuestro firme convencimiento que ustedes, en general, están bien instruidos en las doctrinas del Evangelio eterno, en nuestras conversaciones con jóvenes convertidos nos damos cuenta de cuán absolutamente necesario es repasar nuestras primeras lecciones, y afirmar y demostrar repetidamente esas doctrinas que se encuentran en la base de nuestra santa religión. Por lo tanto, nuestros amigos a quienes se les ha enseñado la grandiosa doctrina del llamamiento eficaz desde hace mucho tiempo, comprenderán que dado que yo predico de manera muy sencilla el día de hoy, el sermón está dirigido a quienes son jóvenes en el temor del Señor, para que entiendan mejor este grandioso punto de partida de Dios en el corazón, el llamamiento eficaz de los hombres por medio del Espíritu Santo.

Voy a usar el caso de Zaqueo como una gran ilustración de la doctrina del llamamiento eficaz. Ustedes recordarán la historia. Zaqueo sentía curiosidad de ver al Hombre maravilloso Jesucristo, el cual estaba poniendo el mundo al revés, y causando una inmensa excitación en las mentes de los hombres. Algunas veces nos parece que la curiosidad no es buena, y afirmamos que es pecado venir a la casa de Dios motivados por la curiosidad; no estoy muy seguro que debamos aventurar una afirmación de esa naturaleza. El motivo no es pecaminoso, aunque ciertamente tampoco es virtuoso; sin embargo, a menudo se ha comprobado que la curiosidad es uno de los mejores aliados de la gracia.

Zaqueo, movido por este motivo, deseaba ver a Cristo; pero dos obstáculos se interponían en el camino: el primero, había una gran muchedumbre de personas y le resultaba imposible acercarse al Salvador; y el segundo, era tan chaparro de estatura que no tenía la menor esperanza de poder verle por sobre las cabezas de las otras personas. ¿Qué hizo entonces? Él hizo lo mismo que algunos muchachos estaban haciendo; pues los muchachos de esa época eran sin duda igual que los muchachos de nuestro tiempo, que se trepaban a las ramas de árboles para mirar a Jesús cuando pasara.

Aunque Zaqueo ya era un hombre mayor, se sube a un árbol y allí se acomoda en medio de los muchachos. Los niños sienten demasiado temor de este viejo publicano severo, temido también por los propios padres de ellos, como para empujarlo al suelo o causarle cualquier tipo de inconveniencia.

Mírenlo allí. Con qué ansiedad espía hacia abajo para ver quién es Cristo; pues el Salvador no poseía ninguna distinción pomposa; frente a Él no caminaba ningún bedel llevando una maza de plata; no llevaba en Sus manos ningún báculo de oro: no iba vestido con una sotana de pontífice; de hecho, iba vestido igual que todos los que le rodeaban. Poseía una túnica igual a la de cualquier campesino común, hecha de una sola pieza de arriba abajo; y Zaqueo tenía dificultad en distinguirlo.

Sin embargo, antes de que Zaqueo hubiera visto a Cristo, Cristo había fijado Su ojo en Zaqueo, y deteniéndose bajo el árbol, Él mira hacia arriba, y le dice: "Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa." Zaqueo desciende rápidamente; Cristo va a su casa; Zaqueo se convierte en seguidor de Cristo, y entra en el Reino de los Cielos.

1. Ahora, en primer lugar, el llamamiento eficaz es una verdad plena de gracia.
Ustedes pueden deducir esto del hecho que Zaqueo era el último personaje que podría ser salvo, según nosotros. Él pertenecía a una ciudad mala (Jericó) una ciudad que había recibido una maldición, y nadie sospecharía que alguien podría salir de Jericó para ser salvo. Fue cerca de Jericó que aquel hombre cayó en manos de ladrones; confiamos que Zaqueo no haya participado en ese asalto; pero hay quienes, además de ser publicanos, pueden ser también ladrones. Al igual que la ciudad de Jericó de aquellos días, debemos esperar conversiones de San Giles, o de los barrios bajos de Londres, de las peores y más viles guaridas de la infamia.

¡Ah! Hermanos míos, no importa de dónde hayan salido ustedes; pueden venir de una de las calles más sucias, uno de los peores barrios marginados de Londres pero si la gracia eficaz los llama, es un llamamiento eficaz que no hace ninguna distinción de lugares.

Zaqueo tenía también una ocupación extremadamente mala, y probablemente estafaba al pueblo para enriquecerse. En verdad, cuando Cristo fue a su casa, se desató un murmullo universal porque había ido para ser huésped de un hombre que era un pecador. Pero, hermanos, la gracia no hace distinción alguna, la gracia no respeta a las personas, sino que Dios llama a quien quiere, y Él llamó a este hombre, el peor de los publicanos, en la peor de las ciudades, involucrado en la peor de las ocupaciones. Además, Zaqueo era uno de los candidatos menos probables para ser salvados, porque era rico. Es verdad, tanto los ricos como los pobres son bienvenidos; nadie tiene la menor excusa para desesperar debido a su condición; sin embargo, es un hecho que "no sois muchos sabios según la carne, ni muchos

poderosos," los que son llamados, sino "que lo necio del mundo escogió Dios, ricos en la fe." Pero la gracia no hace ninguna distinción aquí.

Al rico Zaqueo se le ordena que baje del árbol; y él baja, y es salvado. Siempre me ha parecido una de las grandes muestras de la condescendencia de Dios que Él mire hacia abajo, a los hombres; pero les diré que hubo una mayor condescendencia que esa, cuando Cristo miró hacia arriba para ver a Zaqueo. Que Dios se digne mirar hacia abajo a sus criaturas: eso es misericordia; pero que Cristo se humille de tal manera que tenga que mirar hacia arriba a una de Sus criaturas, eso revela una mayor misericordia.

¡Ah! Muchos de ustedes se han subido al árbol de sus propias buenas obras, y se quedan en las ramas de sus santas acciones, y confían en el libre albedrío de las pobres criaturas, o descansan en alguna máxima mundana; sin embargo, Jesucristo eleva Sus ojos para mirar aun a los orgullosos pecadores, y les dice que bajen. "Desciende," dice Él, "porque hoy es necesario que pose yo en tu casa." Si Zaqueo hubiera sido un hombre de mente humilde, sentado junto al camino, o a los pies de Cristo, entonces debimos haber admirado la misericordia de Cristo; pero veámoslo en un lugar elevado, y Cristo lo mira hacia arriba, y le ordena que baje.

2. Continuando, decimos que fue un llamamiento personal.
En el árbol también estaban unos muchachos junto con Zaqueo, pero no había la menor duda acerca de la persona que fue llamada. Fue "Zaqueo, date prisa, desciende." La Escritura menciona otros llamamientos. Se dice especialmente "Porque muchos son llamados, y pocos escogidos." Observen que ese no es el llamamiento eficaz al que se refiere el apóstol, cuando dice: "Y a los que llamó, a éstos también justificó." Ese es un llamamiento general que muchos hombres, más bien, todos los hombres rechazan a menos que venga acompañado del llamamiento personal, particular, que nos hace cristianos. Ustedes mismos pueden dar testimonio que fue el llamamiento personal el que los trajo al Salvador. Quizá fue algún sermón el que los condujo a sentir que ustedes eran, sin duda, una de las personas para quien iba dirigido. El texto tal vez fue "Tú eres Dios que me ve;" y el ministro puso un énfasis especial en la palabra "me," de tal forma que tú pensaste que el ojo de Dios estaba puesto sobre ti; y antes de que terminara el sermón, pensaste que viste a Dios abriendo los libros para condenarte a ti, y tu corazón susurró "¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea?" Quizás estabas subido en una ventana, o de pie junto a la muchedumbre en el pasillo; pero tuviste la sólida convicción de que el sermón fue predicado para ti, y para nadie más. Dios no llama a Su pueblo en multitudes, sino de uno en uno. "Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). Jesús ve a Pedro y a Juan pescando en el lago y les dice: "Venid en pos de mí." Contempla a Mateo

sentado al banco de los tributos públicos y Él le dice: "Levántate y sígueme," y Mateo así lo hizo.

Cuando el Espíritu Santo viene a algún hombre, la flecha de Dios penetra en su corazón: no solamente pasa rozando su casco, o deja una pequeña seña en su armadura, sino que penetra por entre las junturas de su arnés y llega hasta lo más profundo del alma. ¿Han sentido, amigos queridos, ese llamamiento personal? ¿Recuerdan cuando una voz les dijo: "Levántate, te llama."? Pueden recordar cuando hace algún tiempo ustedes dijeron: "Señor mío, Dios mío"? Cuando ustedes sabían que el Espíritu estaba obrando en ustedes, y ustedes dijeron: "Señor, vengo a Ti, pues sé que Tú me llamas." Yo podría llamar a ustedes por toda una eternidad sin ningún resultado, pero si Dios llama a alguien, habrá más eficacia por medio de Su llamamiento personal a una persona que mi llamamiento general a una multitud.

3. En tercer lugar, es un llamamiento apremiante. "Zaqueo, date prisa."
El pecador, cuando es llamado mediante un ministerio ordinario, replica: "Mañana." Escucha un sermón poderoso y dice: "Voy a volverme a Dios en tal día." Las lágrimas ruedan por sus mejillas, pero él las limpia. Alguna bondad aparece, pero como la nube matutina, es disipada por el sol de la tentación. Dice: "yo prometo solemnemente convertirme en un hombre reformado desde este momento. Después de gozar una vez más de mi amado pecado, voy a renunciar a mis deseos y voy a decidirme por Dios." ¡Ah! Ese es solamente el llamamiento de un ministro, y no sirve para nada.

Dicen que el camino al infierno está pavimentado con buenas intenciones. Estas buenas intenciones son engendradas por llamamientos generales. El camino a la perdición está lleno de ramas de árboles sobre las que estaban sentados los hombres, pues a menudo ellos arrancan las ramas de los árboles, pero ellos no caen juntamente con las ramas. La paja colocada ante la puerta de un enfermo amortigua el ruido de las ruedas de los carruajes. Así también hay algunos que llenan su camino de promesas de arrepentimiento, y así avanzan más fácilmente y sin ruido a la perdición.

Pero el llamamiento de Dios no es un llamamiento para mañana. "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazones, como en la provocación." La gracia de Dios siempre llega con prontitud; y si ustedes son atraídos por Dios, entonces van a correr tras Él, y no estarán hablando de esperar. El mañana no está escrito en el almanaque del tiempo. Mañana, está escrito en el calendario de Satanás, y en ninguna otra parte. El mañana es una roca pintada de blanco por los huesos de los marineros que han naufragado en ella; es el faro de los

destructores que brilla en la costa, atrayendo a los pobres barcos a su destrucción. El mañana es la copa que el necio finge encontrar al pie del arco iris, pero que nadie ha podido encontrar jamás. El mañana es la isla flotante de Loch Lomond que nadie ha visto jamás. El mañana es un sueño. El mañana es un engaño. Mañana, ay, mañana puede ser que abras tus ojos en el infierno, en medio de los tormentos.

Aquel reloj dice: "hoy;" tu pulso susurra "hoy;" escucho hablar a mi corazón en medio de sus latidos, diciendo: "hoy;" todas las cosas claman "hoy;" y el Espíritu Santo se une a todas estas cosas y dice: "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación." Pecadores, ¿sienten ahora la necesidad de buscar al Salvador? ¿Están musitando ahora una oración? ¿Están diciendo: '¡Ahora o nunca!', debo ser salvo ahora? Si es así, entonces espero que sea un llamamiento eficaz, pues Cristo, cuando hace un llamamiento eficaz, dice: "Zaqueo, date prisa."

4. Se trata de un llamamiento que humilla. "Zaqueo, date prisa, desciende."
Muchas veces, los ministros han hecho llamamientos al arrepentimiento a los hombres con un llamado que los ha hecho orgullosos, que los ha enaltecido en su propia estima, que los ha conducido a decir: "puedo volverme a Dios cuando yo quiera; y puedo hacerlo sin la influencia del Espíritu Santo." Han sido llamados a subir, y no a bajar. Dios siempre humilla a un pecador. ¿Acaso no puedo yo recordar cuando Dios me dijo que bajara? Uno de los primeros pasos que tuve que dar fue bajar inmediatamente de mis propias obras; y ¡oh! ¡Qué tremenda caída fue esa! Luego descansé sobre mi propia suficiencia, y Cristo dijo: "¡Desciende! Te he derribado de tus buenas obras, y ahora te derribo de tu propia suficiencia." Tuve otra caída, y estaba seguro de haber tocado fondo, pero Cristo dijo todavía "¡desciende!" y me hizo bajar aún más, pero llegué a un punto donde sentí que yo era todavía salvable. "¡Desciende, amigo! ¡Desciende todavía más!" Y descendí hasta que tuve que soltar todas las ramas del árbol de mis esperanzas, lleno de desesperación: y entonces dije, "yo no puedo hacer nada; estoy perdido."

Las aguas envolvieron mi cabeza y fui privado de la luz del día y pensé que era un extraño en medio de la nación de Israel. "¡Desciende aún más, amigo! Tú eres demasiado orgulloso para ser salvo." Entonces fui abatido más, hasta ver mi corrupción, mi maldad, mi suciedad. "Desciende," dice Dios, cuando quiere salvar.

Ahora, orgullosos pecadores, ser orgullosos no les sirve de nada, ni tampoco quedarse aferrados a los árboles; Cristo les pide que desciendan. Oh, tú, que moras con el águila en la escarpada roca, tienes que descender de tu elevación; tú, por medio de la gracia, caerás, o de otra manera caerás un día bajo la venganza. Él "quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes."

5. A continuación, es un llamamiento afectuoso. "Porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. ¡Pueden imaginarse con facilidad cómo cambiaron los rostros de la multitud! Ellos consideraban a Cristo el más santo y el mejor de los hombres, y estaban listos para hacerlo rey. Pero Él dice: "Hoy es necesario que pose yo en tu casa." Había un pobre judío que había estado dentro de la casa de Zaqueo; él había "tenido una bronca," como se dice en el lenguaje popular cuando son llevados ante la justicia, y este hombre recordaba qué tipo de casa era esa de Zaqueo; él recordaba cómo fue llevado allí, y sus conceptos de ese casa eran parecidos a los que una mosca tendría acerca de un nido de arañas después de haber escapado. Había otro hombre que había sido desposeído de casi todas sus propiedades; y la idea que él tenía acerca de ir a la casa de Zaqueo era como entrar en una cueva de leones. "¡Cómo!" decían ellos, "¿este santo varón va a entrar en esa cueva, donde nosotros pobres infelices hemos sido robados y maltratados? Ya era lo suficientemente malo que Cristo se dirigiera a Zaqueo en el árbol, pero ¡qué tremenda la idea de ir a su casa!"

Todos ellos "murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador." Bueno, yo sé lo que pensaban algunos de sus discípulos: pensaron que era algo muy imprudente; podía perjudicar su reputación, y ofender al pueblo. Pensaron que hubiera podido ir en la noche para ver a este hombre, como Nicodemo, y darle una audiencia cuando nadie lo viera; pero reconocer públicamente a un hombre así, era el acto más imprudente que Él pudiera hacer.

Pero ¿por qué hizo Cristo lo que hizo? Porque quería hacer a Zaqueo un llamamiento afectuoso. No voy a ir para quedarme en la entrada de tu casa, o mirar al interior a través de la ventana, sino que voy a entrar en tu casa; esa misma casa donde el llanto de las viudas ha llegado a tus oídos, sin que tú lo oyeras; voy a ir a tu sala, donde el lamento de los huérfanos no ha logrado moverte a compasión; voy a ir allí donde tú, como un león hambriento, has devorado a tu presa; voy a ir allí donde tú has ennegrecido tu casa y la has vuelto infame; voy a ir al lugar desde donde los gritos se han elevado al cielo, arrancados de las bocas de todos aquellos a quienes has oprimido; voy a entrar a tu casa para bendecirte." ¡Oh! ¡Cuánto afecto había en ello!

Pobre pecador, mi Señor es un Señor muy afectuoso. Él quiere venir a tu casa. ¿Qué tipo de casa tienes? Una casa que tú has hecho miserable con tus borracheras; una casa que has envilecido con tu impureza, una casa que has deshonrado con tus maldiciones y blasfemias, una casa donde manejas negocios sucios de los que estarías feliz de liberarte. Cristo dice: "Quiero ir a tu casa." Yo conozco ciertas casas ahora que una vez fueron guaridas del pecado, donde Cristo viene cada mañana; el marido y la mujer que antes discutían y peleaban,

doblan sus rodillas unidos en oración. Cristo llega a la hora de la cena, cuando el trabajador regresa a casa para cenar. Algunos de mis lectores tendrán escasamente una hora para comer, pero se las arreglan para orar y leer las Escrituras. Cristo viene a ellos.

Allí donde las paredes estaban tapizadas de cuadros lascivos y frívolos, ahora está colocado un almanaque cristiano; en un cajón de la cómoda hay una Biblia; y aunque la casa tiene solamente una habitación, si un ángel entrara y Dios preguntara: "¿Qué has visto en esa casa?" el ángel respondería: "he visto buenos muebles, porque tienen una Biblia allí; libros religiosos en abundancia; los cuadros con inmundicias has sido descolgados y quemados; ya no hay naipes en el armario de ese hombre; Cristo ha entrado a esa casa."

¡Oh, qué bendición que podamos tener nuestro Dios en el hogar, como los romanos tenían sus falsos dioses! Nuestro Dios es el Dios del hogar. Él viene para habitar con Su pueblo; Él ama las tiendas de Jacob. Ahora, pobre pecador harapiento, tú que vives en las guaridas más inmundas de Londres, si me estás leyendo hoy, Jesús te dice a ti: "Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa."

6. Además, no sólo fue un llamamiento afectuoso, sino que fue también un llamamiento permanente.
"Hoy es necesario que pose yo en tu casa." Un llamamiento común es más o menos así: "Hoy voy a entrar a tu casa por una puerta, y salir por la otra. El llamamiento general que da el Evangelio a todos los hombres es un llamamiento que obra sobre ellos durante un tiempo, y después desaparece; pero el llamamiento salvador es un llamamiento permanente. Cuando Cristo habla, no dice: "Date prisa, Zaqueo, y desciende, pues sólo vengo a mirar;" sino "es necesario que pose yo en tu casa; vengo a sentarme para comer y beber contigo; vengo a compartir los alimentos contigo; es necesario que pose yo en tu casa." "¡Ah!" dice alguien, "es difícil decir cuántas veces me he quedado muy impresionado, señor, a menudo he tenido una serie de solemnes convicciones, y pensé que realmente era salvo, pero todo se desvaneció; al igual que en un sueño, cuando uno se despierta, todo lo que se soñó desaparece, así sucedió conmigo." ¡Ah! Pero tú no te desesperes, pobre alma. ¿Sientes los esfuerzos de la Gracia Todopoderosa en tu corazón, mandándote que te arrepientas hoy? Si tú lo haces, será un llamamiento permanente. Si Jesús está obrando en tu alma, Él vendrá y se quedará en tu corazón, y te consagrará para Él eternamente. Él dice: "Vendré y moraré contigo para siempre. Vendré y diré:

"Aquí estableceré mi reposo permanente,

Ya no andaré de arriba para abajo;

No seré más ni un invitado ni un extraño,

Sino el Señor de esta casa."

"¡Oh!" dices tú, "eso es lo que yo necesito; yo necesito un llamamiento permanente, algo que perdure; yo no quiero una religión que se destiñe, sino una religión de colores perdurables." Pues bien, Cristo hace ese tipo de llamamiento. Sus ministros no pueden hacerlo; pero cuando Cristo habla, Él habla con poder, y dice: "Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa."

7. Sin embargo, hay algo que no debo olvidar, y es que fue un llamamiento necesario. Vamos a leerlo de nuevo: "Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa." No era algo que podría hacer, o no; sino que era un llamamiento necesario. La salvación de un pecador es para Dios un asunto tan necesario, como el cumplimiento de Su pacto que la lluvia no volverá a crear un diluvio en el mundo. La salvación de cada hijo comprado con la sangre es algo necesario por tres razones; es necesario porque es el propósito de Dios; es necesario porque es la compra que ha realizado Cristo; es necesario porque es la promesa de Dios. Es necesario que los hijos de Dios deban ser salvos. Algunos teólogos opinan que no está bien que se ponga un énfasis en la palabra "deban," especialmente en ese pasaje que dice: "Y le era necesario pasar por Samaria." "Bien," dicen ellos, "le era necesario pasar por Samaria, porque no tenía otra alternativa, y por tanto se vio forzado a ir por ese camino." Sí, señores, respondemos nosotros, sin duda; pero podía haber ido por otro camino. La Providencia estableció que le era necesario pasar por Samaria, y que Samaria quedara en la ruta que Él había elegido. "Y le era necesario pasar por Samaria."

La Providencia guió a los hombres para que edificaran Samaria directamente en el camino, y la gracia movió al Salvador para que fuera en esa dirección. No fue: "Desciende, Zaqueo, porque yo podría posar en tu casa," sino "Es nececario." El Salvador sintió una fuerte necesidad. Una necesidad tan ineludible como la muerte de cada hombre, una necesidad tan rígida como la necesidad que el sol nos alumbre de día y la luna de noche, y una necesidad tan grande como la de que todos los hijos de Dios comprados con sangre deberán ser salvos. "Hoy es necesario que pose yo en tu casa."

Y ¡oh! cuando el Señor llega a este punto, que debe y que quiere, ¡qué cosa tan grande es esta para el pecador! En otras ocasiones preguntábamos: "¿Lo dejaré siquiera entrar? Hay un extraño a la puerta; está tocando ahora; ya ha tocado antes; ¿lo dejaré entrar?" Pero ahora es, "hoy es necesario que pose yo en tu casa." No hubo ninguna llamada a la puerta, sino que la puerta se desintegró en pequeños átomos y Él entró: "Debo hacerlo, quiero hacerlo y lo haré; no me importan tus protestas, tu vileza, ni tu incredulidad; debo hacerlo y quiero hacerlo, es necesario que pose yo en tu casa."

"¡Ah!", dice alguien, "yo no creo que Dios me lleve a creer como crees tú, o hacerme cristiano alguna vez." ¡Ah!, pero si sólo dice: "hoy es necesario que pose yo en tu casa," no podrás presentar ninguna resistencia. Algunos de ustedes despreciarían la sola idea de convertirse en religiosos hipócritas; "¡Cómo, señor! ¿Acaso usted supone que yo pueda convertirme en un de sus correligionarios?" No, amigo mío, no lo supongo; lo sé con toda certeza. Si Dios dice "debo hacerlo," no podrá haber ninguna oposición. Cuando Él diga "debo," así se hará.

Les voy a contar una anécdota para demostrarles esto. "Un padre estaba a punto de enviar a su hijo a la universidad; pero como conocía la influencia a la que estaría expuesto, tenía una profunda y ansiosa preocupación por el bienestar espiritual y eterno de su hijo favorito. Temiendo que los principios de la fe cristiana, que el padre se había esforzado por inculcar en la mente de su hijo, fueran rudamente atacados, pero también confiando en la eficacia de esa palabra que es viva y poderosa, le compró, sin que el hijo supiera, un elegante volumen de la Biblia, y la colocó en el fondo del baúl.

El joven comenzó su carrera universitaria. Las bases de una piadosa educación pronto fueron socavadas, y el joven pasó de la especulación a las dudas, y de las dudas pasó a negar la realidad de la religión. Después de convertirse, en su propia estimación, en más sabio que su padre, descubrió un día con gran sorpresa e indignación, mientras escarbaba en su baúl, el depósito sagrado. Lo sacó y mientras deliberaba acerca de qué haría con el libro, determinó que lo usaría como papel de desecho con el que limpiaría su rastrillo al afeitarse. De acuerdo con esto, cada vez que iba a rasurarse, arrancaba una página o dos del santo libro, y las usaba hasta que casi medio libro ya había sido destruido. Pero mientras llevaba a cabo este ultraje en contra del sagrado libro, se fijaba en algún texto de vez en cuando, que penetraba como la aguda punta de una flecha en su corazón. Al cabo de un tiempo, escuchó un sermón, que le reveló su propio carácter, y cómo se encontraba bajo la ira de Dios, y se grabó en su mente la impresión que él había recibido de la última página arrancada al bendito aunque insultado volumen. Si hubiera tenido mundos a su disposición, los habría dado todos gustosamente, si eso le hubiera servido para deshacer lo que había hecho. Finalmente encontró el perdón a los pies de la cruz. Las hojas que había arrancado al volumen sagrado

trajeron salvación a su alma; pues esas hojas lo habían guiado a descansar en la misericordia de Dios, que es suficiente para el primero de los pecadores."

Les digo que no hay un réprobo caminando por las calles y contaminando el aire con sus blasfemias, no hay ninguna criatura tan depravada como para estar muy cerca de ser tan mala como el propio Satanás, si es hijo de vida, que no pueda ser alcanzado por la misericordia. Y si Dios dice: "Hoy es necesario que pose yo en tu casa," entonces ciertamente lo hará. ¿Escuchas tú, querido lector, justo en este momento, algo en tu mente que parece decirte que te has resistido al Evangelio durante mucho tiempo, pero que hoy ya no puedes resistirte más? Sé que sientes que una mano muy fuerte se ha aferrado a ti, y oyes una voz que dice: "¡Pecador, es necesario que pose yo en tu casa; a menudo me has despreciado, a menudo te has reído de mí, a menudo has escupido al rostro de misericordia, ha menudo has blasfemado mi Nombre, pero pecador, debo posar en tu casa; ayer diste un portazo en la cara del misionero y quemaste el libro que te dio, te reíste del ministro, has maldecido la casa de Dios, has profanado el día domingo; pero, pecador, Yo debo posar en tu casa, y lo haré!"

"¡Cómo, Señor!" respondes "¡Posar en mi casa! Pero si está toda cubierta de iniquidad. ¡Posar en mi casa! Pero si no hay ni una silla ni una mesa que no griten en mi contra. ¡Posar en mi casa! Pero si las vigas y las columnas y el piso se levantarían y te dirían que no soy digno de besar la orla de Tu vestido. ¡Cómo, Señor! ¡Posar en mi casa!" "Sí," dice Él, debo hacerlo; hay una necesidad muy poderosa; mi poderoso amor me constriñe, y ya sea que quieras dejarme entrar o no, estoy decidido a hacer que quieras, y tú me dejarás entrar."

¿No te sorprende esto, pobre pecador tembloroso; tú, que pensabas que el día de la misericordia ya había pasado, y que la campana de la destrucción ya había tañido en los funerales de tu muerte? ¡Oh!, ¿no te sorprende esto, que Cristo no sólo te está pidiendo que vengas a Él, sino que Él mismo se ha invitado a tu mesa, y más aún, cuando tú quisieras rechazarlo, amablemente dice: "Es necesario, tengo que entrar."

Piensa solamente en Cristo, caminando tras un pecador, clamando tras él, rogándole al pecador que le permita salvarlo; y eso es exactamente lo que hace Jesús con sus elegidos. El pecador huye de Él, pero la gracia inmerecida lo persigue diciendo: "Pecador, ven a Cristo;" y si nuestros corazones están cerrados, Cristo pone Su mano en la puerta, y si no lo recibimos sino que lo rechazamos con frialdad, Él dice: "Es necesario, debo entrar;" Él llora sobre nosotros hasta que Sus lágrimas nos ganan; Él clama tras nosotros hasta que Su voz prevalece; y finalmente en la hora que Él ha determinado, entra en nuestro corazón, y allí mora. "Es necesario que pose yo en tu casa," dijo Jesús.

8. Y ahora, por último, este llamamiento fue uno eficaz, pues vemos los frutos que produjo. La puerta de Zaqueo fue abierta; su mesa fue servida; su corazón era generoso; sus manos fueron lavadas; su conciencia fue aliviada; su alma estaba gozosa "He aquí, Señor," dice él, "la mitad de mis bienes doy a los pobres; porque me atrevo a decir que la mitad de lo que tengo se lo he robado a los pobres, y ahora lo devuelvo." "Y si en algo he defraudado a alguno, lo devuelvo cuadruplicado." Y Zaqueo de despoja de otra parte de sus bienes.

¡Ah! Zaqueo, tú te irás a la cama esta noche siendo muchísimo más pobre de como te levantaste esta mañana (pero también infinitamente más rico) pobre, muy pobre, en bienes de este mundo, comparado a lo que tenías cuando te subiste a ese sicómoro; pero más rico (infinitamente más rico) en tesoros celestiales. Pecador, en esto sabremos si Dios te llama: si Él llama, será un llamamiento eficaz; no un llamamiento que tú escuchas y que luego olvidas. Sino que es un llamamiento que produce buenas obras. Si Dios te ha llamado hoy, caerá al suelo tu copa de borracho, y se elevarán tus oraciones; si Dios te ha llamado el día de hoy, todas las cortinas de tu tienda estarán corridas, y pondrás un letrero que dice: "Esta casa está cerrada los domingos, y nunca volverá a estar abierta en día domingo." Mañana habrá tales o cuales diversiones mundanas, pero si Dios te ha llamado, no irás. Y si has robado a alguien (y ¿quién sabe si no hay un ladrón entre mis lectores?) si Dios te llama, restituirás lo robado; lo abandonarás todo para poder seguir a Dios con todo tu corazón.

No creemos que un hombre se haya convertido a menos que renuncie a los errores de sus caminos; a menos que, de manera práctica, llegue al conocimiento que el propio Cristo es Señor de su conciencia y que Su ley es su delicia. "Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa." Y Zaqueo descendió a prisa y lo recibió lleno de gozo. "Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido."

Ahora, una o dos lecciones. Una lección para el orgulloso. ¡Desciendan, corazones orgullosos, desciendan! La misericordia corre en los valles, pero no sube a los picos de los montañas. ¡Desciendan, desciendan, espíritus altivos! "Porque derribó a los que moraban en lugar sublime; humilló a la ciudad exaltada, la humilló hasta la tierra, la derribó hasta el polvo." Y luego la construye otra vez. Además, una lección para ti, pobre alma desesperada: me da gusto verte en la casa de Dios el día de hoy; es una buena señal. No me importa para qué viniste. Oíste que hay un tipo extraño que predica aquí, tal vez. No te preocupes por

eso. Tú eres tan extraño como él. Es necesario que haya hombres extraños para que puedan reunir a otros hombres extraños.

Ahora, yo tengo una muchedumbre de personas congregadas aquí; y si me permiten usar una figura de lenguaje, yo podría compararlos a un gran montón de cenizas entremezcladas con limaduras de acero. Pero si mi sermón tiene el apoyo de la gracia divina, servirá como un tipo de imán: no atraerá a las cenizas; ellas se quedarán donde están; pero tendrá la capacidad de atraer a las limaduras de acero. Tengo allí a un Zaqueo; allá arriba está una María, y a un Juan allá abajo, a Sara, o a Guillermo, o a Tomás. Allí están (los elegidos de Dios) las limaduras de acero en medio de la congregación de cenizas, y mi Evangelio, el Evangelio del Dios bendito, como un grandioso imán, los extrae de las cenizas. Allí vienen, allí vienen. ¿Por qué? Porque existió un poder magnético entre el Evangelio y sus corazones. ¡Ah!, pobre pecador, ven a Jesús, cree en Su amor, confía en Su misericordia. Si tú tienes el deseo de venir, si te estás abriendo paso entre las cenizas para ir a Cristo, entonces es porque Cristo te está llamando. ¡Oh!, todos ustedes que se reconocen pecadores, ya sea hombre, mujer, o niño, sí, ustedes, pequeñitos (porque Dios me ha dado a muchos de ustedes para que sean mi recompensa) ¿se sienten ustedes pecadores? Entonces crean en Jesús y serán salvos. Tú has venido aquí por pura curiosidad, muchos de ustedes. ¡Oh! que ustedes sean encontrados y salvados. Me preocupo por ustedes para que no se hundan en el fuego del infierno. ¡Oh!, escuchen a Cristo mientras Él les habla. Cristo dice, "desciende," el día de hoy.

Vayan a casa y humíllense ante el rostro de Dios: vayan y confiesen sus iniquidades con las que han pecado contra Él; vayan a casa y díganle a Él que están en la miseria y en la ruina sin Su gracia soberana; y luego mírenlo a Él, pues tengan la certeza que Él los miró primero a ustedes. Tú puedes decir "¡Oh, señor! Yo quiero verdaderamente ser salvo, pero me temo que Él no quiere salvarme." ¡Alto ahí! ¡Alto ahí! ¡Ya basta! ¿Sabes que eso es casi una blasfemia? Casi. Si no fueras un ignorante, yo te diría que es una blasfemia parcial. No puedes mirar a Cristo antes de que Él te haya mirado a ti. Si quieres ser salvado, es porque Él puso en ti ese deseo. Cree en el Señor Jesucristo, y recibe el bautismo y tú serás salvo. Confío que el Espíritu Santo te está llamando. Joven que estás allá, tú también que estás junto a la ventana, ¡date prisa! ¡Desciende! Anciano que estás sentado en esta banca, desciende. Comerciante que estás en aquel pasillo, date prisa. Dama y jovencita que no conocen a Cristo, oh, que Él las mire a ustedes. Abuela anciana, escucha este llamamiento de gracia inmerecida; y tú, jovencito, Cristo puede estar mirándote a ti (confío que es así) y que te está diciendo: "Date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa."

PUNTO CINCO DE LAS DOCTRINAS DE LA GRACIA

LA PERSEVERANCIA FINAL DE LOS SANTOS

"No obstante, proseguirá el justo su camino." – Job 17: 9

El hombre que es justo ante Dios tiene un camino propio. No es el camino de la carne, ni tampoco es el camino del mundo; es un camino que el mandato divino le ha señalado, y en el que él camina por fe. Es la calzada del Rey de la santidad, y el impío no transitará por ella: sólo los que son rescatados por el Señor caminarán por esa calzada, y éstos descubrirán que es un sendero de separación del mundo.

Una vez que ha entrado en el camino de vida, el peregrino debe perseverar en él o perecer, pues así ha dicho el Señor: "Y si retrocediere, no agradará a mi alma." La perseverancia en el camino de fe y santidad es una necesidad del cristiano, pues solamente "el que persevere hasta el fin, éste será salvo." Sería en vano brotar rápidamente como la semilla que es sembrada sobre la roca, para luego secarse rápidamente cuando el sol está en lo alto; eso solamente demostraría que una planta así no tiene raíces, pero "Se llenan de savia los árboles de Jehová," y permanecen y continúan y dan fruto, aun en su ancianidad, para demostrar que el Señor es recto.

Hay una gran diferencia entre el cristianismo nominal y el cristianismo real, y esto generalmente se puede comprobar en el fracaso de uno y en la perseverancia del otro. Ahora, la declaración del texto es que el hombre verdaderamente justo proseguirá su camino; no regresará, no saltará los vallados ni se desviará a la derecha ni a la izquierda, no descansará quedándose sin hacer nada, ni tampoco desmayará ni dejará de andar su camino; sino que él "proseguirá su camino." Frecuentemente le resultará muy difícil hacerlo, pero él tendrá tal resolución, tal poder de gracia interna que le ha sido otorgado, que él "proseguirá su camino," con firme determinación, como si se sostuviera con sus dientes y no esté dispuesto a soltarse.

Es posible que no siempre viaje a la misma velocidad; no se dice que mantendrá su paso, sino que él proseguirá su camino. Hay momentos en los que corremos sin cansarnos, pero a menudo simplemente caminamos y estamos muy agradecidos porque no nos desmayamos; ay, y hay períodos cuando estamos contentos con gatear como un bebé y arrastrarnos hacia arriba con dolor; pero aun así demostramos que "proseguirá el justo su camino." Bajo toda clase de dificultades el rostro del hombre a quien Dios ha justificado, está firmemente

orientado hacia Jerusalén; y él no se desviará hasta que sus ojos hayan visto al Rey en Su belleza.

Esta es una gran maravilla. Es algo maravilloso simplemente que un hombre sea cristiano, y una maravilla aun mayor que continúe siéndolo. Consideren la debilidad de la carne, la fuerza de la corrupción interna, la furia de la tentación satánica, las seducciones de las riquezas y el orgullo de la vida, el mundo y sus caminos: todas estas cosas están en contra nuestra, y sin embargo, he aquí, "es más grande Quien está a favor nuestro que todos los que están en contra," y desafiando al pecado, y a Satanás, y a la muerte, y al infierno, el justo prosigue su camino.

Yo interpreto que nuestro texto declara con precisión la doctrina de la perseverancia final de los santos. "No obstante, proseguirá el justo su camino." Hace años, cuando hubo una encendida y amarga controversia entre calvinistas y arminianos, cada uno de los bandos tenía la costumbre de caricaturizar al otro bando. Mucho del peso de los argumentos no estaba orientado en contra del sentir real del bando opuesto, sino más bien en contra de lo que se le atribuía. Hicieron un muñeco de paja, y luego lo quemaron, cosa muy fácil de hacer, pero yo confío que este tipo de cosas ha quedado completamente atrás.

La gloriosa verdad de la perseverancia final de los santos ha sobrevivido la controversia, y de una forma u otra es una apreciada creencia de los hijos de Dios. Sin embargo, pongan mucho interés en entender en qué consiste. La Escritura no enseña que un hombre llegará al final de su jornada sin que continúe viajando a lo largo del camino; no es cierto que un acto de fe sea todo, y que no se requiera de fe, de oración, y de vigilancia cada día. Nuestra doctrina es exactamente lo opuesto a eso, es decir, que el justo proseguirá su camino; o, en otras palabras, continuará en fe, en arrepentimiento, en oración, y bajo la influencia de la gracia de Dios.

Nosotros no creemos en la salvación como una fuerza física que trata al hombre como un tronco muerto, y que lo transporta al cielo, ya sea contando con su aprobación o sin contar con ella. No, "él prosigue," él está activamente involucrado en el asunto, y camina pesadamente cuesta arriba y luego desciende al valle hasta que llega al fin de su jornada.

Nunca hemos pensado, ni mucho menos hemos soñado, que simplemente porque un hombre supone que ha entrado alguna vez en este camino puede consecuentemente concluir que él tiene certeza de la salvación, aunque deje el camino inmediatamente después. No, sino que nosotros afirmamos que quien verdaderamente recibe el Espíritu Santo, de tal forma que cree en el Señor Jesucristo, no regresará, sino que perseverará en el camino de la fe.

Está escrito: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo," y no podría ser salvo si se le permitiera que regresara y se deleitara en el pecado como lo hacía antes; y, por tanto, él será guardado por el poder de Dios a través de la fe para salvación. Aunque el creyente cometerá todavía muchos pecados, para su congoja, sin embargo el tenor de su vida será la santidad para Dios, y proseguirá en el camino de obediencia.

Nosotros detestamos la doctrina que establece que un hombre que alguna vez creyó en Jesús será salvo a pesar de haber abandonado el sendero de la obediencia. Nosotros negamos que tal desviación sea posible para el verdadero creyente, y por lo tanto la idea que nos ha imputado nuestro adversario es claramente una invención. No, amados hermanos, un hombre, si es verdaderamente un creyente en Cristo, no vivirá según la voluntad de la carne. Cuando en efecto cae en pecado, sentirá dolor y miseria, y no descansará nunca hasta que es lavado de la culpa; pero voy a afirmar esto acerca del creyente, que si él pudiera vivir como él quisiera vivir, entonces llevaría una vida perfecta.

Si le preguntaras, después que ha creído, si podría vivir como él quisiera, él respondería: "Quiera Dios que yo pudiera vivir como yo quisiera, pues deseo vivir completamente sin pecado. Quisiera ser perfecto, así como mi Padre celestial es perfecto." Esta doctrina no es la idea licenciosa que un creyente puede vivir en pecado, sino que no puede ni quiere hacerlo.

Esta es la doctrina, y en primer lugar vamos a demostrarla; y en segundo lugar, en el sentido puritano de la palabra, vamos a aplicarla de manera breve, al extraer dos lecciones espirituales de ella.

I. DEMOSTREMOS ENTONCES LA DOCTRINA.
Por favor sigan mi argumento con sus Biblias abiertas. La mayoría de ustedes, queridos amigos, han recibido como materia de fe las doctrinas de la gracia, y por tanto para ustedes la doctrina de la perseverancia final no requiere ninguna demostración, porque se deduce de todas las otras doctrinas. Nosotros creemos que Dios tiene un pueblo elegido al que Él ha escogido para vida eterna, y esa verdad necesariamente implica la perseverancia en la gracia.

Nosotros creemos en la redención especial, y esto asegura la salvación y la consiguiente perseverancia de los redimidos. Nosotros creemos en el llamamiento eficaz, que está ligado a la justificación, una justificación que asegura la glorificación. Las doctrinas de la gracia son como una cadena: si tú crees en una de ellas entonces debes creer la siguiente, pues cada una implica a las demás; por tanto, yo digo que, quienes aceptan cualquiera de las doctrinas de la gracia, deben recibir esta doctrina también, como inherente a ellas.

Pero voy a intentar demostrar esta doctrina para aquellos que no aceptan las doctrinas de la gracia; no quisiera argumentar en un círculo, demostrando algo que ustedes dudan por medio de otra cosa que ustedes también dudan, sino que "¡A la ley y al testimonio!" Vamos a remitir este asunto a las palabras reales de la Escritura.

Antes de avanzar al argumento, será bien que enfaticemos que aquellos que rechazan esta doctrina, nos dicen frecuentemente que hay muchas advertencias en la palabra de Dios en contra de la apostasía, y que esas advertencias no podrían tener algún significado si fuera cierto que el justo proseguirá su camino. Pero ¿qué pasa si esas advertencias son los instrumentos que utiliza la mano de Dios para evitar que Su pueblo se desvíe? ¿Qué pasa si esas advertencias son usadas para excitar un santo temor en las mentes de Sus hijos, convirtiéndose así en el medio de prevenir el mal que esas advertencias denuncian?

También quisiera recordarles que en la Epístola a los Hebreos, que contiene las advertencias más solemnes contra la apostasía, el apóstol siempre se cuida de añadir palabras que demuestran que él no creía que aquellos a quienes él advertía, realmente apostatarían. Veamos Hebreos 6: 9. Él les ha estado diciendo a estos hebreos que si los que una vez fueron iluminados, recayeran (apostataran), sería imposible que fueran otra vez renovados para arrepentimiento, y agrega: "Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así." En el capítulo 10, el apóstol hace también una severa advertencia, declarando que aquellos que actúan de manera contraria al espíritu de gracia son dignos de un mayor castigo que los que violaron la ley de Moisés, pero concluye el capítulo con estas palabras: "Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma." De esta manera el apóstol muestra cuáles serían las consecuencias de la apostasía, pero él está convencido que ellos no elegirán incurrir en tan terrible condenación.

Adicionalmente, quienes objetan esta doctrina a veces citan algunos ejemplos de apostasía que son mencionados en la palabra de Dios, pero al mirar estos casos con detenimiento descubrimos que se trata de personas que simplemente profesaron conocer a Cristo, pero que realmente no eran poseedores de la vida divina. Juan, en su primera Epístola, 2: 19, describe plenamente a estos apóstatas: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros."

Aquel memorable pasaje en el Evangelio de Juan es igualmente aplicable, donde nuestro Salvador habla de los pámpanos de la vid que no permanecen en ella, que son echados fuera y arrojados al fuego: estos son descritos como pámpanos en Cristo que no llevan fruto. ¿Son ellos verdaderos cristianos? ¿Cómo pueden serlo si no llevan fruto? "Por sus frutos los conoceréis." El pámpano que lleva fruto es limpiado, pero nunca es echado fuera. Quienes no llevan fruto no son figuras de verdaderos cristianos, sino que representan adecuadamente a simples profesantes. Nuestro Señor, en Mateo 7:22, nos habla en relación a muchos que en ese día dirán: "Señor, Señor," y que Él responderá: "Nunca os conocí." No les dirá: "Os he olvidado," sino más bien: "Nunca os conocí": nunca fueron realmente Sus discípulos.

Pero ahora nos enfocaremos en el argumento mismo. En primer lugar sostenemos la perseverancia de los santos, de manera muy clara a partir de la naturaleza de la vida que es impartida en la regeneración. ¿Qué dijo Pedro en relación a esta vida? (1 Pedro 1: 23) Él habla del pueblo de Dios como "siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre."

La nueva vida que es plantada en nosotros cuando nacemos de nuevo, no es como el fruto de nuestro primer nacimiento, pues ese está sujeto a la mortalidad, sino que es un principio divino, que no puede morir ni puede corromperse; y, si es así, entonces quien lo posee debe vivir para siempre, ciertamente debe ser para siempre aquello en lo que el Espíritu de Dios lo ha convertido.

Y en 1 Juan 3: 9 tenemos el mismo pensamiento planteado de otra forma: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." Es decir, la inclinación de la vida del cristiano no es hacia el pecado. No sería una descripción justa de su vida decir que vive en pecado; por el contrario, lucha y contiende contra el pecado, porque posee un principio interno que no puede pecar. La nueva vida no peca; es nacida de Dios, y no puede transgredir; y aunque la vieja naturaleza está en guerra contra ella, sin embargo la nueva vida prevalece de tal manera en el cristiano, que es guardado de vivir en pecado.

Nuestro Salvador, en Su sencilla enseñanza del Evangelio a la mujer samaritana, le dijo (Juan 4: 13) "Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." Ahora, si nuestro Salvador le enseñó esto a una mujer pecadora e ignorante, en Su primera entrevista con ella, yo entiendo que esta doctrina no está reservada al círculo interno de santos ya maduros, sino que debe predicarse ordinariamente entre la gente común, y que debe considerarse como un privilegio extremadamente bendito. Si ustedes reciben la gracia que Jesús imparte a sus almas, será

como la mejor parte que María escogió, no les será arrebatada; morará en ustedes, no como el agua en una cisterna, sino como una fuente viva que salta para vida eterna.

Todos nosotros sabemos que la vida que es dada en el nuevo nacimiento está íntimamente conectada con la fe. Ahora, la fe es en sí misma un principio conquistador. En la Primera Epístola de Juan, que es un gran tesoro de argumentación (1 Juan 5: 4) se nos dice: "Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" Vean, entonces, que lo que es nacido de Dios en nosotros, es decir, la nueva vida, es un principio conquistador; no se sugiere para nada que puede ser derrotada alguna vez: y la fe, que es un signo exterior, es en sí misma una eterna triunfadora.

Por lo tanto, necesariamente, porque Dios ha implantado una vida tan maravillosa en nosotros, sacándonos de las tinieblas y llevándonos a Su luz admirable, porque nos ha engendrado nuevamente a una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos, porque el eterno y siempre bendito Espíritu ha venido para habitar en nosotros, nosotros concluimos que la vida divina en nosotros, nunca morirá. "Proseguirá el justo su camino."

El segundo argumento para el cual solicito la atención de ustedes se deduce de las declaraciones expresas del propio Señor. Aquí vamos a examinar nuevamente el Evangelio de Juan, y en su bendito capítulo tercero, donde nuestro Señor estaba explicando el Evangelio de la manera más sencilla posible a Nicodemo, y le encontramos poniendo mucho énfasis en el hecho que la vida que se recibe por la fe en Él, es eterna. Miren a ese precioso versículo, el catorce: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Por lo tanto, ¿acaso creen en Él los hombres y sin embargo perecen? ¿Acaso creen en Él y reciben una vida espiritual que llega a un final? No puede ser, pues "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda": pero él se perdería si no perseverara hasta el fin; y por lo tanto debe perseverar hasta el fin. El creyente tiene vida eterna, ¿cómo entonces puede morir, y dejar de ser un creyente? Si no permanece en Cristo, evidentemente él no tiene vida eterna, por lo tanto permanecerá en Cristo hasta el fin. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Algunos replican a esto que un hombre puede tener vida eterna y sin embargo perderla. A eso respondemos que las palabras no pueden significar eso. Tal afirmación es una contradicción clara. Si se pierde la vida el hombre está muerto; entonces ¿cómo pudo tener vida eterna? Es claro que sólo tenía una vida que duró por un tiempo: ciertamente no tenía vida eterna, pues si la hubiera tenido, habría vivido eternamente. "El que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Juan 3: 36). Los santos en el cielo poseen vida eterna, y nadie espera que mueran. Su vida es eterna; pero la vida eterna es vida eterna, ya sea que la persona que la posea habite en la tierra o en el cielo.

No necesito leer todos los pasajes en los que se enseña la misma verdad; pero más adelante, en Juan 6: 47, nuestro Señor le dijo a los judíos: "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna." No una vida temporal, sino "vida eterna." Y en el versículo 51 dijo: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre." Y luego viene esa famosa declaración del Señor Jesucristo, que, si no existiera ninguna otra, sería más que suficiente para demostrar nuestro punto. Juan 10: 28: "Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie (la palabra "hombre" no está en el original) las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. ¿Qué significado tiene sino éste: que Él ha agarrado a Su pueblo, y que tiene la intención de sostenerlo muy seguramente en Su poderosa mano?

"¿Dónde está el poder que puede alcanzarnos allí,

O, quién podrá arrebatarnos de Su mano?"

Por encima de la mano de Jesús que fue perforada viene la mano del Padre omnipotente como una especie de segundo agarre. "Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre." Esto debe mostrar con toda seguridad que los santos están seguros de cualquier cosa y de todo lo que pudiera destruirlos, y por consiguiente están protegidos de la apostasía total.

Otro pasaje afirma también lo mismo, y es Mateo 24: 24, donde el Señor Jesús ha estado hablando de los falsos profetas que van a engañar a muchos. "Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos." Y esto demuestra que es imposible que los escogidos sean engañados por ellos. De las ovejas de Cristo se dice: "Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños," sino que por instinto divino ellos conocen la voz del Buen Pastor, y lo siguen.

De esta manera nuestro Salvador ha declarado, tan sencillamente como las palabras pueden expresarlo, que aquellas personas que son Su pueblo, poseen la vida eterna en ellos, y no perecerán, sino que entrarán en la felicidad eterna. "Proseguirá el justo su camino."

Un argumento muy bendito para la seguridad del creyente se encuentra en la intercesión de nuestro Señor. No necesitan buscar la referencia bíblica, pues ustedes la conocen muy bien, que muestra la conexión entre la intercesión viva de Cristo y la perseverancia de Su pueblo: "Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos." (Hebreos 7: 25)

Nuestro Señor Jesús no está muerto; Él ha resucitado, se ha elevado a la gloria y ahora intercede sobre la base del mérito de Su obra perfecta ante el eterno trono, y conforme intercede allí por todo Su pueblo, cuyos nombres están escritos en Su corazón, como los nombres de Israel estaban escritos en el pectoral del sumo sacerdote, Su intercesión salva a Su pueblo hasta lo sumo.

Si quisieran un ejemplo de esto, deben ver el caso de Pedro que está registrado en Lucas 22: 31, donde nuestro Señor dice: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos." La intercesión de Cristo no salva a Su pueblo de las pruebas, ni de las tentaciones, ni de ser sacudido hacia arriba y hacia abajo como el trigo en la criba, ni tampoco lo salva de una cierta medida de pecado y de dolor, pero sí lo salva de la apostasía total. Pedro fue conservado, y aunque él negó a su Señor, esto fue sólo una excepción a la grandiosa regla de su vida. Por gracia prosiguió en su camino, porque no sólo en ese momento, sino muchas otras veces, aunque pecó, tenía un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo.

Si desean saber cómo intercede Jesús, lean con calma en sus respectivas casas ese maravilloso capítulo 17 de Juan, la oración del Señor. ¡Qué oración es esa! "Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese." Judas se perdió, pero Judas fue dado a Cristo como un apóstol y no como una de Sus ovejas. Él tenía una fe temporal, y mantuvo una profesión temporal, pero nunca tuvo vida eterna, pues de lo contrario hubiera vivido.

Esos gemidos y esos clamores del Salvador que acompañaron sus súplicas en Getsemaní, fueron escuchados en el cielo, y fueron respondidos. "Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre"; el Señor los guarda por medio de Su palabra y Su Espíritu, y los

guardará. Si la oración de Cristo en Getsemaní fue respondida, con cuánta más razón es escuchada la que se eleva ahora desde el propio trono eterno.

"Con clamores y lágrimas Él ofreció

Su humilde súplica desde la tierra;

Pero con autoridad solicita ahora,

Entronado en Su gloria.

Para quienes vienen a Dios por Él,

Salvación Él demanda;

Señala sus nombres grabados en Su pecho,

Y extiende sus manos traspasadas."

Ah, si mi Señor Jesús intercede por mí, no puedo tener temor ni de la tierra ni del infierno: Esa voz que vive y que intercede tiene poder para guardar a los santos, y también lo tiene el propio Señor viviente, pues Él ha dicho: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Juan 14:19).

Ahora tenemos un cuarto argumento. Acumulamos una segura confianza en la perseverancia de los santos por el carácter y la obra de Cristo. Voy a ser muy breve en esto, pues confío que ustedes conocen tan bien a mi Señor que no necesita ninguna palabra de recomendación de parte mía para ustedes; pero si lo conocen, dirán lo mismo que el apóstol dice en 2 Timoteo 1:12, "Porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día." Él no dijo: "yo sé en quién he creído," como lo cita la mayor parte de la gente, sino, "yo sé a quién he creído." Él conocía a Jesús, conocía Su corazón y Su fidelidad, conocía Su expiación y Su poder, conocía Su intercesión y Su fuerza; y él entregó su alma a Jesús por un acto de fe, y se sentía seguro.

Mi Señor es tan excelente en todas las cosas que sólo necesito darles un vislumbre de su carácter y ustedes verán lo que fue mientras habitó aquí entre los hombres. Al comienzo de Juan capítulo 13 leemos: "Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin." Si no hubiera amado a Sus discípulos hasta el fin cuando estaba aquí, podríamos concluir que es cambiante ahora como lo fue entonces; pero si amó a Sus elegidos hasta el fin cuando todavía estaba en Su humillación aquí abajo, esto nos trae la

dulce y bendita confianza que ahora que Él está en el cielo, Él amará hasta el fin a quienes confían en Él.

En quinto lugar, podemos deducir la perseverancia de los santos del tenor del pacto de gracia. ¿Les gustaría comprobarlo por ustedes mismos? Si es así, entonces vayamos al Antiguo Testamento, a Jeremías 32 y allí encontrarán el pacto de gracia expuesto bastante ampliamente. A nosotros nos bastará leer el versículo cuarenta: "Y haré con ellos pacto eterno, que no volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí." Él no se apartará de ellos, y ellos no se apartarán de Él. ¿Qué puede ser mayor garantía de su perseverancia hasta el fin? Ahora es muy claro que éste es el pacto de gracia bajo el cual vivimos, con base en la Epístola a los Hebreos, pues el apóstol cita ese pasaje con ese objetivo, en el capítulo 8. El tema va más o menos así: "He aquí vienen días, dice le Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo."

El antiguo pacto tenía un "si" incorporado en él, y por lo tanto sufrió un naufragio; era "si ustedes obedecen entonces serán bendecidos"; y viene una falla de parte del hombre, y todo el pacto terminó en desastre. Era el pacto de obras, y bajo ese pacto estábamos en servidumbre, hasta que fuimos liberados de él e introducidos al pacto de la gracia, que no tiene ningún "si" incorporado, sino que manifiesta claramente el peso de la promesa; es "Yo haré" y ustedes "harán" en todo momento. "Seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo."

Gloria sea dada a Dios, este pacto no dejará de tener vigencia, pues vean cómo el Señor declara su carácter durable en el libro de Isaías (54: 10): "Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti." Y nuevamente en Isaías 55: 3: "Y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes de David."

La idea de apartarse totalmente de la gracia es una reliquia del viejo espíritu legal, es una separación de la gracia para caer nuevamente bajo la ley, y yo les exhorto a ustedes que alguna vez que han sido esclavos emancipados, y han logrado que las cadenas de la servidumbre legal hayan sido soltadas de sus manos, nunca consientan llevar esas ataduras de nuevo. Cristo los ha salvado si en verdad ustedes creen el Él, y no los ha salvado por una semana, o un mes, o un trimestre, o un año, o veinte años, sino que Él les ha dado vida

eterna, y nunca perecerán, ni nadie los arrebatará de Su mano. Gócense en este bendito pacto de gracia.

El sexto argumento, que es muy poderoso, se deduce de la fidelidad de Dios. Miren a Romanos 11: 29. ¿Qué dijo el apóstol allí, hablando por el Espíritu Santo? "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios," que quiere decir que Él no da vida ni perdona a un hombre y lo llama por gracia y luego se arrepiente de lo que ha hecho, y retira las buenas cosas que ha otorgado. "Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta." Cuando extiende Su mano para salvar no la retira hasta que la obra es consumada.

Su palabra es, "Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos." (Malaquías 3: 6). "Además, el que es la Gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá." (1 Samuel 15: 29). El apóstol quiere que afirmemos nuestra confianza en la perseverancia sobre la confirmación que la fidelidad divina ciertamente nos la va a dar. Él dice en 1 Corintios 1: 8 "El cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor." Y nuevamente dice algo parecido en 1 Tesalonicenses 5: 24 "Fiel es el que os llama, el cual también lo hará."

Desde tiempos antiguos era la voluntad de Dios salvar al pueblo que Él dio a Jesús, y de esto no se ha arrepentido, pues nuestro Señor dijo (Juan 6: 39), "Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero." De esta manera se desprende de estos pasajes, y hay todavía muchos más, que la fidelidad de Dios asegura la preservación de Su pueblo, y "proseguirá el justo su camino."

El séptimo y último argumento lo sacaremos de lo que ya ha sido hecho en nosotros. No haré más que citar las Escrituras, y dejar que penetren en sus mentes. Un bendito pasaje es el de Jeremías 31: 3: "Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia." Su no hubiera querido que su amor fuera eterno, no nos habría prolongado Su misericordia, pero debido a que ese amor es eterno, por tanto nos ha prolongado Su misericordia.

El apóstol argumenta de manera muy elaborada en Romanos 5: 9, 10: "Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliado con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida." No puedo detenerme para mostrarles cuán enfática es cada palabra en estos versículos, pero así es: si Dios nos reconcilió cuando éramos enemigos, Él ciertamente nos salvará ahora que somos Sus amigos, y si nuestro

Señor Jesús nos ha reconciliado por Su muerte, mucho más nos salvará por Su vida; así que podemos estar seguros de que Él no dejará ni abandonará a quienes ha llamado.

¿Necesitan que traiga a sus mentes ese capítulo dorado, el octavo de Romanos, el más noble de cualquier lengua que jamás haya sido escrito por la pluma de un hombre? "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó." No hay ningún rompimiento en la cadena entre justificación y glorificación: y ningún rompimiento que podamos suponer que puede ocurrir, pues el apóstol lo coloca fuera de cualquier peligro, cuando dice: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió: más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo?" Luego él nos presenta todas las cosas que podrían suponerse que separan, y dice: "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

De la misma manera, el apóstol escribe en Filipenses 1: 6. "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo." No puedo detenerme para mencionar las muchas otras Escrituras en las que lo que ha sido hecho es utilizado como argumento que la obra será completada, sino que es de conformidad a la conducta del Señor terminar cualquier cosa que Él emprende. "Gracia y gloria dará Jehová," y perfeccionará lo concerniente a nosotros.

Un maravilloso privilegio que nos ha sido otorgado es de especial significación: somos uno con Cristo por una unión íntima, vital, espiritual. El Espíritu nos enseña que gozamos de una unión de matrimonio con Cristo Jesús nuestro Señor. ¿Se disolverá esa unión? Estamos casados con Él. ¿Acaso ha dado Él alguna vez carta de divorcio? Nunca se ha dado el caso que el novio celestial haya divorciado de Su corazón a un alma elegida con quien se ha unido con los lazos de gracia.

Escuchen estas palabras del profeta Oseas 2: 19, 20. "Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová."

Esta maravillosa unión es explicada por medio de la figura de la cabeza y el cuerpo: nosotros somos miembros del cuerpo de Cristo. ¿Acaso los miembros de Su cuerpo pueden descomponerse? ¿Es amputado Cristo? ¿Se le pueden poner miembros nuevos cuando pierde los viejos? No, siendo miembros de Su cuerpo, no seremos separados de Él. "Pero el que se une al Señor," dice el apóstol, "un espíritu es con él," y si somos hechos un espíritu con Cristo, esa unión misteriosa no permite la suposición de una separación.

El Señor ha hecho otra grandiosa obra en nosotros, pues nos ha sellado con el Espíritu Santo. La posesión del Espíritu Santo es el sello divino que tarde o temprano es colocado en todos los elegidos. Hay muchos pasajes en los que se habla de ese sello, y es descrito como una prenda, una prenda de la herencia. Pero ¿cómo una prenda si después de recibirla, no alcanzamos la posesión adquirida?

Reflexionen en las palabras del apóstol en 1 Corintios 1: 21, 22: "Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría."(1) Con el mismo objeto, el Espíritu Santo habla en Efesios 1: 13, 14: "En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria."

Amados hermanos, tenemos la certeza que si el Espíritu Santo habita en nosotros, Él que levantó a Jesucristo de los muertos, guardará nuestras almas y dará vida a nuestros cuerpos mortales y nos presentará perfectos ante la gloria de Su rostro en el último día. Por tanto hacemos un resumen de nuestro argumento con la expresión confiada del apóstol cuando dijo (2 Timoteo 4: 18), "Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén."

II. Ahora, ¿CÓMO APLICAREMOS PRÁCTICAMENTE ESTA DOCTRINA?
La primera aplicación es para animar al hombre que va camino al cielo. Proseguirá el justo su camino." Si yo tuviera que realizar un viaje muy largo, digamos de Londres a John o' Groats, confiando en que mis pobres piernas débiles me lleven, y con un peso que cargar también, podría comenzar a desesperarme, y, ciertamente, el propio primer día de camino me noquearía: pero si yo tuviera una seguridad divina que me afirma categóricamente: "Tú proseguirás tu camino, y llegarás a tu destino," yo siento que me cobraría ánimos para alcanzar la tarea. Difícilmente alguien se lanzaría a una jornada difícil sino creyera que puede terminarla, pero la dulce seguridad que alcanzaremos nuestro hogar, nos lleva a cobrar ánimos.

El tiempo es lluvioso, húmedo, muy ventoso, pero debemos proseguir, pues el fin está garantizado. El camino es muy difícil, y corre por colinas y valles; respiramos agitadamente y nuestras piernas nos duelen; pero como vamos a llegar al fin de nuestro camino, proseguimos a la meta. Estamos a punto de arrastrarnos a cualquier casa y acostarnos para morir de cansancio, diciendo: "Nunca voy a completar mi tarea;" pero la confianza que hemos recibido nos pone de pie nuevamente, y proseguimos.

Para el hombre de corazón recto, la garantía de éxito es el mejor estímulo para trabajar. Si así es, que voy a vencer al mundo, que voy a conquistar el pecado, que no voy a ser un apóstata, que no voy a abandonar mi fe, que no voy a arrojar mi escudo, que voy a llegar a casa siendo un conquistador, entonces voy a actuar como un hombre y voy luchar como un héroe. Esta es la razón por la que las tropas británicas han ganado la batalla a menudo, porque los jóvenes que tocan los tambores no saben cómo llamar a retirada, y las tropas no creen en la posibilidad de la derrota. Muchas veces fueron derrotados por los franceses, eso dicen los franceses, pero ellos no querían creerlo, y por lo tanto no huían. Ellos sentían que ganaban, y por tanto permanecían como rocas sólidas en medio de la terrible artillería del enemigo hasta que se declaraba la victoria a su favor.

Hermanos, nosotros haremos lo mismo si nos damos cuenta que somos preservados en Cristo Jesús, guardados por el poder de Dios por medio de la fe para salvación. Cada creyente verdadero será un conquistador, y esta es la razón para pelear una buena guerra. Está preparada para nosotros una corona de vida en el cielo que no perderá su color. La corona está preparada para nosotros, y no para quienes vienen de manera imprevista. La corona reservada para mí es tal que nadie más puede usarla; y si es así, entonces voy a combatir y voy a esforzarme hasta el fin, hasta que el último enemigo sea vencido, y la muerte misma esté muerta.

Otra aplicación es esta: ¡qué estímulo es este para los pecadores que desean la salvación!. Debe guiarlos a venir y recibir esto con un deleite agradecido. Quienes niegan esta doctrina ofrecen a los pecadores una pobre salvación devaluada, que no vale la pena, y no es sorprendente que los pecadores no se queden con ella. Así como el Papa dio Inglaterra al rey de España (si hubiera podido obtener ese país) así ellos ofrecen la salvación de Cristo si un hombre puede merecerla por medio de su propia fidelidad.

De conformidad con algunas personas, la vida eterna es dada a ustedes, pero puede ser que no sea eterna; puedes perderla, puede durar sólo un poco de tiempo. Cuando yo no era más que niño, me preocupaba porque veía a algunos de mis jóvenes compañeros, que eran un poco mayores que yo, cuando se convertían en aprendices y llegaban a Londres, que se convertían en personas viciosas; he escuchado los lamentos de sus madres, y he visto sus lágrimas por sus hijos; he escuchado a sus padres que expresaban su amarga pena por esos muchachos, a quienes yo había conocido en mi clase, como muy buenas personas, como yo no hubiera podido serlo jamás, y me inquietaba con horror la idea que yo tal vez podría pecar como ellos. Ellos no guardaban el día del Señor; hubo un caso de un robo de una caja fuerte para irse de farra el domingo. Simplemente pensar en eso me aterraba; yo anhelaba mantener un carácter sin mancha y cuando escuché que si yo entregaba mi corazón a Cristo, Él me guardaría, eso fue precisamente lo que me conquistó; parecía un seguro de vida celestial para mi carácter, que si yo me entregaba verdaderamente a Cristo, Él me salvaría de los errores de la juventud, me preservaría en medio de la tentaciones de la edad adulta, y me guardaría hasta el fin. Me agradaba el pensamiento que si yo era hecho justo por la fe en Cristo Jesús, proseguiría mi camino por el poder del Espíritu Santo. Eso que me agradó en mi niñez es aún más atractivo para mí en mi edad adulta: yo estoy feliz de predicarles una salvación cierta y eterna.

Siento que tengo algo que ofrecerles el día de hoy, que es digno de la pronta aceptación de cada pecador. No tengo las condiciones de "si" ni "pero" para diluir el puro Evangelio de mi mensaje. Aquí está: "El que creyere y fuere bautizado será salvo." Se me cayó un pedazo de hielo al piso ayer, y le dije a alguien que estaba conmigo en la habitación "¿acaso no es eso un diamante?" "Ah," me respondió, "no lo dejarías en el piso, te lo garantizo, si fuera un diamante de ese tamaño."

Pero yo tengo un diamante aquí, ¡vida eterna, vida para siempre! Me parece que se darán prisa para tomarlo de inmediato, para que sean salvos ahora, para ser salvados en la vida, para ser salvados en la muerte, para ser salvados en la resurrección, para siempre, por el poder eterno y el amor infinito de Dios. ¿Acaso no vale la pena tener esto? Pobre alma, agárralo; tú puedes tenerlo simplemente creyendo en Jesucristo, o, en otras palabras, confía tu alma a Él. Deposita tu eterno destino en este banco divino, y luego puedes decir, "Porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día." Que el Señor los bendiga, por Cristo nuestro Señor. Amén.

¿QUÉ ES SER UN BAUTISTA REFORMADO?

En primer lugar vamos a definir que ser un “Bautista Reformado” no se refiere a pertenecer a una denominación sino a una asumir una posición teológica como iglesia.

Si bien pudiera parecer que el término “bautista” lo identificara con una denominación, no obstante el principio bíblico de los bautistas reformados es la iglesia independiente y autónoma.

Muchas veces estas iglesias independientes se manifiestan con distintos nombres, siendo el término “Iglesia Bíblica” un común denominador (aunque no siempre).

La identificación teológica de los Bautistas Reformados es con las “Doctrinas de la Gracia”, es decir una postura “calvinista” de soteriología (ciencia de la salvación), con una visión en cuanto a los eventos bíblicos históricos y su relación con Cristo denominado: “Teología del Pacto”.

Esta fe reformada descansa en una confesión histórica conocida como la “Confesión Bautista de 1689”. Su predecesora es la famosa “Confesión de Westminster” (Inglaterra) realizada en el año 1647, donde se reunieron 121 teólogos (mayormente pastores puritanos) y 40 laicos en una asamblea que duró 1.163 sesiones entre el 1ro de julio de 1643 al 22 de febrero de 1649.

Luego, en 1677, los grupos que abogaban por el bautismo de inmersión de creyentes (bautistas) hicieron un llamado convocatorio a las iglesias de Gales e Inglaterra para tratar de dejar en claro por medio de un manifiesto que, si bien adoptarían la confesión de fe de Westminster, no obstante diferían en la postura del bautismo de infantes y de la forma de gobierno presbiteriano (ya tratado en una confesión de “los congregacionalistas” en el año 1658 en el palacio de Savoy), expresando de manera cándida estas diferencias y reescribiendo estos dos puntos en una confesión de fe modificada.

En 1689 esta declaración contó con un apoyo mayor, ya que en Inglaterra se promulgó una ley de tolerancia religiosa, por lo que pudieron participar las iglesias de manera más libre llegando a enviar representantes de 107 congregaciones. Con el pasar del tiempo, a mediados del siglo IXX , **Charles Spurgeon**, ya siendo pastor del Tabernáculo Metropolitano de Londres, revalorizó nuevamente esta confesión de fe dando un énfasis al estudio de la misma a través de la reedición del “*Catecismo Bautista*”.

Este catecismo es un estudio práctico, en 82 puntos, de la confesión bautista de 1689.

Como mencioné en la introducción muchos bautistas (del tipo no reformado) simpatizan con **C. H. Spurgeon**, no obstante hacen omisión de su teología calvinista queriendo separar el éxito de su predicación de su teología base.

Spurgeon expresa el calvinismo de la siguiente manera:

"Yo tengo mi propia opinión particular que no hay tal cosa como predicar a Cristo y a Él crucificado, a menos que prediquemos lo que hoy en día se llama la doctrina calvinista. El calvinismo no es otra cosa que el Evangelio. No creo que podamos predicar el Evangelio si no predicamos la justificación por la fe, sin obras; ni a menos que prediquemos la soberanía de Dios en Su dispensación de la Gracia; ni a menos que exaltemos el amor que elige y que no se puede cambiar, eterno, inmutable y conquistador de Jehová. Tampoco pienso que podamos predicar el Evangelio a menos que lo basemos sobre la redención especial y particular de Su pueblo escogido y elegido, que Cristo llevó a cabo en la cruz."[5]

Muchos piensan que las doctrinas reformadas como la predestinación, redención particular o llamamiento eficaz, son propia de gente fatalista que no evangeliza, pero esto no es así. Por el contrario se demuestra un mayor celo en la evangelización cuando se predica un mensaje centrado en la soberanía de Dios.

El padre de las misiones modernas, William Carey, era un bautista "calvinista", viajó a la India donde fundó 26 iglesias y 126 escuelas, y tradujo la Biblia a 44 idiomas.

La corriente fatalista que no evangeliza es el "hipercalvinismo", pero los bautistas reformados han demostrado históricamente que son pioneros en evangelizar y también denuncia el hipercalvinismo como erróneo respecto a su entendimiento.

Un pastor bautista reformado de Louisville (EE.UU), Jim Savastio, da una muy buena definición acerca de la iglesia local y el cumplimiento de la "Gran Comisión":

"Los Bautistas Reformados se distinguen por su convicción de que la iglesia local es central para los propósitos de Dios en la tierra. El tiempo presente es el tiempo para las organizaciones para-eclesiásticas. Es el tiempo de cristianos con una mentalidad independiente que flotan de lugar en lugar sin comprometerse nunca a una iglesia. Esta actitud no es solamente espiritualmente peligrosa, sino que es contrario a la revelación de Dios. Mientras que muchos han diagnosticado correctamente la falla de la iglesia en realizar su misión, la respuesta no es abandonar la iglesia, sino por el contrario buscar su reforma y su restauración bíblica. Sólo la iglesia es el lugar especial donde Dios habita sobre la tierra. La gran comisión de la iglesia se cumple mientras los predicadores del evangelio son enviados por iglesias locales a plantar nuevas iglesias por medio de la conversión, bautismo, y el discipulado. Muchas

---

[5] Del libro: Una defensa del calvinismo.

organizaciones bien-intencionadas están buscando tomar sobre ellas el trabajo que el Dios viviente le ha confiado a Su iglesia. A quién le ha confiado Dios el mandato misionero? A quién le dio instrucciones Dios para el discipulado y la motivación y la formación de creyentes? A quién le confió Dios el equipamiento de los santos y el entrenamiento de hombres para liderar a la siguiente generación? Si la toda suficiente Biblia responde que todas estas son las responsabilidades de la iglesia local, no estamos en la libertad de ignorarla a la luz del status quo."

En breves ejemplos vimos cómo los bautistas reformados siempre han abogado por la evangelización.

Finalizo la presente compilación de mensajes que nos muestran el "legado teológico" de Spurgeon con una citación de nuestro amado pastor Charles. Quiera el Señor guiarte a afirmarte en la doctrina histórica de la iglesia desechando cualquier invento de hombres que quitan, cambian o agregan enseñanzas a la Palabra de Dios. Como dice el autor del libro de Hebreos:

Hebreos 13:9 No seáis llevados de acá para allá por doctrinas diversas y extrañas; porque buena afirmar el corazón en la gracia…

¡Cuántos hay que predican un evangelio sin estar seguros que va a salvar almas; y, por lo tanto, añaden cosas que les son propias para, (eso piensan ellos) así poder ganar hombres para Cristo! Hemos conocido a algunas personas que creían en las doctrinas calvinistas, pero que predicaban Calvinismo en la mañana y Arminianismo en la noche, porque temían que el Evangelio de Dios no convertiría a los pecadores. Así que querían fabricarse un evangelio propio. Yo sostengo que un hombre que no cree que su evangelio pueda salvar las almas de los hombres, no cree en absoluto en el Evangelio. Si la verdad de Dios no va a salvar las almas de los hombres, las mentiras de los hombres no podrán; si la verdad de Dios no vuelve a los hombres hacia el arrepentimiento, estoy seguro que no hay nada en este mundo que pueda. Cuando creemos que el Evangelio es poderoso, entonces comprobaremos que es poderoso. Si vengo a este púlpito y digo: "Sé que lo que predico es verdad," el mundo dice que me encanta hablar de mí mismo. "Ese joven es dogmático." Ay, y ese joven quiere ser dogmático; él se gloría en eso, lo considera como uno de sus títulos especiales, pues cree firmemente en lo que predica. Dios no quiera que alguna vez suba vacilante las escaleras del púlpito para algo de lo que no estoy seguro, algo que espero que pueda salvar a los pecadores, pero sin tener certeza absoluta. Cuando tengo fe en mis doctrinas, esas doctrinas prevalecerán, pues la confianza es la que obtiene la victoria. Quien tiene el valor suficiente para tomar el estandarte, y mantenerlo en alto, ciertamente tendrá sus seguidores. Quien dice: "yo sé," y lo afirma categóricamente en el nombre de su Señor, sin discusión, antes de mucho tiempo encontrará hombres que escuchen lo que dice, y que dirán: "Este hombre habla como quien tiene autoridad y no como los escribas y los fariseos."

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 27 DE ABRIL, 1856, EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWAK, LONDRES, POR CHARLES HADDON SPURGEON

BIBLIOGRAFIA

Autobiografía de C. H. Spurgeon, vol.1.

Libro “Otro peregrino”. Diarios de Avivamiemto

Libro: Discursos a mis estudiantes. CLC España.

Libro: Una defensa del calvinismo. Chapel Library USA.

Sermones de Charles Spurgeon tomados de http://www.spurgeon.com.mx

Punto uno: La Incapacidad Humana: Sermón predicado el Domingo 7 de Marzo de 1858 por Charles Haddon Spurgeon en el Music Hall, Royal Surrey Gardens, Inglaterra.

Punto dos: La Elección: Sermón predicado el Domingo 2 de Septiembre, 1855 por Charles Haddon Spurgeon en la Capilla New Park Street, Southwark, Londres.

Punto tres: La Redención Particular: Sermón predicado la mañana del Domingo 28 de Febrero, 1858 por Charles Haddon Spurgeon en Music Hall, Royal Surrey Gardens, Londres.

Punto cuatro: El Llamamiento Eficaz: Sermón predicado la mañana del Domingo 30 de Marzo, 1856 por Charles Haddon Spurgeon en la Capilla New Park Street, Southwark, Londres

Punto cinco: La Perseverancia Final de los Santos: Sermón predicado la Mañana del Domingo 24 de Junio de 1877 por Charles Haddon Spurgeon en el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

ACERCA DEL AUTOR

Alejandro David Riff está casado con Marcela, padre de dos hijas, sirve como pastor en la Iglesia Cristiana Bíblica de Rosario (Argentina). Trabaja para Sociedad Bíblica Trinitaria como revisor bíblico, conferencista, escritor.

AlejandroRiff.com.ar

alejandroriff@gmail.com